

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**DEMOCRACIA DE DESPENSAS: CRÓNICA DE UNA CAMPAÑA ELECTORAL EN EL
MUNICIPIO DE ACOLMAN**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

PRESENTA

ADOLFO ZEPEDA SORIA

ASESORA: LIC. CARMEN AVILÉS SOLÍS

CIUDAD UNIVERSITARIA



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

De todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa.

Miguel de Cervantes Saavedra, *Novelas Ejemplares*

Para mis Padres y Hermanos

Para Daniel Alejandro (+)

Para Cristina, por supuesto

ÍNDICE

PÁGINA

INTRODUCCIÓN.....I

CAPÍTULO 1: LA DEMOCRACIA SEGÚN ACOLMAN.....1

CAPÍTULO 2: PARA HACER ESTA CAMPAÑA

2.1 Un mal candidato.....15

2.2 El factor brujería.....19

2.3 Pipas y El Pijas.....23

2.4 La Milpa.....28

2.5 “El Lonero”.....33

2.6 Pozos muertos.....35

CAPÍTULO 3: DEMOCRACIA DE DESPENSAS

3.1 La despensa.....37

3.2 Barda por barda.....40

3.3 Maquila de peticiones.....44

3.4 Mina de aves.....47

3.5 Clínica para futbolistas.....50

3.6 Morir en campaña.....54

3.7 Balas de polvo.....56

3.8 La Estructura.....60

3.9 Bolas de fuego.....66

3.10 Propaganda de noche.....70

CAPÍTULO 4: SIN DINERO, SE PIERDE

4.1 El hambre.....74

4.2 La derrota y un espía.....78

4.3 Deudas que dan frío.....80

4.4 Otra versión.....83

REFLEXIONES FINALES.....88

BIBLIOGRAFÍA.....92

INTRODUCCIÓN

En algunos rincones del país, como sucede en el municipio de Acolman en el Estado de México, el ejercicio de la democracia electoral es sólo una pantomima conceptual. No es real. Es un eufemismo para acciones arraigadas de corrupción, compra de votos y condicionamiento de beneficios; acciones motivadas y solapadas por una forma de hacer y comprender el ejercicio de gobierno que se resiste a desaparecer, como revela esta crónica periodística.

En este municipio, votar es un acontecimiento cotidiano que refuerza cada tres años la sensación de una libertad lograda¹. La población asiste a las urnas para marcar una boleta que le otorga un poder efímero y soberbio; sin embargo, ésta no vive ni defiende el voto en su plenitud axiológica. La democracia no ha trascendido en el devenir cotidiano de la gente.

Los habitantes de Acolman son una evidencia y ejemplo tangible y sensible del retraso político y electoral de México. En este meridiano del país, como se expone en esta crónica, votar es una realidad conceptual e institucional auspiciada por la transición democrática, pero donde los poderes fácticos y una fracción del electorado han descubierto fracturas y debilidades que permiten la subsistencia y persistencia de prácticas antidemocráticas.

En el municipio de Acolman, la transición democrática de México ha permitido fundar instituciones electorales y calendarios que los partidos políticos y los votantes conciben como avances suficientes, pero en el ejercicio diario de las relaciones de poder sobreviven costumbres que nulifican la competencia y garantizan la perdurabilidad en el gobierno de una oligarquía partidista.

Esta es la crónica periodística de un ejemplo de ese estado de indefinición de la democracia en México. Es la narración y descripción de una campaña política en el año 2009 que revela las historias y opiniones de quienes participaron de manera cercana y protagónica en un proceso para la elección de las autoridades municipales en el municipio de Acolman, y de quienes, con sus actitudes y acciones, caracterizan y definen la democracia mexicana actual.

¹ En Acolman, la población participa en tres jornadas electorales por periodo: elección presidencial, elecciones intermedias y la elección del gobernador.

El objetivo primordial de esta tesis es presentar y describir la realidad de la vida democrática de México a través del caso específico, y quizá circunstancial, de un municipio mexiquense, Acolman, sus pobladores y sus representantes. La intención es descubrir y revelar los alcances y límites del paradigma político que rige a México desde los gestos y los actos de la dimensión de gobierno más pequeña: el municipio y sus pobladores.

El relato se sitúa en el último proceso electoral. En julio de 2009, en el Estado de México se renovaron los gobiernos de los 125 municipios, incluyendo el de Acolman, municipio que se localiza en el nororiente de la entidad. En contienda por la Presidencia Municipal se registraron representantes de cinco partidos políticos: Horacio González por el Partido Acción Nacional (PAN), Roberto Sánchez por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), Horacio Cuevas por el Partido de la Revolución Democrática (PRD), Juan Álvarez por el Partido del Trabajo (PT) y Cándido Barrera por el Partido Convergencia.

La línea cronológica la rige el diseño, la organización, el desarrollo y la culminación de la campaña para la elección del Presidente Municipal y del Ayuntamiento, desde la cual se desprenden voces, anécdotas y acciones que hablan de México, sus electores y la incertidumbre de su democracia.

Las reformas a los códigos y leyes de México que fundaron las instituciones electorales vigentes abrieron el cauce para la alternancia en el poder en casi todos los eslabones de gobierno². Después de 70 años de gobierno del Partido Revolucionario Institucional en la totalidad de las esferas del poder público, la última década del siglo XX vio llegar a los primeros gobernantes de oposición³.

La literatura política se refiere a la elección presidencial en el año 2000 de Vicente Fox Quesada, del Partido Acción Nacional, como la culminación de un proceso político que aproximaba a

² El Instituto Federal Electoral y los institutos estatales correspondientes tienen la función de organizar y vigilar el curso de las elecciones en todo el país. El IFE, una vez constituido formalmente, empezó a funcionar el 11 de octubre de 1990 como resultado de una serie de reformas a la Constitución Política aprobadas en 1989 y de la expedición de una nueva legislación reglamentaria en materia electoral, el Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (COFIPE), en agosto de 1990.

³ El primer gobernador de oposición fue Ernesto Ruffo Appel, de la filia del PAN, quien gobernó el estado de Baja California de 1989 a 1995.

México hacia la consolidación del modelo de la democracia⁴. En términos concretos, el hecho sólo representó una alternancia en el poder, pero también un eslabón indispensable en la construcción de una sociedad abierta⁵.

Con el PRI ausente del gobierno presidencial, el país ha transitado durante nueve años por una etapa de redefinición de las instituciones públicas, del sistema jurídico, de las políticas económicas y de la cultura ciudadana. La democracia se encuentra en transición: debate su necesidad en contra de viejos paradigmas y costumbres.

Para presentar esta historia se adopta el recurso periodístico de la Crónica, en la cual predomina la intención de generar sensaciones y recrear ambientes sobre cualquier intento por buscar conceptos definitivos en materia política o electoral.

La Crónica es la exposición y descripción de un hecho noticioso preponderante que tuvo lugar en una dimensión de tiempo definido. Atiende a la pregunta de cómo se desarrolló la situación, y permite la inclusión irrestricta de personajes, anécdotas, escenarios, diálogos y recursos narrativos que distorsionan la línea entre el periodismo y la literatura.

Eduardo Ulibarri define la Crónica como “el relato de uno o varios hechos usualmente ligados entre sí con pinceladas de color y carácter político. (La Crónica) busca conocer la narración de los acontecimientos; no busca la presentación esencial de datos sino la meticulosidad de sus detalles”⁶.

Dentro de los géneros periodísticos, la Crónica es el que mayores concesiones tiene para el autor cuando se trata de abordar distintos niveles narrativos. Con la subjetividad de su perspectiva, la selección de los temas e, incluso, con la participación directa en los hechos narrados, el periodista adquiere un grado de notoriedad y de participación más lírico y auto-revelador.

⁴ Véase César Cansino, *La transición mexicana 1977-2000*, CEPACOM, México, 2000; y Alan Knight, *La conflictiva y nunca acabada construcción de la democracia deseada: México en perspectiva histórica y comparada*, Porrúa, México, 2008.

⁵ Véase José Woldenberg, *La construcción de la democracia*, Plaza & Janes, Barcelona, 2002.

⁶ Eduardo Ulibarri, *Ideal y vida del reportero*, Editorial Trillas, México, 1994, p. 20.

En su caracterización de la Crónica, Máximo Simpson destaca su propósito “fundamentalmente informativo”, la presencia del periodista como testigo de lo que relata y la reconstrucción de los hechos en orden temporal:

“Por muy altos valores literarios que alcance, la crónica no puede dimitir nunca de su función informativa ni de su carácter testimonial; y tampoco, desde luego, de la narración como forma privilegiada y central del discurso”⁷.

Para José Luis Martínez, la Crónica es “un fenómeno que destaca la personalidad del periodista, quien interpreta los hechos desde un sentido de universalidad; sentido que ha de estar en la hondura de los conceptos sin que afloren a la superficie, a no ser que con una leve sugestión que el lector se encargará de penetrar”⁸.

Algunos autores, en el afán de limitar el género de la Crónica a sus posibilidades periodísticas, han aportado en la definición de nuevos mecanismos narrativos para explicar la osadía de un periodista cuando atraviesa la línea: cuando el autor es protagonista o parte de la historia, o cuando se permite presentar fragmentos amplios de diálogo o testimonio de un personaje, o cuando un calificativo apabulla el falso concepto de objetividad.

A esta violación a la norma periodística se le ha llamado relato periodístico⁹, periodismo de creación¹⁰ o nuevo periodismo¹¹. La académica Francisca Robles se refiere al relato periodístico como “el producto que mezcla los recursos expresivos de la literatura y los formatos genéricos del periodismo”¹².

Esta corriente que aprueba y motiva elementos de creatividad en el periodismo surge como una manifestación de contracultura en Estados y Europa en la década de 1970, y parte del principio

⁷ Máximo Simpson, “Crónica, cronología y narración testimonial”, en *Géneros periodísticos*, Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación, UNAM, 1983, p. 43.

⁸ José Luis Martínez Alberto, *Redacción periodística*, Editorial Angroa, Madrid, p. 130.

⁹ Véase Elina Sonia Hernández Carballido, *El relato periodístico en México*, Tesis de Maestría, UNAM, México, 1998; Francisca Robles, *El relato periodístico testimonial: perspectiva para su análisis*, Tesis de Doctorado, UNAM, México, 2006; María de Lourdes Romero, *El relato periodístico, entre la ficción y la realidad. Análisis narratológico*, Tesis de Doctorado, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1995.

¹⁰ Véase Sebastia Bernal et al., *Periodismo informativo de creación*, Editorial Mitre, Barcelona, 1985.

¹¹ Sin polemizar sobre los orígenes o concreciones del Nuevo Periodismo, se entiende que éste tuvo a sus iniciadores en Estados Unidos a través de los textos de Tom Wolfe y Truman Capote. Véase Tom Wolfe, *El nuevo periodismo*, Anagrama, Madrid, 1977.

¹² Francisca Robles, *op. cit.*, p. 4.

básico de que el periodista es un colaborador irremediable en la construcción de la noticia, y en ocasiones participa de los hechos hasta alterarlos.

María de Lourdes Romero refiere que, ante la ineludible subjetividad del periodista en la recreación escrita de los hechos, se crea un pacto entre relator y lector que valida la verosimilitud y el deseo de objetividad de lo narrado¹³. El periodista revela los mecanismos de investigación, como recurso de credibilidad:

“Por la responsabilidad que contrae con el lector, el autor de los relatos periodísticos no pretende afirmar que así fueron los hechos, sino que lo expresado en el relato es su testimonio, es decir, una reconstrucción de los hechos. [...] En los relatos periodísticos, los autores aluden abierta o tácitamente a los métodos que utilizan para elaborar su relato”¹⁴.

Esta crónica no es un testimonial del autor, aunque éste aparece en ocasiones que ameritan su participación y utilidad. Está presente en la historia en apartados dispersos y, la mayoría de las veces, como parte de un cúmulo de personas llamado “La Campaña”. Es, como lo define Genette, un narrador homodiegético¹⁵.

Se hace uso del recurso de la narración en primera persona: El periodista participa, en ocasiones como observador, a veces como personaje activo, en el desarrollo de la historia. Su lugar como Coordinador de Campaña del Partido Acción Nacional, cerca de las eventualidades y los hechos, es un palco inmejorable que garantiza la verificabilidad de lo que se narra.

La ruta metodológica de este trabajo es la crónica o el relato periodístico, a saber de cada autor y corriente. La crónica como la posibilidad de privilegiar los diálogos y la descripción sobre los conceptos políticos, aunque estos a veces resulten inevitables para encontrar luz y explicación a algunas frases y actitudes. Predominan aquí los rasgos, los comentarios, los trascendidos y las intimidades que hacen a una campaña y a sus personajes, resultado de entrevistas y pláticas informales con los involucrados, pero, sobre todo, efecto de la presencia del narrador en la hora y sitio de los acontecimientos.

¹³ Véase María de Lourdes Romero, “El pacto periodístico” en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Núm. 186, Año XLV, septiembre-diciembre 2002.

¹⁴ María de Lourdes Romero, “El relato periodístico como acto del habla” en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Núm. 165, Año XLI, julio-septiembre de 1996, p. 40.

¹⁵ Genette clasifica al narrador en dos tipos: Uno ausente o extradiegético, y otro presente u homodiegético. Véase Gérard Genette, *Nuevo discurso del relato*, Cátedra, Madrid, 1998.

En otra perspectiva, esta crónica también revela de manera circunstancial elementos reales y útiles para el diseño e instrumentación de una campaña política con alcance municipal, tanto en su dimensión política como en su eslabón propagandístico. No es un manual exhaustivo y definitivo, pero incluye consejos y la descripción de escenarios que son una constante en las campañas políticas contemporáneas.

Pero, ante todo, es un ejercicio de denuncia periodística en contra de una estructura partidista de poder que está retrasando a conveniencia el proceso democrático del país, y que apuesta a la ignorancia, el chantaje y la corrupción como el medio para recuperar el poder presidencial que le fue arrebatado en el año 2000.

Esta crónica es la historia de una derrota en campaña. Es la presentación de un proyecto de gobierno con valores democráticos que probó su ineficacia y destiempo en una comunidad que aún no asimila ni acepta las posibilidades de vivir en democracia y libertad. Porque narra un fracaso electoral, quizá pierda en su calidad de manual campaña, pero gana en su posición de denuncia periodística.

En un primer capítulo, la crónica inicia donde termina una campaña electoral. La narración del día de la elección, el día D, es el escenario conductor de este apartado y eje para presentar al municipio de Acolman, sus características geográficas, sus andanzas económicas y su historia política reciente. Se describe la situación electoral de la región hasta antes de iniciar la campaña del año 2009.

En el segundo capítulo, la crónica se sumerge en el conocimiento de los protagonistas y vivencias que construyen y anteceden a una campaña: los candidatos, el equipo de trabajo, los recursos, los objetivos, el programa y la estrategia, pero, sobre todo, los problemas que auguran una derrota anticipada. Así también, cada apartado de capítulo revela a personajes y situaciones que brindan una esencia especial a Acolman: la practicante de brujería blanca, el eterno luchador social, el narcotráfico y otros.

Para el capítulo 3, la campaña ingresa en su fase de contienda, en la cual se revelan las costumbres y las prácticas que convierten al proceso democrático en una cortina de corrupción, amenazas, chantajes, compra de votos y violencia. Aparecen en escena más personajes que

hablan y representan los usos de un municipio atorado entre la libertad y el miedo, la modernidad y la resistencia. La democracia mexicana exhibe sus defectos y expone a un grupo de poder que trabaja sin reparo en frenar su consolidación.

En el capítulo final, la crónica alterna tiempos entre la consumación de la derrota y el estado del gobierno entrante para revelar detalles de la corrupción y el cohecho que llevaron a la victoria al partido en el poder. Se expone y detalla que la población votante y los candidatos están sumergidos en hechos de ilegalidad motivada y comprendida que auguran el regreso de viejos vicios políticos a la vida pública. O quizá nunca se fueron.

CAPÍTULO 1: LA DEMOCRACIA SEGÚN ACOLMAN

Al tiempo que se instalaban las mesas de votación, estallidos de cohetes cimbraban el aire. Las fiestas religiosas en honor a Santa María Magdalena iniciaron dos semanas después de lo acostumbrado en la comunidad de Tepexpan, así que algunas casas aún no retiraban del patio los manteados multicolores y el adorno con tiras de festón azul y blanco. Todavía deambulaban familias enteras por la calle con rumbo a alguna cocina que hubiese dispuesto comida, un chivo o una gallina, para la “torna-fiesta”. Era domingo 5 de julio en el municipio de Acolman, Estado de México. El año es 2009.

Debido a una alerta sanitaria nacional por la mutación del virus de la influenza, el Padre Hugo determinó aplazar la fiesta para evitar masas y conglomeraciones “para que no nos dé la tos y la calentura”. Los grupos de baile folclórico, los Santiagos¹ y los Richos², se reunieron para protestar en el atrio de la parroquia el ajuste de último momento. “¡Quieren matar al padre!”, gritó Lucecita, la encargada de la sacristía y limosnas, mientras corría ansiosa iglesia adentro en busca de ayuda. El prelado pudo apaciguar la protesta. No fue linchado, decidió recorrer los días e hizo coincidir un fin de semana en honor a Magdalena con la jornada de votaciones de ese año.

Lucecita -su nombre verdadero es Raquel, pero pensando en la eventual canonización buscó un apodo de novedad- me comentó en vísperas de la cena parroquial que el cambio de fecha para la fiesta sólo fue el pretexto de los danzantes para justificar su protesta. El problema de importancia era que sus atuendos y trajes ya están viejos y deshilachados. Hasta entonces tomó sentido aquello que con insistencia se repetía en la manifestación del atrio: “Primero no hay ropa, ahora no hay copa; primero no hay ropa, ahora no hay copa”.

-¿Quién te ayudó a sacar al Padre de la protesta? ¿A quién fuiste a buscar en la iglesia en medio de los gritos? –le pregunté a Lucecita.

-A nadie. Fui a sacar la nota de gastos de la parroquia para que vieran que no hay dinero, que las cooperaciones no alcanzan. Por eso te digo que a ver si nos podían ayudar con unas mesas y unos meseros para la fiesta de aniversario del Padre Hugo, que ya se viene.

¹ Los Santiagos es el nombre otorgado por la comunidad a la danza que representa la batalla de los Cristianos contra los Moros durante la invasión árabe a la Península Ibérica. La alusión es a Santiago Apóstol, quien es considerado, dentro de la religión católica, como el primer representante de la iglesia cristiana instituida en Jerusalén y cuya vestimenta en pinturas es semejante a los atuendos utilizados para el baile.

² Los Richos son la representación carnavalesca de la felicidad y el derroche. Hombres visten atuendos multicolores con máscaras graciosas rematadas por una barba. Durante el baile, emiten sonidos de alegría que ahuyentan la tristeza.

Ese primer domingo de julio, los habitantes de Tepexpan despertaron al tambor de las gruesas de cohetes que espolvoreaban de humo el cielo. La Mayordomía del pueblo –el grupo de personas no eclesiásticas encargadas de la recolección y administración de los recursos para la fiesta- reportó un gasto de 26 mil 650 pesos en pólvora y varas. Había costosos estallidos de bienvenida en el aire mientras algunas personas hacían espacio en la plaza pública, entre basura, juegos mecánicos y pólvora, para armar la mesa y las urnas de votación.

-Con tanto trabajo, ¿vas a tener tiempo para salir a votar el domingo? –le pregunté incisivo a Lucecita, intentado tomar ventaja de las mesas y el servicio de meseros que donaríamos.

-El 5 es la torna-fiesta... Yo por lo general no voto.

-¡Pero si...!

-Ahora sí voy a votar. Voy a votar por ustedes –aclaró anticipándose al reclamo.

La iglesia de María Magdalena en Tepexpan fue construida durante el virreinato medio en la cruzada de monjes agustinos provenientes de Veracruz en camino hacia la Ciudad de México. La tradición oral apunta a una cruz tallada en roble suave de casi dos metros de altura que ya no fue posible levantar después de una parada para descanso en la zona. Se interpretó el deseo de Jesucristo crucificado por asentarse en Tepexpan.

Desde entonces, la edificación y definición de los límites de la arquidiócesis regional ha sido una historia de contubernios, conspiraciones e intereses en oídos de todos pero en voz de nadie: Cerca de Tepexpan se encuentra el Convento Agustino de Acolman, ubicado en la cabecera municipal y considerado el segundo más antiguo de México después de la Catedral de Texcoco. Acolman mantiene la jerarquía eclesiástica de la zona. Desde hace más de 70 años, Tepexpan ha buscado su independencia clerical, sin lograrlo.

Esta razón ha contribuido a despertar una convicción de pueblo sobre la oportunidad de convertir a Tepexpan en un municipio autónomo. Mientras barría desechos de botellas de cerveza, Luis Fernando, vecino de la plaza cívica, me aseguró entre risas tener al caldo de cultivo idóneo para independizar a Tepexpan. “Tengo a la gente, tenemos a la industria y tengo a la iglesia. Ya nada más me falta el visto bueno del ‘narco’”.

En tanto se cumple el sueño de rebeldía y autonomía de Luis Fernando y otros más, una pareja de ancianos ya encabezaba la fila frente a la mesa de recepción de votos que se instaló a

resguardo del kiosco en el Jardín Central. Carmela y Justino arribaron mucho antes de que finalizara la instalación de la casilla. Detrás de ellos ya se encontraban formados también Beto, Josefina y Ezequiel, también adultos mayores madrugados por los cohetes y por la obligación.

A este quinteto en fila habría que sumarle la asistencia puntual de otros veinte a treinta ancianos más; habitantes todos de Tepexpan y conocidos miembros, además, de la Casa de la Tercera Edad de la comunidad. Esperaban impacientes la apertura de la jornada electoral. Algunos improvisaban el desayuno con tamales de frijol y chile verde y café. Otros se resguardaban del frío cabeza y brazos debajo de gabanes de algodón.

Eran diez minutos antes de las 8 de la mañana y de la apertura oficial de la mesa. La camioneta que trasladó a Carmela y a Justino ya había cumplido su tercera ronda de transportados al jardín. Se iba vacía y regresaba con 15 ancianos. En una ocasión llegaron hasta 17 personas en el mismo viaje. Urgía abarrotar la casilla. El argot político define a este ir y venir de la camioneta como el ejercicio de Movilización. Ellos eran los Movilizados. El hecho es ilegal, pero es real y cínico.

Entre los bancos de espera y las hojas de tamal, entre el camión -que ya llegaba a su sexto arribo- y los vasos de polietileno para café, circulaba esmerada y desafiante una figura regordeta que dirigía instrucciones “sutiles” a la mancha de ancianos en fila. A veces, para simular su presencia y su influencia, fumaba un cigarrillo recargada en un poste verde de alumbrado público. Arribaba la camioneta y ella regresaba a la acción.

Su nombre es María Rosa Trejo y es la Movilizadora. En el jet set político de este municipio mexiquense se le conoce como Rosita. Entre vecinos se habla de que el gobernador de la entidad, Enrique Peña Nieto, ya le tiene en consideración para “cosas importantes” que habrán de suceder en el año 2011. Su desempeño como agitadora social y líder vecinal la ha llevado lejos en el escenario político. Los tres últimos años estuvo a la cabeza de la Casa de la Tercera Edad de Tepexpan.

Rosa Trejo se acercó al oído de Beto y Josefina, y de los demás, a veces por prudencia, en ocasiones porque los estallidos de cohetes no dejaban conversar; en el caso de Josefina, porque hace 12 años perdió el sentido de la audición. Pero Josefina entendió bien las señas de Rosa Trejo cuando ésta le explicó dónde debía marcar la boleta, de qué color era el partido por el que

debía votar. Josefina asintió a todo, dio un sorbo a su café y se envolvió en el chal. “No le vaya a marcar a otro, Doña Jose”, advirtió Rosa. Y Josefina sólo asentía.

Se dirá que fue una coincidencia cinematográfica, pero los miles de pesos en cohetes terminaron de estallar en punto de las ocho, como anticipando la jornada, como en el paso de un jolgorio a otra fiesta. La casilla de votaciones en Tepexpan abrió puntual. Se esperaba lo mismo en el resto de las 91 casillas que comprenden al municipio. Mi expectativa era ver a Luis Fernando salir a la calle, asaltar las urnas, tocar las campanas y huir a caballo, con la cabeza de los funcionarios de casilla colgando de la monta, rumbo al Palacio Municipal de Acolman, en busca de la soñada independencia.

Cada quien su anhelo. El de Rosa Trejo era brillar en la fotografía de congratulación que le brindaría el del estado, Enrique Peña Nieto, al celebrar la victoria electoral. Este impulso explicaba su falta de fatiga: Supervisaba a distancia la votación de los ancianos. Despertó a más de uno cansado por la espera. Les tendió la mano y agradeció su asistencia. “Las despensas están seguras otros tres años”, decía con regocijo a cada desmañado.

Rosa Trejo forma parte de una estructura electoral perfecta que auspicia y organiza el Partido Revolucionario Institucional (PRI) del Estado de México. El equipo se complementa con 11 líderes vecinales más que cubren cada calle y callejón del municipio de Acolman. Todas son mujeres, madres de familia, algunas divorciadas, que hacen valer una cualidad *sine qua non* en el ejercicio de la política en este municipio, y de otros tantos: la capacidad para imponerse en una discusión a gritos y manotazos.

Su liderazgo es conocido y útil en la comunidad de Tepexpan. Su nombre está en voz de muchos cuando la temperatura política sube cada tres años. Domina el uso práctico de las necesidades y apuraciones del electorado: “Este candidato sí te va poner la luz”; “éste trae las despensas gratis”; “éste ya nos prometió que las importantes somos nosotras, las mujeres”.

El esmero y el contacto con la gente iniciaron dos años antes de la jornada electoral. Llevar y traer a personas de la tercera edad a cortes de listón y discursos es asunto de todos los días. Trasladar gente a la urna, sugerir el voto o incluso comprarlo, es un plan trazado con semanas de anticipación. Un día, Rosa Trejo me reveló, en su dimensión del poder, el plan priísta para el

municipio de Acolman: que éste vuelva a ser un bastión electoral del PRI, clave, rumbo a la elección de Peña Nieto como Presidente de la República.

Acolman de Netzahualcóyotl es uno de los 125 municipios del Estado de México. Se ubica en el nororiente de la entidad y su existencia económica, que trasciende en las sensaciones sociales, es la de un territorio que vive a expensas y ensombrecido por sus vecinos. Colinda al norte con el municipio de Teotihuacan, al sur con Ecatepec y al poniente con Tecámac. Está en el centro, pero es un centro que ha significado poco.

El censo de población del año 2005 le asigna un total de 77 mil 35 habitantes³, una quinta parte de los cuales es de arribo reciente, pues habita colonias sin regularización que mantienen más vínculos con Ecatepec que con Acolman. Algunos recién llegados desconocen la festividad de la Piñata de diciembre. La leyenda del cristo de roble suave de Tepexpan les genera curiosidad turística, nunca un vínculo de identidad.

El resto de la población se encuentra distribuido en 25 pueblos y colonias con nombres que aluden a santos cristianos y curiosidades geográficas en náhuatl. Por el norte San Miguel Xometla, por el oriente San Mateo Chipiltepec, por el sur San Miguel Totolcingo, por el poniente San Marcos Nepantla, y más comunidades en el cartesiano con el mismo tenor semántico.

Acolman es una meseta orográfica de transición entre el Valle de México y el Valle de Teotihuacan. Demasiado húmedo para cosechar nopal y maguey; demasiado ventoso para mantener en pie el tallo de la milpa; lo suficientemente rocoso para cosechar a bien flor de calabaza, alfalfa, verdolaga y cilantro.

Es a los acalhuas, uno de los siete pueblos chichimecas, a quienes se les atribuye la fundación de Acolman, aproximadamente en el siglo XIII. La historia dice que este pueblo se dedicó a la cría de perros itzcuintles. En Acolman existió quizá el único mercado en Mesoamérica que comerciaban perros.

Pero en estos días los acolmenses ya no compran y venden perros, sino suben a los autobuses urbanos rumbo a los centros de trabajo de la zona metropolitana de la Ciudad de México. La

³ De los cuales, 38743 son hombres y 38292 son mujeres, según el Censo de Población y Vivienda del INEGI para el año 2005.

economía local no da para alimentar a sus habitantes, pero es aún un refugio de tranquilidad para el sueño. Es un dormitorio para trabajadores y estudiantes que se arrebatan un espacio en el servicio de transporte en horas de la cresta.

En este territorio donde se debaten lugar y supervivencia la modernidad y el rezago, la mancha urbana y la cosecha de calabaza, las carretas y los automóviles de lujo, se ha vivido en piel y carne el proceso de transición democrática de México, con sus bemoles y alcances, sus victorias y derrotas, sus límites.

El año 1997 vio subir a la Presidencia Municipal a un técnico en Mantenimiento de Instalaciones Eléctricas de nombre José Antonio Saavedra Coronel, de origen humilde y con interés incidental por la política. La historia del hombre *Cenicienta* en Acolman, con vestido amarillo perredista.

Los cronistas de la calle refieren que la noche de la elección, Saavedra se fue dormir temprano con la certeza de haber cumplido cabalmente con el papel de relleno que ameritaba el momento político. Un colaborador lo despertó pasada la medianoche para informarle sobre el triunfo de su candidatura. Él lloró. El PRD llegaba al poder municipal por primera vez en la historia. Y Saavedra lloró el resto de la noche.

La impresión de la victoria, pero quizá, sobre todo, la inocencia de la inexperiencia, hizo que Saavedra diera años positivos en la administración municipal de Acolman. La falta de dolo para robar trajo pavimentación y drenaje a calles, además de servicios de limpieza y electrificación. Los reticentes sempiternos, como mi amigo Luis Fernando, subrayan que cualquier cosa que hubiera hecho Saavedra habría significado un cambio tangible respecto del PRI: “Los tricolores todo lo hacían mal. Hasta los árboles del camellón se les secaban”.

El perredismo hizo su arribo a Acolman en medio de la efervescencia electoral que apabulló los setenta años del PRI en el poder local y nacional. El triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano en la jefatura de Gobierno del Distrito Federal tuvo repercusión en el municipio, entonces menos urbanizado. 10 mil 222 personas⁴ votaron por la opción del PRD e hicieron lagrimear al candidato en turno.

⁴ En dicha elección, el PRI obtuvo 4 mil 994 votos; el PAN, 838, según datos oficiales del Instituto Electoral del Estado de México.

¿Mercadotecnia política? ¿Sofisticada estructura electoral? Ninguna de las anteriores. El voto por el PRD en el año 1997, como el sufragio en buena parte del país, adquirió un dejo de transición electoral, y en las calles y en las casas se percibía y disfrutaba de una arrogancia política expectante.

Doce años después, Saavedra Coronel se mantiene activo en la esfera de las contiendas y el poder. En las boletas que se distribuían el 5 de julio de 2009 su nombre apareció como candidato a un escaño en la legislatura local, cargo que deseaba ocupar por segunda ocasión. En efecto, el poder asombra y envilece, corrompe y gusta. Ahora se alude a él como un cacique político, y se magnifica el mito con “los dos ranchos que se compró en el municipio de Otumba”.

Pero Saavedra en contienda ese domingo 5 de julio de 2009 carecía de la credibilidad, fuerza y del escenario político a favor que entonces lo acercó al poder. Sobre todo, no poseía los portafolios de dinero que Rosa Trejo y sus compinches sacaron de la cajuela de un automóvil Ford Fiesta color azul estacionado frente a la sacristía de Lucecita: Tres valijas viejas con forro plástico que completarían una jornada de coacción y compra de voto en Tepexpan, para después ejecutar el mismo ejercicio fraudulento en el vecino Barrio de Chimalpa y en las calles perpendiculares de la colonia Anáhuac.

Rosita sacaba billetes de 500 pesos y los desplegaba en la palma de su mano derecha. La timidez no es una de sus cualidades; el miedo tampoco. Caminaba entre la fila de próximos votantes, como modelo en exposición de maravillas manuales. “Te pago el voto, te pago el voto, te pago el voto”, repetía y mostraba su arma seductora, la cual incluía la faz del general Ignacio Zaragoza.

A veces se detenía frente a un rostro atraído y empujaba el billete cada vez más cerca de su cara. “Bueno, te doy mil, pero no me vayas a alborotar a la clientela”, ajustaba Rosa Trejo cuando el votante debatía la dignidad de su acción. Apartaba de la fila al negociante y le explicaba el detalle de la maniobra:

“Te voy a dar este celular. Escóndelo bien en las bolsas del pantalón. Cuando ya hayas marcado la boleta, le sacas una foto con el celular. ¿Sí sabes cómo usarlo? Te espero aquí mismo, me muestras la foto y te pago los mil pesos. [...] ¡No, qué te pasa! Es un pinché voto, no tu salario del mes”. No daba más de mil pesos.

El *vox pupuli* asegura que el PRD también hizo uso de la compra de voto en las elecciones que siguieron a su primer triunfo en el municipio. Algunos comentan con serenidad, a veces con orgullo, haber vendido su voto a los amarillos también en 1997. A golpe de billetes o sin ellos, la izquierda se instaló en el ayuntamiento hasta julio de 2006.

A Saavedra Coronel siguió la elección en el año 2000 de Rigoberto Cortés Melgoza, habitante también de la cabecera municipal de Acolman y profesor de educación básica. Su margen de victoria fue amplio y contundente. El electorado disfrutó de las posibilidades de la transición democrática y creó una fórmula que fue una constante en algunos rincones del país: el voto diferenciado. La municipal fue para el PRD; y la mayoría votó por Vicente Fox, del PAN, para la Presidencia de México.

La ecuación no es asunto menor cuando, con emoción, los habitantes de Acolman referían y reconocían el potencial de su voto y, sobre todo, su capacidad para mantener al PRI lejos de la administración pública. En la explicación personal de la fórmula había un dejo de orgullo y presunción: "Voté por Rigo para la municipal, también por el PRD para la local y por Fox para la presidencia, para que estén parejos y para ponerlos parejos". Reconózcase en esta opinión generalizada, más que el alcance de la descripción, la opción de "poder" y "hacer".

En Acolman la transición democrática de México era tangible y factual. La democracia existe. Ello no devino en celebraciones callejeras ni en demostraciones de júbilo y algarabía, pero esos tres años, de 1997 a 2000, modificaron la actitud ciudadana respecto de sus gobernantes y de las votaciones. El poder del voto.

En 2003 regresó a los andares de la presidencia municipal el consagrado José Antonio Saavedra Coronel, quien no tuvo mayor desafío en contienda. El PRD cumpliría tres años más al frente del ayuntamiento, aunque sin la capacidad para renovar los cuadros de gobierno y a los representantes de partido. La figura de cambio del cacique electricista entraba a una fase de desgaste y descalificaciones que ensombrecería los últimos meses de su administración.

Durante nueve años ocupando el palacio de Calle de los Agustinos, el PRD ejerció un gobierno de altas y bajas; a veces creativo y en ocasiones populista; a veces amable y muchas veces tiránico. Marcó diferencias reales respecto del PRI en el manejo del presupuesto, pero no logró

contagiar de identidad y de sus valores políticos a la población. Hizo una administración aceptable, pero no logró asentar cimientos.

Y en tiempos de transición democrática, en municipios políticamente arrogantes como Acolman, el voto y la confianza han mostrado ser efímeros. Los ciclos políticos se han acelerado. El PRD fue derrotado en las elecciones de julio de 2006 por la candidatura del PRI. Nueve años después de la noche en lágrimas de Saavedra Coronel, el PRD fue escoltado fuera del Ayuntamiento por una maquinaria priista aceitada y fortalecida.

¿Por qué después de nueve años de alternancia en el poder la población optó por regresar en el 2006 a la vieja y probadamente fallida opción del PRI? ¿La democracia permite la resucitación?

El PRI retomaría las riendas de la administración pública de Acolman debido al desgaste de la figura e imagen de Saavedra Coronel, pero, sobre todo, a la ausencia de una tercera opción electoral perceptible. El PAN, a pesar del triunfalismo y la proyección política en la elección a nivel federal del 2006, no presentó en Acolman un cuadro digno del voto. Sin opciones de cambio, el votante hizo resucitar al PRI en el noveno año.

Súmese a esta explicación política las razones que se exponen en el saber de la calle: Que el entonces candidato del PRD, el profesor David Zarco, no sabía leer ante la audiencia. Que Saavedra Coronel le dio una bofetada en público cuando éste se quejó en un mitin sobre malos manejos en los recursos financieros de su campaña. “Y eso que no me dan ni para un pinche volante”, dijo, y Saavedra no dudó en poner en cinta a su delfín con una bofetada que reveló los alcances de su soberbia. Que la culpa real de la derrota la tuvo el hijo mayor de Saavedra Coronel, en la impunidad del accidente automovilístico.

El incidente con el automóvil ocurrió en la población de San Miguel Xometla. El hijo mayor, de nombre Antonio Saavedra Vázquez, atropelló a un niño en bicicleta. No hubo lesiones de gravedad pero sí un arranque de influyentismo y prepotencia que alertó a la población. La gente se arremolinó en torno a Antonio para evitar su fuga cuando la policía municipal, encomendada, intentaba hacer espacio entre la multitud.

El rumor de que se trataba del hijo del Presidente Municipal corrió rápido entre la población. Y si primero hubo indignación por la imprudencia, después sólo se hablaba sobre el modelo del

automóvil, reciente, y sobre la actitud despótica del vástago. Se hicieron sonar las campanas de la iglesia convocando a toda la población cuando al sitio también arribaron las primeras patrullas de la policía estatal, y con éstas, el propio Presidente Municipal.

Con el revanchismo ciudadano susceptible ante cualquier provocación, pronto aparecieron alrededor de Saavedra Coronel gente alistando tubos, palos de madera y machetes. “Si no entregas a tu hijo, te vamos a linchar, cabrón”. La prensa no tardó en su arribo.

Una piedra anónima rompió el parabrisas de la patrulla 0078M y el policía municipal Eduardo Quintero reaccionó espontáneamente sacando su arma y apuntando a la población alborotada. Las campanas agudizaron el repique. Más personas se unieron al festín.

El alcalde se refugió en su camioneta color rojo y con el vidrio de copiloto apenas desenganchado negoció la entrega de su hijo al Ministerio Público. Una comisión de habitantes de Xometla acompañó a la patrulla de la policía estatal que llevó a Antonio hijo a la procuraduría. Cuando el Presidente Municipal se retiraba del lugar, a la distancia se percibían los gritos de una ciudadanía fastidiada y susceptible: “Si regresas a Xometla, te vamos a madrear”. La población celebraba con gritos, tubo y madera en mano, el triunfo de su hartazgo.

Saavedra Vázquez salió del MP la mañana siguiente, escoltado por patrullas de la policía municipal. Nadie había presentado cargos por el accidente. La comisión ciudadana verificó la entrada del hijo de Saavedra Coronel al MP pero entre ellos no iban los familiares del niño atropellado. Sin delito a perseguir, el daño moral al niño, se dice, se pagó con una bicicleta nueva.

El alboroto llegaría a las planas de la prensa nacional. Con cachetada pública a David Zarco o sin ella, la soberbia nulificó las posibilidades electorales del PRD. El PRI resurgió de sus cenizas una tarde de imprudencia en Xometla.

Para el proceso electoral de 2006, el PRI presentó una propuesta que sugería un perfil transparente y renovado. Su candidato a la Presidencia Municipal, Darío Zacarías Capuchino, originario del poblado de San Marcos Nepantla, al norte del municipio, tenía escasa experiencia política, y su origen humilde –maquilador textilero- despertó afinidad en el electorado.

El PRI regresó al poder, y con éste costumbres y formas de operar el gobierno que se pensaban superadas. En la nómina del ayuntamiento reaparecieron apellidos que se mantuvieron en el ostracismo durante nueve años. Un expresidente y terrateniente de la comunidad de Tepexpan, Guillermo Sánchez Joan, ocupó el cargo de Secretario del Ayuntamiento. La poderosa familia Martínez, de San Miguel Totolcingo, monopolio de la redituable industria transportista y minera de la región, y brazo financiero de la campaña, colocó a agremiados y conocidos en cargos destacados.

Con Zacarías Capuchino regresó a las calles el cobro político de los servicios públicos básicos. Desapareció el servicio de limpia de banquetas y no se invirtió nada en la mejora de la imagen urbana. La burocracia creció 24%, por lo que fue necesaria la gestión y construcción de oficinas aledañas al Palacio Municipal que albergasen a los nuevos arribistas a la nómina.

La evidencia del despotismo y la corrupción era palpable. El Presidente Municipal dejó de visitar las comunidades apenas en su primer año de gobierno. Su paso por las calles del municipio era adornado por un desfile ancho de patrullas y guardaespaldas. Su casa en San Marcos, antes una tercia de recámaras no conectadas que guardaban un taller de costura con cinco máquinas, se convirtió en una mansión elegante rematada patéticamente con un domo de aluminio que cubre el patio central.

El PRI repitió los usos de muchos años atrás. Un vistazo a las presentaciones ejecutivas de sus tres informes de gobierno permite apreciar que se presume la pavimentación de la misma calle, la calle de Melchor Ocampo en Cuanalán, en las tres gacetillas de rendición de cuentas. ¡La misma obra en tres años distintos! Cabe destacar, empero, que el diseñador tuvo el cuidado de presentar la calle desde ángulos distintos. Los ajenos no percibirían la falta alevosa.

Con el PRI al frente del presupuesto, adquirió nuevos bríos la Estructura: ese cúmulo de ciudadanos politizados que administran y condicionan el reparto de despensas; que suben y bajan ancianos del autobús para aplaudir al edil; que son carne de bayoneta en los actos públicos; que registran o descartan a los beneficiarios de los programas sociales como inventario de lo servible y lo rancio. Personas como Rosa Trejo. Y como Martha Liébano, Laura García, Josefina Hernández “La Jose” y otra docena de contribuyentes, leales y recias, a la causa del partido tricolor.

En tres años, el PRI "hizo partido". Aventajado con dinero proveniente de los rubros presupuestales del gobernador del estado y ante un PRD diezmado por la derrota electoral y la infatigable figura de Saavedra Coronel, el partido en el poder acrecentó el margen de maniobra electoral para las elecciones del 2009. Un poder que por ahora, lo sabemos quienes hicimos por desafiarlo, resulta inquebrantable y se dirige, más pronto de lo que imaginamos, camino a retomar el gobierno federal que le fue arrebatado en el año 2000.

A la sombra del kiosco de Tepexpan, el electorado de Acolman contribuía con su parte del plan priista vendiendo su voto. Eran las vísperas de la noche y minutos antes de que finalizara la jornada electoral del 5 de julio de 2009. Si el guión fuese para cine, habría iniciado un retumbe de estallidos de pólvora despidiendo al mismo tiempo las fiestas patronales y el cierre de las urnas. A las 6 de la tarde lo único que cimbraba el aire a unos metros de la mesa de recepción era una pistola calibre 35 mm adherida a las manos de un acompañante de Rosa Trejo.

El nombre del cohetero improvisado pasará al anonimato en esta crónica. No existe registro en actas del Ministerio Público de este incidente, no obstante más de uno acertó en golpearlo. Con la cabeza descalabrada y ya sin pistola, el sujeto fue conducido en patrulla fuera de la plaza pública con rumbo desconocido. La pistola, afirman los presentes y cuasi linchadores, la escondió Rosa Trejo bajo su blusa, y luego se escabulló en medio de los empujones.

El proyectil del arma terminó su camino en la pared de la casa del señor Luis Moya. Varias personas le han sugerido que no cubra ni pinte el agujero; que lo deje a la vista para que a los cronistas se les facilite explicar a los curiosos el detalle de ese día; que quede como evidencia de cuán incivilizado es un pueblo en disputa por el poder y sus privilegios.

El pistolero reaparecería en la plaza de Tepexpan una semana después. Caminaba, con un parche blanco en la cabeza y dos manchas moradas sutiles en el rostro, tomado de la mano de su hijo. Se detuvo frente a un paletería, compró un helado y continuó su camino. Antes, echó un vistazo discreto a la casa de Luis Moya para admirar su genialidad político-turística.

-Se me disparó sin querer. Lo bueno es que le estaba apuntando pa'riba -me confesó el pistolero, de quien guardaremos su identidad, como lo hacen los documentos oficiales.

Después de esconder la pistola, Rosa Trejo regresó minutos después del incidente para concluir su comisión del día. Ahora estaba acompañada por una veintena de personas que descendían de un autobús exclusivo. Había cambiado los ancianos y los tamales de la mañana por hombres entre 18 y 35 años de edad, fuertes, amenazadores y sonrientes: el grupo de amedrentación y choque que estaba ahí, a esa hora, para ejercer presión sobre el conteo de la urna, para “garantizar” la seguridad de los votos del PRI, para robarse, si así se determinaba, las boletas, los votos y todo lo que se cruzara en sus manos en el momento del asalto.

La mayoría en el grupo portaba playeras rojas. No exhibían armas de fuego pero, se asegura, el camión les guardaba algunas escuadras y cartuchos para la ocasión. Rodearon la urna y cada cinco o diez minutos lanzaban vituperios contra las autoridades electorales, y porras al PRI. A veces se interrumpía el conteo de votos mientras la policía estatal sugería al escuadrón que guardara silencio.

En la plaza de Tepexpan no hubo asalto de las mesas de recepción de votos, pero escuadrones similares hicieron de las suyas en las comunidades de San Marcos Nepantla, San Pedro Tepetitlán, San Mateo Chipiltepec y en otras 34 casillas donde se reportaron incidentes mayores y menores, incluyendo un intento de robo de boletas en el barrio de Chimalpa y un herido de bala en San Bartolo.

Con la urna camino a la Junta Municipal Electoral, Rosa Trejo encabezó el retiro del comando de choque en el autobús, rumbo a las oficinas de concentración del PRI. Votantes curiosos y otros retrasados también se dispersaron en la Plaza Pública. Los juegos mecánicos aprovecharon la concentración inusual para ganar las últimas monedas antes de recoger las piezas y partir rumbo a otra comunidad con santoral en puerta, ahora que la suspensión de la contingencia lo permitía.

El jardín central de Tepexpan adquiría a esa hora de la noche de domingo una faz de agotamiento y hastío. Había basura dispersa y aplastada en toda la explanada: varas de cohetes, hojas con anotaciones ilegibles por el lodo, una primera plana del periódico vespertino que informa sobre “incidentes menores” en la apertura de urnas en la Ciudad de México, restos de dulce de algodón, vasos de polietileno blanco y hojas de tamal. Luis Fernando ya tenía lista la escoba para barrer su parte de calle.

El PRI ganó la elección del 5 de julio de 2009 con una mayoría que apabulla y ofende a cualquier contendiente. Mientras se escribe esta crónica, ingresa a sus primeros meses de gobierno haciendo lo posible y más por pagar las deudas de campaña y por retomar la agenda de trabajo, la de gobierno y la electoral, por supuesto. Rosa Trejo, por su parte, ocupa un lugar con salario seguro en la cocina del departamento de Desarrollo Integral para la Familia, DIF, elaborando los desayunos gratuitos para la guardería que alberga a los hijos de los burócratas.

Esta es la democracia como la entiende y la manifiesta el pueblo de Acolman, un municipio en la zona conurbana del Distrito Federal que se emociona y se envalentona con el poder de su voto, pero que auspicia, motiva y se deja llevar por la corriente de las viejas prácticas. Es una población emocionada con las delicias de la modernidad citadina, pero aún incapaz de superar el miedo a su oportunidad para decidir.

En este saber de las cosas, una noche de fin de invierno recibí una llamada de invitación a sumar manos y piernas para la campaña por la Presidencia Municipal. Un viejo amigo de vecindad formaba parte de la planilla del PAN en contienda. Después de un “No” nacido de mi instinto de supervivencia financiera, decidí que sería interesante intentar competir contra los poderes establecidos: el síndrome del apoyo al débil en su manifestación política.

En Tepexpan, al pie del atrio de la iglesia, una semana después de la jornada electoral, le pregunté a Lucecita sobre el curso de su voto. Ella me contestó con otra pregunta: “¿Cuándo fueron las elecciones?”

CAPITULO2: PARA HACER ESTA CAMPAÑA

Un mal candidato

“Si el pueblo comete un pecado, el lagarto de piedra camina un metro más rumbo a la comunidad. Algún día se va a comer a todo el pueblo”, me comenta no sin preocupación la señora Guadalupe Caballero, quien, por si la profecía no fuera suficiente, construyó su casa y su tienda de beneficencia social en las laderas del cerro que alberga la formación rocosa.

El Peñón del Lagarto se ubica en el cerro del Árbol, una orografía de mil 200 metros de altura que retrasa quince minutos el amanecer en la comunidad de Chipiltepec. Los viejos aseguran que la peña se encontraba antes en la parte sur del monte y que con el curso del tiempo ha avanzado hasta ser perceptible desde cualquier punto de la población.

En efecto, el acomodo de las piedras asemeja un lagarto que avanza de costado. Pero la simetría con el nombre no es suficiente para explicar el porqué el pueblo punitivo es Chipiltepec y no Tepetlaoxtoc, que se encuentra más cerca. Tampoco hay explicación suficiente en la tradición oral para detallar qué pecados cuentan y cuáles tienen concesiones. “Pero en los últimos años ha avanzado mucho más. Ahora lo veo desde aquí; antes me tenía que acercar”, precisa Guadalupe. “Míralo, ahí está”.

Si en algo se relaciona el avance del reptil de piedra con las penurias y pecados de la modernidad, entonces la creación del mensaje de campaña ideal se enmaraña. En este caso, se “en-lagarta”. Para hacer esta campaña por la Presidencia Municipal habría que ingeniar un discurso doble, y quizá algo de doble discurso: un poco de modernidad y un tanto de usos para los acostumbrados.

La parte sur del territorio se asemeja más al gris e impetuoso municipio vecino de Ecatepec. La población ahí camina para llegar a centros comerciales, cines y unidades de abasto. El resto de Acolman es una llanura verde de pobladores que aún saludan con respeto a los miembros del Comisariado Ejidal y a las autoridades eclesiásticas.

Para trazar esta ruta discursiva conversé con Israel López Cuevas durante cuatro horas a la espera del entonces precandidato del PAN a la Presidencia Municipal, Horacio González Ávila.

Éste arribó tarde a la cita; Israel llegó con una puntualidad excesiva. No sería la única diferencia entre ambos.

Israel y Horacio son una pareja de amigos herederos de tradición política en Acolman. Desde niños coincidieron en actos públicos donde participaban sus padres, tíos o primos. En esas andanzas se conocieron, y después, en campaña, se admiraban de haber conformado un grupo de trabajo con miras a gobernar el municipio.

Israel se registró ante las instancias electorales como el candidato suplente, “porque de tener el dinero para financiar la campaña, entonces yo sería el candidato”. Originario de la comunidad de Tepexpan, contador público de profesión, padre de tres hijos, durante la campaña se ganó con creces el mote de “Guillo”, apocope de “Monaguillo”, por su cercanía con los oficiales y representantes religiosos de la región. Siempre negó haber portado sotana.

La campaña tuvo un suplente de candidato incapaz de pronunciar una frase completa ante un auditorio o una reunión. Era el segundo a bordo, pero siempre procuraba delegar su responsabilidad a otros. Parecía administrar y fijar su propia agenda; una secreta e intrigante que gestionaba a través de llamadas telefónicas anónimas y sospechosas. Lo que él hacía parecía tan importante como intrigante. Parecía.

Israel se comunicó conmigo a principios del mes de febrero de 2009 para platicarme sobre el proyecto para hacer campaña por el PAN. Fiel al estilo, me pidió prudencia y hermetismo porque la candidatura aún no se había definido en el proceso interno del partido. El trabajo de planeación inició formalmente en marzo, dos meses antes de comenzar la elección.

Fue entonces que conocí a Horacio: botas vaqueras, chamarra de gamuza café, pantalón de mezclilla, camisa azul, rasurado perfecto. Desde el primer día aportaba a la impresión de que tenía muchas ganas de llevarse la elección, pero no tener idea de cómo hacerlo.

Sus antecedentes profesionales fueron enmarcados en cada tríptico y volante repartido, pero él tenía su propio prolegómeno de presentación: “He sido contador durante los últimos 15 años en empresas (del ramo) de la construcción. He trabajado por toda la República Mexicana haciendo desde banquetas hasta termoeléctricas”.

Hacia el final de la campaña, esta alusión a la experiencia laboral quedaría fija en la mente de quienes lo escucharon, más que cualquier eslogan probado. Incluso ahora se despierta una carcajada siempre que alguien se refiere a las banquetas y las termoeléctricas de Horacio.

Horacio es originario de la cabecera municipal de Acolman, donde su familia ha aportado a la comunidad cinco o seis generaciones de González. Forma parte de uno de los árboles genealógicos más antiguos y extendidos de la región, mismo que adquirió interés electoral cuando un conteo a vuelapluma reveló no menos de 400 potenciales votantes que estarían emocionados con ver a su tío, sobrino o abuelo-tío al frente del gobierno.

Empero, la aventura política más reciente dentro de la familia aún tenía escarcha y ahuyentaba muchas de las ramas del árbol familiar. Un tío directo de Horacio de nombre Mario González Reyes fue presidente municipal de 1988 a 1990, en tiempos del PRI, con un legado de corrupción y amoralidad inspirado en tragedias romanas donde el gobernante es víctima de la paranoia y el miedo a los suyos. Algunos justifican sus errores con una virtud: “Era perfeccionista; no sabía delegar”. Los más son más concretos y menos virtuosos: “Era una pendejo”.

Caminando por calles de la colonia Emiliano Zapata es posible encontrar al señor Mario González. Es conductor de un taxi blanco vetusto y escarapelado que hace viajes cortos para las señoras del mercado y los niños que se dirigen a la escuela. En poco se parece ahora al retrato como Presidente Municipal que conserva en la sala de su casa, por lo que al verlo se despierta la lastimosa impresión de un hombre con la fama desgastada. Sólo los compañeros del sitio de taxis lo llaman “El Presi”.

Hay tantas historias sobre los actos de corrupción de Mario González como nudos en el árbol de la familia. Pensando que el destino ya se ha ensañado lo suficiente con el presidente-taxista, yo me quedo con la versión de su hermano, a saber, el padre de Horacio, don Enrique González: Una empresa de abastecimiento de material para construcción no cumplió con el contrato y no hubo manera de rastrearla. Un descuido, porque en realidad no se repartió dinero para nadie. El cabildo culpó de todo al presidente.

El recuerdo de Mario González como Presidente Municipal nunca estaría asociado a la imagen de Horacio en el inconsciente público general, pero en la familia la marea subía y bajaba con ímpetu y malicia. Todos los días había desbandadas de una parte de la familia que recordó no

haber sido apoyada por Mario González: “¿Qué tal si este es peor?” Como drama de Ibsen, los espectros del pasado hacían su arribo para saldar pendientes.

Ese primer día de entrevista, Horacio colocó su portafolio de piel y su teléfono celular de vanguardia sobre el escritorio de madera podrida. El contraste era patético: un candidato vestido y untado para foto de una revista en una habitación con tres sillas –dos de ellas sin respaldo-, un sillón rescatado del olvido y un escritorio masticado por la polilla. Su primera promesa fue mejorar la situación de la casa campaña.

Aledaña a esa habitación había una más dispuesta para reuniones de gabinete, así como una sala sin sillones, una cocina que servía como bodega y un baño con la palanca del agua descompuesta. El remate lo daba una fila de bicicletas estáticas que revelaban el pasado del lugar. Era lo mejor que se podía conseguir en Acolman a bajo costo, cuando la campaña la componían apenas tres sujetos arrojando al aire ideas de cambio y mejora. Fue inevitable la emoción de pensar en hacer mucho teniendo tan poco.

El teléfono lo compró en siete mil pesos. La chamarra fue un gusto personal de tres mil pesos. Las botas fueron un regalo de su último jefe en la compañía de construcción Techint, dos semanas antes de que Horacio lo demandara por sueldos caídos e indemnizaciones. El cuadro lo cerraba una camioneta Cherokee modelo 1998 y unas gafas para sol marca Armani. El instructivo de moda seguido a cabalidad.

Se sentó al frente del escritorio procurando no recargar la espalda en el vacío y arrojó algunos datos venidos de su perspectiva política: “la gente está cansada del PRD y el PRI, por lo que el PAN tiene todo para ganar; “no tengo experiencia en la política pero esa puede ser una ventaja frente a los ‘dinosaurios’; “mi tío tiene una reputación política deleznable, pero yo no me parezco en nada a él”.

Proposiciones sin discusión, aunque su trascendencia reveladora estaba más en la forma que en el fondo: Horacio era en política un sujeto de mapas elementales y lugares comunes. Su experiencia en la grilla local era nula. Hablaba de política como una anécdota divertida que deseaba vivir.

¿Por qué, entonces, sacrificar la tranquilidad del salario satisfactorio que da teléfonos y gafas por una aventura apenas acompañada por sillas sin respaldo? La retórica decía que habiendo viajado y conocido el país, el hijo pródigo de Acolman regresaba para transmitir sus conocimientos y experiencias en el bienestar del pueblo que albergó su infancia y la casa de sus padres. La versión honesta sería revelada en esa primera entrevista:

“Imagínate los negocios que podríamos hacer. [...] Le das un billete al cabildo y te dejan pasar todo. Hay que saber cómo hacerlo; cómo llevarse una lana sin que lo parezca. Cuestión de utilizar el poder. [...] Y ahora imagínate la cantidad de viejas que van a llover”.

Horacio entendía y describía sin trastabillar la esencia del poder y de sus posibilidades. Ganando la Presidencia Municipal tendría acceso a 130 millones de pesos en presupuesto anual que sería útil para comprar favores, conciencias y una camioneta de lujo. Horacio estaba en Acolman para cumplir un deseo de hedonismo y dominio.

Israel y Horacio, entusiasmados por las posibilidades de la elección, remataron esa noche de introducción con una invitación que se volvería común el resto de la campaña: una botella de vodka al pie de la fila de bicicletas estáticas. Antes tuvo que insistir:

- ¿Hay algo que debemos cuidar de tu pasado que pudiese ser explotado en contra por la oposición? ¿Un hijo bastardo? ¿Una amante? ¿Un saldo en prisión?
- Mejor vamos a chupar -contestó arrojando una sonrisa de complicidad a Israel.

Algunos tragos después se revelarían algunas relaciones fuera de matrimonio, aunque ningún dato sobre pendientes en prisión. Sin embargo, más que cualquier espectro familiar o achaque moral, había un elemento intrigante en la historia que haría de Horacio un candidato inestable y débil; era una figura incisiva y codiciosa: su esposa.

El factor brujería

Doña Carmela enviudó hace dos años y para guardar el luto a su esposo tiene su fotografía en medio de un altar de flores artificiales, veladoras y ramas secas. Todas las noches antes de

cenar enciende las velas y reza una diatriba católica imperceptible. Pide por que Don Toño encuentre el camino al cielo, “porque estoy segura que le está costando trabajo al cabrón viejito”.

Doña Carmela tiene 66 años de edad y su última compañía desde hace algunos meses es un bordón de madera sin barnizar que le ayuda a sobrellevar la ceguera. Habita una casa cubierta por láminas de asfalto y cortinas de tela como puertas. Cada tarde la visita un gato hambriento, o alguna madre preocupada por el empacho de su hijo.

Antes Doña Carmela solía criar conejos que daba a los vecinos a cambio de comida. Su última liebre murió en las fauces de las ratas de coladera, pero ella, sin la posibilidad de ver, siguió alimentando al conejo muerto hasta que el olor a carne seca finalmente le reveló su descuido. Las ratas se dieron un festín de conejo, y después de lechuga y zanahorias como cortesía.

Tiene dos hijos, doce nietos, 31 bisnietos, 8 tataranietos y uno más en el eslabón familiar que ya pierde relevancia consanguínea. Sin embargo, vive alejada de su familia por una historia de descuido e infidelidad que no siente cómoda al narrar, pero que en cuya secuencia de acción y comedia en el año 1956 aparece Doña Carmela con pistola en mano manejando el único taxi del municipio.

A nuestro arribo interrumpimos la novela de las 6 de la tarde. Doña Carmela escucha emocionada, recargada en su bastón, que la protagonista buena ha descubierto al galán en un acto de infidelidad imprudencial. Ironía pura. Horacio toma asiento. Yo no puedo evitar preguntar por el destino celestial de Don Toño. Me encanta la respuesta.

Llegamos con Doña Carmela, practicante de santería, brujería blanca y herbolaria en busca de remedio a una observación que escuchamos una docena de veces antes de iniciar la campaña: “Ese Horacio parece que está trabajado. “Yo creo que le hicieron ojo. “A mí se me hace que le tienen un muñequito enterrado”. Se veía, sí, desconcentrado y ansioso.

Doña Carmela entró a la cocina en busca de una piedra llamada Alumbre. Sacó de la bolsa de plástico un pedazo, lo olfateó y asintió para sí. Recorrió las sillas para abrir espacio en la habitación y pidió que me retirara. El coctel de limpia también incluía huevo y ramas de ruda.

Cuando la campaña presentó sus primeros problemas financieros el rastro de la culpa pasó sin objeción de nadie del tesorero a la esposa del candidato. No se trataba de manejos erróneos de contabilidad sino de un hechizo maldito orquestado por la esposa y su hermana. La más convencida de la conspiración era la señora María González, madre de Horacio y autora de la teoría del muñeco enterrado.

El candidato contrajo nupcias con Herlinda Juárez Rosas hace 16 años. Se casaron durante su estancia en la Preparatoria Regional de San Juan Teotihuacan. La llegada del primer hijo del matrimonio, Alejandro, obligó a suspender los estudios de ambos. Aylín, la hija menor, tiene seis años.

Herlinda también es originaria de Acolman, cabecera municipal, y vecina de Horacio desde los años de infancia: un matrimonio impulsado por la familiaridad y la afinidad vecinal, el cual, llegada la campaña, atravesaba un momento de desgaste y desvinculación que generaría rumores fundados de separación. La rumorología se fortaleció cuando Horacio ya no llegó a dormir a su casa.

Pronto los problemas maritales del candidato contagiarían el ánimo de la campaña; en algunos casos al grado del miedo. Nadie se alimentaba de la comida que llevaba a la casa de campaña en su turno la señora Herlinda. Había temor a la brujería y hasta al envenenamiento. Horacio se comió los sopas del día por obligación moral y resultó en una diarrea que confirmó la sospecha de muchos.

Herlinda se hacía acompañar durante el periodo de campaña de Marisol, su hermana, consejera, alborotadora política y confabuladora profesional. Egresada de las filas del PRI durante los años oscuros de Carlos Hank González, Marisol entiende la hechura de la política como un ejercicio incansable de confrontación, maquiavelismo y pisoteo.

En el año de 1999, durante la gestión de gobierno de Arturo Montiel Rojas en el Estado de México, Marisol ocupó el cargo de Secretaria de Ecología, un honroso premio a su notable capacidad para alentar masas, ganarle besos a las figuras políticas y dominar un debate a golpe de manotazos y mordidas.

Durante casi ocho años permaneció escondida en un pequeño poblado del sur del estado de Veracruz. La historia no confirmada es que tuvo que huir en medio de la noche y en la cajuela de un automóvil debido a un cuantioso fraude en la caja de ahorro vecinal. Aún sin certeza de veracidad, el mito gustaba porque reforzaba la impresión generalizada de miedo.

Con estos antecedentes, pero sobre todo debido a la diarrea, acepté no sin incredulidad el ritual de limpia de Doña Carmela. Durante éste, a través de la cortina, logré percibir alrededor de Horacio un par de llamaradas que nacían del suelo y desaparecían de manera fugaz. Un ¡sshhh! efímero. También fue real el sonido de arena o sal cayendo del cuerpo de Horacio cuando era sacudido con las ramas de ruda.

Al cabo de veinte minutos de sonidos, gritos y rezos, Doña Carmela tomó a Horacio de los brazos y lo apretujó. Me pidió que entrara en la habitación. Éste se encontraba en un estado de inconciencia y apenas lograba mantenerse en pie. Lo puse sobre mis hombros y lo recosté en un sillón.

- Venía muy mal. Alguien le hizo un trabajo fuerte; seguramente con algo que comió. Qué bueno que lo trajiste. Unos días más y ya no la contaba este muchacho.
- ¿Usted qué supone que le hicieron?
- Pus' no'más asómate a ver el vaso sobre la mesa.

Dentro del vaso, la clara del huevo formaba los trazos irregulares de un cráneo humano con la quijada semiabierta, como un grito ahogado metros bajo el agua.

- No es la muerte –me aclaró Doña Carmela. -Es la muestra del sufrimiento interno. Además echó dos llamaradas. ¿No oíste? Este muchacho se andaba quemando.

Horacio despertó cuatro o cinco horas después. Alrededor de él, el equipo de trabajo se mostraba intrigado por mi versión de la historia. Nadie dudaba de a quién atribuir “el trabajo” y, por lo tanto, la campaña parecía estar ante un momento determinante cuando apenas iniciaba.

“¿Qué te pasó? ¿Qué sentiste?”, preguntaban. Horacio se levantó de la cama, observó a todos, sonrió avergonzado y musitó un “está-cabrón”.

Herlinda y Marisol permanecerían hasta el final de los días de la campaña, siempre retadoras y agrestes. Horacio regresaría dos veces más para consulta con Doña Carmela. Más de una ocasión me guardé la intención de pedirle a la señora que en lugar de planta de ruda me prestara el revolver que usaba en sus días de taxista.

Pipas y El Pijas

El señor Guillermo Flores, Don Memo para todos, subió las escaleras inclinadas y traicioneras de la casa campaña. Tiene 72 años pero una fortaleza física envidiable. Mide casi dos metros y la columna vertebral aún le respeta la línea vertical. Llegó para sumarse al equipo de trabajo diario con el haber de muchos años de experiencia en asuntos políticos de Acolman.

Nadie lo atendió de inmediato, así que ocupó uno de los sillones de la sala improvisada en espera de audiencia y de instrucciones para comenzar a trabajar. Un día antes había renunciado a su puesto en la administración priísta como segundo en importancia en la oficina de la Contraloría del Palacio Municipal. Cuando se despidió del ayuntamiento, muchos priístas apasionados lo señalaron y ofendieron por traicionar al partido que le dio trabajo durante los últimos tres años. Se iba para apoyar al PAN.

La pregunta en la mente de muchos era por qué Don Memo seguía trabajando a esa edad y con más de 35 años laborando en el Palacio Municipal. Ahí ocupó cargos desde barrendero hasta Secretario Particular de la Presidencia. ¿Por qué no llegaba la jubilación? Y ahora en campaña, ¿por qué apostar por un proyecto nuevo?

La explicación a la mano es que Don Memo es un defensor persistente de la justicia y las buenas voluntades. Un soñador e idealista. Esta convicción ética lo ha llevado del Partido Comunista en épocas de Vicente Lombardo Toledano hasta el también extinto Partido Popular Socialista. En algún momento en la década de los 80 arribó al PRI, donde permaneció hasta 1997, año en el que, atraído por las posibilidades, apoyó al PRD de José Antonio Saavedra Coronel.

Permaneció en las filas del perredismo hasta el año 2006. Agotada la figura de Saavedra, regresó al PRI para recuperar el gobierno municipal. Con esta carrera de aciertos electorales, la

suma de Don Memo al equipo del PAN para esta campaña auguraba y emocionaba al resto de los idealistas, por ilusión o por suerte.

Una segunda razón llevó Don Memo al PAN: su hijo, Reynaldo Flores, ocupaba una posición como candidato a regidor en la planilla. Especifíquese que éste estaba registrado como el cuarto regidor, porque la batalla por ascender y descender en la escala de regidurías sería un factor crucial en la lucha interna de la campaña, y una de las principales razones por las cuales Acción Nacional fue el principal partido derrotado en la contienda del 2009 en el Estado de México.

La definición de Horacio y su planilla para la candidatura fue el resultado de una decisión unilateral del órgano ejecutivo del partido a nivel estatal. El poderoso senador Ulises Ramírez, consejero estatal y líder moral del PAN, entonces apoyado en sus decisiones por el finado secretario de Gobernación, Juan Camilo Mouriño Terrazas, asumió para sí y para nadie más la facultad de palomear y rechazar las planillas registradas en el proceso interno de elección.

Sin embargo, cuando así lo hizo, llevó a cabo una aplicación bizarra de la ley salomónica: eligió a la cabeza de candidatura y después hizo una combinación absurda de planillas para definir a los candidatos a regidores. Dividió el poder. Uno para ti, y otro para ti. Pretendía, es de suponer, que los hermanos sumarían fuerzas en una candidatura común.

La estrategia de repartición fue un fracaso. Los niños en disputa querían el helado y el barquillo, el bote completo. El partido ingresó en una etapa de desmembramiento y descalificaciones que se prolongó, en algunos casos, hasta el final de la campaña. En el escenario de Acolman, la división sería un dolor de cabeza que ocupó las primeras tres semanas de la contienda. Mientras otros partidos tomaban ventaja de la calle, el PAN no lograba resolver la disyuntiva interna.

En la planilla de Horacio sobraba un personaje infiltrado y curioso. Su nombre es Juan Carlos Rivas, pero los militantes panistas lo conocen por el seudónimo de "El Pijas". Cuando se le pregunta por qué del apodo, la respuesta es reveladora: Él mismo lo adoptó para que la comunidad se familiarice más rápido con su nombre, porque en pocos años desea ser el candidato del PAN para la Presidencia Municipal.

Arribó a la planilla en contienda debido a buenas relaciones con gente cercana al senador Ulises Ramírez. Es un adulator profesional. Es un personaje arquetipo de la carrera política hecha con base en deudas, favores, presencia y lisonjería.

Juan Carlos soportó todos los embates y peticiones para que retirara su candidatura como segundo regidor. La ambición no se lo permitió. Fue registrado de manera definitiva como parte de la planilla. El resto del equipo no perdería oportunidad de culparlo por muchas de las divisiones y problemas de la campaña. En una ocasión incluso recibió créditos divinos por la descompostura de un baño que no utilizó. “Es que trae la sal”, decían.

Para la contienda se había buscado y definido un equipo de candidatos con perfil ciudadano y con diversidad geográfica para abarcar el mayor número de regiones del municipio. El proyecto atrajo a la profesora de preparatoria María Cristina Berber, psicóloga de profesión y originaria de la comunidad de Cuanalán. Madre de dos hijos y con una fuerte convicción por la religión cristiana.

De sonrisa fácil, le aportó un ingrediente de sensibilidad materna a la campaña. Corregía el dolor de cabeza de un borracho desmañado con llamados de atención y reprimendas, e hizo llorar a más de un miembro del equipo con sesiones de psicoanálisis orientadas al bienestar en pareja.

Uno más en la lista era Rubén Romero, también profesor de preparatoria, sastre, maestro de danza e instructor de gimnasio. Su aportación a los proyectos de gobierno estaba en la intención de gestionar y edificar una institución de educación superior en el municipio. Su contacto con los jóvenes era fácil, pues ocupó el cargo de director de la Preparatoria Regional de Chipiltepec, una de las dos únicas escuelas de educación media del municipio.

También en el grupo se encontraba Miguel Luna Martínez, maquilador de textiles y uno de los primeros miembros activos del PAN en el municipio. Trabajador y apasionado de la política, pero incapaz de transmitir una idea sin una vuelta de doble sentido, sin un albur. Era complicado tomar con seriedad sus iniciativas.

En la zona sur del municipio, en la nueva y sobre-poblada colonia Real del Valle vive la profesora de primaria María Eugenia Máximo Bastida, quien se sumó a la campaña para aportar con su experiencia como delegada de colonia. Problemas de salud la alejaron del proyecto.

La planilla se conformaba de un total de seis regidores y un candidato a síndico con sus respectivos suplentes. No todos aparecen en este listado inicial pero seguramente participarán en algún momento de la crónica y de la campaña: algunos por su potencialidad política y por su desempeño clave en el ejercicio de persuasión y convencimiento; otros por su irremediable holgazanería y hastío que apostaba por sobrellevar la campaña y llevar al partido al lugar de siempre: la tercera fuerza política sempiterna con posibilidades de colocar en el ayuntamiento, a decir mucho, un regidor de representación proporcional.

En esta intención estaba el candidato del equipo a ocupar ese puesto. El primero en la lista de regidores en planilla era Martín Cervantes Alcántar, amigo y vecino de Horacio, y principal promotor de las fugas nocturnas de los miembros de la campaña.

Martín es un personaje de complexión robusta y piel oscura. Un accidente en motocicleta le dio un diente frontal de oro que lo caracteriza en el saber de la gente. Es padre de tres hijos aunque divorciado desde hace cinco años. En el afán de aliviar las preguntas sobre su divorcio, solía decir que lo mejor de la separación es que regresó a casa a disfrutar otra vez de la sazón de su madre.

Ocupaba una posición de importancia en el organigrama de la delegación del PAN en el Estado de México, desde la cual orientó los dardos para ser incluido en el puesto preponderante de los candidatos a regidores. Por supuesto, es un operador natural del influyentismo, un aspecto de su lugar en la contienda que le generaría muchos enemigos, regañones y acusaciones.

Cuando un partido tiene un historial electoral que lo ha llevado a conformarse con la victoria del primer regidor en contienda, entonces la campaña concentra la presión financiera en éste. Martín debía cargar con esa piedra incómoda. Si a la campaña le faltaban recursos, después de la brujería, la culpa era de Martín. Si la camioneta de propaganda estaba sin gasolina, se podía extraer unos litros del automóvil de Martín.

Pero Martín no pudo adiestrar su papel como Sísifo y, por el contrario, lograba colmar la paciencia del resto del equipo con arranques de superioridad y conformismo. Un día, en medio de una situación de desesperación por falta de recursos para salir a la calle, Martín arribó a la casa de campaña arropado por un automóvil de modelo reciente. Más de uno reclamó su

imprudencia. Alguien, el misterio permanece, se encargó de vengar la molestia de todos rayando la pintura del auto en una de las puertas traseras.

Todos eran sospechosos del vandalismo contra el automóvil de Martín, con excepción de Don Memo, quien fue un observador paciente y silencioso de los golpes y acusaciones internas que sacudieron la estructuración de la planilla. Él asistió desde el primer día de campaña con la intención de ser útil, pero en medio de las indefiniciones, las groserías y el zafarrancho, era difícil poder asignarle una labor digna de su trayectoria.

Un día Don Memo resolvió por sí mismo su responsabilidad en la campaña. Tomó un puñado de volantes y se subió a la cisterna de repartición gratuita de agua para auxiliar al chofer en la labor social. Casa por casa ofrecía el servicio de llenado de tinacos y cubetas, y explicaba las bondades del proyecto de gobierno del PAN. Estiraba y enrollaba la manguera con sus manos callosas y arrugadas ante la admiración de la gente.

Nunca estuve conforme con la tarea de Don Memo en la pipa de agua pero fue imposible convencerlo de desistir. Viéndolo arrastrar la manguera recordaba la conocida injusticia que sufrió durante el segundo gobierno de José Antonio Saavedra, cuando compitió y ganó la elección como candidato suplente a Presidente Municipal. Iniciada la gestión, como premio a su esfuerzo, Saavedra le asignó una comisión como recolector de perros atropellados.

Como Don Memo, mucha gente ansiosa y molesta subiría las escaleras de la casa de campaña buscando sumar esfuerzos para cambiar la situación política del municipio. No todos tendrían cabida en la cisterna de agua, o la voluntad de Don Memo para ello, pero contribuirían en la esperanza de llegar al 5 de julio con una posibilidad real de triunfo para el proyecto.

Con el equipo listo, aunque emocionalmente desgastado por la contienda interna, la campaña podía empezar, casi tres semanas después, pero antes habría de enfrentar un escaño incómodo más: una llamada del crimen organizado de la región. Los traficantes de droga tenían interés en platicar.

La Milpa

“Los narcotraficantes no sólo son malos, sino que tienen la pinta”. La frase se repetía en mi cabeza con mayor insistencia mientras nos aproximábamos al restaurante La Milpa, una choza de madera y paja que atiende con pulque y barbacoa a las afueras de la comunidad de Nopaltepec, en el noreste del Estado de México.

La escuché hace algunos años en boca de un político viejo que suele ser requerido para negociar con los narcotraficantes de Guerrero y Michoacán la sobrevivencia de alcaldes recién electos. Con su ayuda, y con la concesión de algunos cargos en el gobierno, los señores de la droga perdonan la vida del Presidente Municipal durante tres años.

-Los narcotraficantes te piden lo obvio -me explicó ese político viejo. -Exigen la comandancia municipal o que te hagas de la vista gorda cuando pase la droga-. También esto lo llevaba anotado en la memoria como posible carta de negociación.

Arribamos al restaurante con antelación precavida. Un falso instinto de supervivencia nos sugería que llegar temprano nos haría ganar puntos frente al miedo, pero una pareja de hombres a bordo de una camioneta negra marca Hummer ya nos esperaba paciente en la entrada del estacionamiento. El crimen organizado también es puntual.

La llamada previa a la cita interrumpió una noche común de planeación y programa. Una voz amable y con un irremediable acento provincial nos invitaba “a charlar” con los encargados de la plaza “sobre campaña, trabajo y cosas”. Su amabilidad nos dejó elegir la hora, las 4 de la tarde; ellos sugirieron el restaurante y hasta pagarían la cuenta.

Durante algunas horas de debate en la casa de campaña prevaleció toda negatividad sobre asistir a la convocatoria y sobre conversar con los señores de la droga. La integridad del candidato estaba en la línea, o podría ser una trampa de la oposición para descalificar la campaña con una fotografía o una grabación. Pero el no asistir podría suscitar repercusiones más graves. Cuando el cuchillo no se compra con mango, el riesgo de cortarse es doble.

Con la mayoría por el “Sí”, se formularon una serie de claves de emergencia, se creó la comisión de encuentro y se dio aviso a un grupo de amigos de la policía en distintos niveles, en caso de

requerir ayuda. Programamos los celulares para marcaje automático y activamos un GPS en la camioneta.

Para algunos en el círculo cercano, la llamada del narcotráfico debía interpretarse como señal de la importancia y relevancia de la candidatura del PAN, pues no había registro en la memoria de nadie sobre un escenario semejante para el partido. Para Israel López, suplente de candidato, toda la estratagema le resultaba emocionante; parecía disfrutar este nivel de vivencias, como deseando sumar experiencias extremas al relato que llevará a sus nietos, cuando los tenga.

Acolman es un municipio infiltrado por el narcotráfico en años recientes. La distribución de la droga arribó con las bondades de la mancha urbana; sin embargo, el consumo interno no representa ingresos envidiables para las tiendas locales. La importancia del territorio radica en la autopista federal de cuatro carriles que atraviesa la región de sur a norte, y que conecta a la sierra veracruzana con la Ciudad de México.

Con la inauguración del tramo carretero Acolman-Tulancingo en el año 1998, el gobierno federal terminó el proyecto de conexión del Distrito Federal con las ciudades de Poza Rica, Tuxpan y Tampico. El cartel del Golfo tiene el poder sobre esta vía en el traslado de droga de Veracruz e Hidalgo hacia el centro del país.

En Acolman se conoce entre vecinos la existencia de casas de seguridad de estupefacientes antes de que estos se esparzan en la zona metropolitana. Algunos aseguran que ha sustituido a Ecatepec como punto de concentración y repartición, pero nunca se ha reportado ni se ha asegurado un cargamento droga. Empero, las cejas se arquearon el día 17 de diciembre del año 2008, cuando, por primera vez en la historia del municipio, se atentó contra la vida de un director de Seguridad Pública del municipio. Bernardo Castillo Velasco recibió el impacto de dos balas.

La Milpa ya disponía de una mesa arreglada y reservada para nuestro arribo. De hecho, éramos los únicos clientes agendados para esa tarde. Saludamos con confianza a la pareja de conductores de la Hummer, quienes no disimularon las armas que portaban debajo del cinturón ni el aliento a alcohol de varios días.

-El patrón ya está avisado que llegaron. No tarda. Fue a comprar la botella -dijo divertido uno de los armados.

- ¿Ustedes no se sientan?-pregunté con cortesía, sin saber aún si ésta es relevante u ofensiva.
-Nosotros no'más cuidamos. Andamos "checando" el detalle.

La pareja permaneció silenciosa en la puerta del restaurante. Uno de ellos, el más adulto, portaba un reloj marca Mido, botas de piel de cocodrilo, camisa Hugo Boss, lentes oscuros Dolce&Gavana, y un bolígrafo Mont Blanc. Los narcotraficantes "tienen la pinta" de ser malos, pero lo hacen pagando precios altos.

El jefe del momento –nunca supimos su grado de responsabilidad o nivel en el cártel- arribó doce minutos después a bordo de una camioneta gris de modelo reciente. Lo acompañaban otras dos camionetas, de las cuales descendieron un total de siete personas. Intercambió comentarios con los vigilantes de la puerta y caminó serio y seguro rumbo a la mesa. "¿Ya pidieron, chavos? Deje dicho que los atendieran bien", señaló.

El líder evidenciaba entre 40 y 45 años de edad y rompía, en vestimenta y actitud, el esquema fílmico del traficante de drogas. En lugar de botas, sombrero vaquero y camisa entre abierta, portaba un traje gris afelpado con una camisa azul lisa, zapatos negros y nada sobre la cabeza. Colgaba de su cuello la imagen de una cruz y usaba un reloj grueso de oro. Cabello mojado peinado hacia atrás y un rasurado reciente. Su símil estaba más cercano a un personaje de la mafia chicana que a un perseguido en las películas de David Reynoso.

Se presentó como Alberto y dejó en incógnita el nombre del resto de los acompañantes, quienes se repartieron en la mesa sin ningún cuidado aparente sobre jerarquías o prioridades. La tabla pronto comenzó a llenarse de rondas de consomé, arroz en jitomate, sopes de frijol, nopales asados y cervezas.

Mientras rodábamos de mano en mano el canasto de tortillas, Alberto tomó la iniciativa de la conversación para no soltarla en varios minutos: "Como ven, estamos en confianza, y qué bueno que vinieron, porque hay un montón de cosas que hay que hablar. A mí me gusta decir las cosas muy en claro. Espero que eso esté bien para ustedes.

"Ya quite esa cara mi candidato. No se me espante. Somos cabrones pero somos decentes. Aquí al único panista al que nos vamos a chingar pronto es al Felipillo de Los Pinos.

“Sabemos bien que una cosa es allá arriba y otra cosa lo que vas a hacer cuando llegues a la Presidencia Municipal. Con el Ejército nos andamos desmadrando. A ti lo único que te pido es que hagas como que la Virgen te habla; como que el río suena pero no lleva nada.

“O sea, que nada de meneadas de andar trayendo al Ejército para patrullar, que la PFP, que la ASE la hace de jamón, que la fregada... Todos tranquilos y todos ganamos.

“A cambio, pues te mantenemos la plaza en calma y hasta te ayudamos y cubrimos si vas a desaparecer a algún cabrón. Tú le pones algo y nosotros nuestra parte.

“Y mira, hay te va para que te emociones más: ¿cuánto quieres para echarte la mano en la campaña? Ponle número. Ponle ceros. Lo que quieras, candidato. ¿Tres? ¿Cuatro?”

Después de dos rondas de cerveza obscura, apareció en la mesa una botella de tequila Don Julio Reposado 18. Horacio dijo que sí a la oferta del caballito y sí al acuerdo inevitable para garantizar la seguridad de Acolman en caso de lograr la elección.

Alberto continuó: “No te vamos a pedir puestos en la policía ni un cargo en ningún lado. A lo mejor, a veces se da, te molestaríamos con que le eches un ojo con la policía municipal a alguna carga que pase por tu rumbo. Nada más”.

- ¿Ya le pensaste a la cifra?

- Ahorita no va a ser necesario. Lo dejamos para el final, ¿te parece?-reculó Horacio buscando atajos de salida a cualquier compromiso.

En la botella de tequila número tres, Alberto dispuso a la mesa de una parte de su historia de vida, en donde incluyó pasajes como estudiante universitario y su primer trabajo como empacador en un supermercado de Tulancingo, Hidalgo. Estudió y se tituló en la carrera de Contaduría, lo que le ha facilitado su camino en la escalera del grupo en el aparato de logística y tráfico. Si el traficante de drogas del futuro será como Alberto, algunos podrían tener trabajos de medio tiempo como ejecutivos de cuentas o brokers en la bolsa de valores.

Trabajó como auxiliar de contabilidad en despachos de Pachuca y Ciudad Sahagún. Intentó convertirse en empresario agrícola pero sus proyectos fracasaron uno tras otro. El tráfico de

estupefacientes le dio la oportunidad de acceder al lujo, la suntuosidad y el derroche. Los “pasaderos” de droga, como él los llama, hace tiempo que dejaron de ser folclóricos, “de rancho”.

Durante la comida, los miembros del grupo contestaban llamadas frecuentes que atendían sin disimulo ante la mesa. Su descarado nos hacía cómplices de sobornos a policías, cuotas para comerciantes y saldos por cobrar. Alberto le dio la dimensión apropiada al despliegue de llamadas:

“Esto es como manejar una gran empresa de recolección y entrega de mercancías; como un supermercado grandote. Y no hacemos cosas que otras empresas ‘legales’ no hagan con la mercancía, como los contenedores de ropa y plásticos que los de Aurrerá compran del área de confiscados en los puertos. Nada de eso entra legal, pero luego aparece en las tiendas”.

Con el colofón de la última botella, la cuarta de tequila, y el segundo kilo de barbacoa, un acompañante en la mesa, sin nombre, satisfizo nuestra curiosidad sin preguntar, y arrojó su apuesta sobre la situación política de la región.

Dijo que la gente del municipio estaba en busca de algo distinto al PRI y al PRD pero que no había aparecido la tercera opción viable: “La neta es que los jefes no están muy seguros de pa’dónde va la tirada, así que nos vamos a reunir con todos para tratar”. Y nos adelantó el favor de su voto: “Yo soy de Acolman y voy a votar por el PAN”. La revelación es que los traficantes de droga también votan.

La despedida se colmó de abrazos y buenos deseos. Entre Horacio y Alberto hubo cinco o seis intercambios de palmadas en la espalda. Y lo que parecía una oferta inspirada en el alcohol y el desplante, tomó un dejo de seriedad cuando Alberto insistió en el apoyo para la campaña: “Te hablo en una semana y tú me dices con cuánto te cooperamos. Yo le voy a que te alcanza con unos tres o cuatros millones. Cuenta con ellos”. Intercambiaron números telefónicos.

Las camionetas partieron del restaurante en fila uniforme. Mientras yo arrancaba el automóvil, los meseros de La Milpa cerraban la puerta principal y las cortinas de la cabaña. Hubo una mirada de complicidad con uno de ellos.

La llamada telefónica para confirmar el préstamo nunca llegó. Más de una vez, cuando la falta de recursos ahogaba nuestras posibilidades de salir a la calle, entró en la casa de campaña la tentación de concertar en La Milpa. Se legitimaba la opción con argumentos como que el narcotráfico es un asunto normal; que los otros candidatos, se notaba, ya eran financiados; que la droga es un mal necesario; que sólo así podríamos dar batalla al PRI y al PRD.

Un día, meses después de concluido el proceso electoral, en un centro comercial de la ciudad de México, observé a la distancia a Alberto acompañado de dos niñas pequeñas y una mujer comprando boletos para ingresar al cine. Los narcotraficantes de hoy también descansan los domingos.

“El Lonero”

La caja de trailer rotulada con el logotipo de la empresa 777 es propiedad de Roberto Sánchez Campos. La empresa, también. Desde hace doce años, brinda servicios de arrendamiento de infraestructura y varios para la presentación de espectáculos masivos. Está cerca de convertir este nicho empresarial en un monopolio en Acolman.

El círculo de empresarios del ramo acusa a Roberto Sánchez de ser un competidor desleal y tramposo. Ha sido difícil empatar los precios que oferta 777 en el mercado. Una triada de empresas familiares está al borde de la quiebra porque los grupos musicales que se presentan en la región han dejado de arrendar sus lonas y templetes.

La empresa tiene su sede en el poblado de Santa Catarina, Acolman, mejor conocido como La Loma. Un letrero de 80 metros cuadrados con las promociones del mes en 777 anuncia la entrada a la población.

La señora Carmen Jiménez tiene la versión más cercana a esta historia de éxito empresarial o de práctica desleal. Ella es propietaria de una de las empresas de arrendamiento al punto de quiebre y, alguna vez, hace diez años, jefa directa de Roberto Sánchez.

La señora Carmen lo rememora como un joven distraído al que había que dar la orden dos veces. Era responsable de administrar los pedidos y entregas de tubos para la colocación de las

lonas. En los años de trabajo, se le perdieron muchos tubos, lazos y descansos. “Todas las semanas tenía que descontarle algo de su salario”, recuerda.

Un día de pago semanal, Roberto no se presentó en la empresa y no lo volvería a hacer. Desapareció del pueblo durante tres años, tiempo que ha motivado crónicas y leyendas sobre su paradero y su riqueza. Carmen todavía le debe el pago de esa semana, pero ahora, molesta como está por el camino de la empresa, se arrepiente de haberle enseñado todo sobre el negocio de la “rentaduría”.

Roberto Sánchez regresó de su viaje idílico con dinero suficiente para comprar un trailer, cuatro escenarios, dos pantallas de acompañamiento, lonas, sillas, cuerdas, una bodega e instrumentos musicales para tres grupos folclóricos. En doce años ha constituido un monstruo de los espectáculos regionales con ingresos registrados de 22.5 millones de pesos al año

Carmen narra que desde su ingreso en el negocio, Roberto Sánchez abarcó viejos y nuevos clientes con tarifas inexplicables: “Daba el metro cuadrado de lona tan barato, que ni dejando sin comer a los chalanos salía para los gastos”.

La hipótesis de quienes lo han conocido y de quienes lo han odiado es que Roberto Sánchez tiene ingresos extraordinarios provenientes de negocios vinculados con la distribución de la droga. 777 sería una empresa que lava dinero. El mito crece cuando se asegura que el grupo Los Rugrats, también de su propiedad, está conformado por traficantes de droga que cantan en tiempos libres.

La casa de Roberto Sánchez ocupa una manzana completa de Santa Catarina. Está vigilada por circuito cerrado de televisión y un portero en la caseta. Es un oasis de extravagancia y derroche en medio de la pobreza generalizada del poblado.

Incluso así, nunca se le ha imputado un cargo criminal relacionado con la droga. Pero cuando el trailer sale de la bodega de Santa Catarina los martes por la noche, muchos dudan que vaya a presentarse algún espectáculo folclórico entre semana.

Roberto Sánchez Campos era el candidato del PRI en la contienda por la Presidencia Municipal.

Pozos muertos

La orografía fue amable con el municipio de Acolman. Durante años, la cordillera de Tepextlaotoc, que circunda el valle, ha trazado en sus laderas la ruta ribereña de arroyos que descienden para nutrir los mantos de agua de las comunidades.

En el cerro del Árbol se forman acumulados de agua y hierba que son hogar de garzas, sapos y víboras que brindan un ambiente sonoro parecido al de un bosque, en un valle donde las sombra la hacen sólo magueyes y árboles de nopal. Hay agua donde no debería.

El agua de los fondos la extraen pozos subvencionados por la comunidad. En este meridiano de México el agua es administrada por patronatos locales electos cada tres años, quienes son los responsables de abrir y cerrar las canaletas de distribución, así como de recaudar los costos de extracción.

Existe un patronato y un “pozo vivo” por comunidad. También hay “pozos muertos”, aquéllos cuya vida útil ha terminado pero que permanecen abiertos para ayudar en el reabastecimiento de los mantos.

En Acolman cabecera existen ocho pozos muertos, los cuales, con el curso de los años, han pasado a manos de particulares en medio de transacciones y acuerdos de explotación de los que no quedan registros. Bajo el argumento de muerte, los pozos son concedidos o heredados sin que los habitantes tengan conocimiento de ganancias o remuneraciones.

La vida promedio de un pozo es de 15 años, por eso la Casa Ejidal de Acolman albergó en una noche de martes una discusión altercada y poco tersa sobre el rendimiento de un pozo que vivió apenas nueve años. La población tendría que pagar, otra vez, los gastos de maquinaria y perforación de un nuevo pozo. Nadie estaba conforme. Las acusaciones y bofetadas eran en contra del ingeniero Horacio Cuevas, entonces presidente del patronato.

Entrada la medianoche era evidente que no habría acuerdo sobre la tarifa de cooperación, y tampoco sobre la necesidad de ejecutar una inspección a la corriente y caudal del pozo viejo para redefinir su vida. Los jefes de familia comenzaron a abandonar la Casa Ejidal con el nombre de Horacio Cuevas en la boca.

Una semana después apareció prendido de los postes del tendido eléctrico de Acolman un panfleto acusatorio que exhibía la fotografía de cisternas extrayendo agua del pozo de la comunidad en horas de la madrugada. Las pipas llevaban el líquido a las alcaldías de Ecatepec, Tecamac, Texcoco y Chimalhuacán, para suplir la escasez de esos municipios. Horacio Cuevas mentía y vendía. El pozo tenía vida pero había una oferta millonaria por su compra.

El patronato de agua fue destituido por aclamación en una sesión de comunidad en la Casa Ejidal. A Horacio Cuevas se le exigieron datos completos de las utilidades obtenidas por la venta ilegal de agua. Sin cifras a la mano, se le imputó una multa de un millón de pesos, aunque ésta no tenía carácter legal porque no derivó de un juicio penal.

Horacio Cuevas desapareció algunos meses de Acolman en busca de la clemencia del tiempo y la indiferencia, para regresar tiempo después como el candidato del PRD rumbo a la Presidencia Municipal.

CAPÍTULO 3: DEMOCRACIA DE DESPENSAS

La despensa

Se dice con mofa que “Dios nunca se apareció en San Lucas”, y los habitantes del pueblo no se esfuerzan en refutar. Si se vive ahí, se adopta el estigma de la comunidad más distante y olvidada de Acolman.

San Lucas Tepango se encuentra en el extremo norte del territorio, en la colindancia del municipio con Teotihuacan y Otumba. Está asentado en las faldas de un cerro abierto a la mitad por el escurrir del agua: es una barranca donde se han multiplicado no más de ocho familias hasta crear un censo suficiente para tener una lechería, una escuela primaria y un campo de fútbol.

Las casas ocupan espacios irregulares en la orografía. Algunos vecinos adquirieron el terreno en metros de altura sobre el declive; después excavaron y construyeron. Más de un familia incluso adoptó la montaña como una de las cuatro paredes de la casa.

Las calles las han trazado el tiempo y la gente que camina en las laderas. Las avenidas son cauces naturales de la lluvia, por lo que en algunos espacios los tubos de drenaje se encuentran a nivel de piso.

En medio de la barranca, en una casa que se sostiene sólo por bendición de la pobreza, habita la señora Trinidad, una anciana de 89 años que muestra orgullosa las calcomanías con la imagen de Vicente Fox que, deslavadas, aún permanecen en su puerta: “Mi Chente me hizo quedar mal pero yo siempre voy a ser panista”.

Otros adheribles en la puerta de lámina la evidencian como beneficiaria del programa de asistencia social llamado Oportunidades y como admiradora aguerrida del equipo de fútbol Atlas de Guadalajara. Su esposo, ahora muerto, fue jugador de las fuerzas básicas.

La señora Trinidad nos recibió con un vaso de agua, y nos comentó encolerizada y triste que la despensa quincenal que le correspondía le fue suspendida hacía unos días. Una mujer la visitó con lista en mano para preguntar sobre la orientación de su voto. “Yo la mandé al carajo”,

comentó. “Le dije que conozco mis derechos y que no me puede andar preguntando por quién voy a votar; que se fuera bien lejos”.

Cada dos semanas, Trinidad se forma a las afueras del Palacio Municipal para recoger una caja que contiene arroz, frijol, sal, verduras enlatadas, jabón, papel higiénico, mermelada, sopa de pasta y galletas. Como beneficiaria del programa Oportunidades, tiene derecho a una despensa y a asesorías de salud integral.

“La muy cabrona me dijo que si no votaba por Roberto, el del PRI, me iba a tener que quitar la despensa y que quién sabe si me fuera a tocar de vuelta”, añadió la señora Trinidad, mientras sacaba de la bolsa frontal de su delantal la credencial con foto emitida por la Secretaría de Desarrollo Social.

Indignada y vociferando groserías, apenas escuchaba nuestra explicación a lo que estaba ocurriendo. La despensa es la diferencia para muchos entre comer y no hacerlo. Intentamos persuadirla de que éstas son el tipo de situaciones a modificar. Ella sólo tenía palabras sonoras en contra de la brigadista del PRI.

La historia de la señora Trinidad se repitió tantas veces como madres de familia existen en Acolman. Mujeres preocupadas por la alimentación de sus hijos si eran descubiertas asistiendo a una reunión del PAN, o abriendo la puerta para recibir el tríptico informativo de otro partido. El programa de abasto social fue utilizado para condicionar el voto a favor del partido en el gobierno, y lo que desencadenó fue una oleada de temor y paranoia.

“No puedo participar en el mitin porque si las líderes me ven, me van sacar de la lista de las despensas”. Puerta tras puerta la misma voz de preocupación y rabia contenida. Un beneficio presupuestal incluido en la ley, secuestrado y administrado por sabuesos de la política.

Las líderes vecinales, la Estructura, salieron a las calles en el primer minuto del arranque de campaña para hacer pública la advertencia y sus anexos: (1) Si algún beneficiario participa de reuniones políticas, desaparece de la Lista; (2) Las despensas correspondientes se recogerán en reuniones y mítines del candidato del PRI y convocados por el partido oficial; (3) Si el PRI pierde las elecciones del 5 de julio, desaparecerá el programa de despensas.

Lo que debía ser una campaña de presentación de proyectos, se convirtió en una terapia callejera de consolación y ánimos. En ocasiones, no había explicación racional que contrarrestara el temor y el coraje. Tampoco era fácil reorientar el miedo en votos emocionales. El hambre genera un instinto de cuidado y protección más fuerte que el ejercicio de la libertad.

El Programa Oportunidades es de manufactura federal. La SEDESOL gestiona y distribuye los recursos en todas las entidades del país a través de tres ejes rectores: cuidado de la salud (orientación y examen), permanencia en la escuela (becas escolares) y seguridad alimentaria (despensas). Todos los servicios son gratuitos.

La legislación electoral vigente en México señala que estos beneficios no pueden ser utilizados con fines políticos o electorales; sin embargo, la realidad, maquiavélica y mundana, es otra, en sentido contrario.

Un problema de operación, o de ineptitud, en las delegaciones estatales de SEDESOL, concede a los gobiernos municipales la facultad de distribuir los recursos de éste y otros programas. Es un acuerdo de confianza entre el gobierno federal y las administraciones locales para “acelerar” la entrega de los beneficios.

Cada dos semanas, un camión ahíto de despensas arriba a las bodegas de los ayuntamientos. En el forro de cada caja rosa se lee la siguiente leyenda: “Secretaría de Desarrollo Social. Programa de Seguridad Alimentaria. Este programa es ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido su uso para fines distintos al Desarrollo Social”.

Una decena de trabajadores descarga la plataforma. Entrada la noche, un ejército de mujeres arriba a la bodega, armado con tijeras y cinta adhesiva transparente. Su labor es secreta y trascendente: Retiran de las cajas de despensa los logotipos de SEDESOL y cualquier rastro rosa que identifique al programa federal. Después, pegan con cinta una calcomanía roja que tiene la identidad del gobierno priísta del Estado de México, y que dice: “Compromiso. Gobierno que cumple. Estado de México.”

Las etiquetas rosas son incineradas en botes de basura. Tras una noche de desvelo y trabajo cuidadoso, las bondades del programa de asistencia han cambiado de nombre y de origen. Camionetas del ayuntamiento repartirán las cajas en puntos estratégicos.

Lo que también molestaba a la señora Trinidad es que la obligan a asistir a actos públicos del Presidente Municipal para recoger la despensa: “Pierdo todo el día en el traslado y en la espera, porque la despensa la dan hasta que termine el acto, hasta que cortan el listón”. Los beneficiarios son también carne de relleno para vestir eventos vacíos y banales.

Pero la intriga de las despensas tiene un capítulo de corrupción e ilegalidad más grave. Todo aquel que recoge su dotación de la quincena paga una cuota que va de 50 a 70 pesos por caja. El dinero lo recogen las líderes vecinales. No hay recibos. No hay especificaciones. No hay reclamos, porque, a pesar del cobro, “la despensa sigue valiendo la pena”. La corrupción comprendida.

Con estos testimonios en la mano, incluyendo evidencia fotográfica de la maquinación nocturna del cambio de etiquetas y de la incineración posterior, tocamos la puerta de las representaciones regional y estatal de SEDESOL en busca de una ventanilla de denuncia, sólo para encontrar que los responsables del programa ya tienen conocimiento de estas prácticas y que se distribuye mucho dinero a cambio de su silencio y complicidad.

Mientras partíamos de la casa de la señora Trinidad, recibimos gestos de motivación y la garantía de un voto seguro. Su fastidio había tocado la cresta. Estaba dispuesta a perder la despensa de dos meses a cambio de no tener que asistir a mítines públicos que no la dejan hacer sus labores domésticas matutinas. Una en un océano de miedo y frustración. La democracia que hemos creado cabe en una caja de cartón.

Barda por barda

José Miguel es la última figura nacida en el municipio que juega en el equipo de fútbol Unión Acolman F.C. El resto del grupo lo componen jugadores de los estados de Hidalgo, Puebla, Zacatecas, y hasta dos miembros traídos de El Salvador, y uno más de Colombia.

Tiene 32 años y un sueño frustrado como jugador profesional de fútbol. La edad come sus esperanzas de algún día jugar para un equipo de Primera División. Es originario de la comunidad Granjas Familiares y habitante de Acolman toda su vida.

Buscó durante años su incorporación a La Unión apegado a un sentimiento de justicia cumplida cuando la Federación Mexicana de Fútbol le otorgó la categoría de Tercera División al equipo de Acolman. La comunidad se incorporaba a la vanguardia deportiva y pronto se generó una expectativa de rápido ascenso en los escaños hasta llegar a la Primera División. Desde entonces han pasado diez años y se ha avanzado poco, nada.

La convocatoria inicial para conformar el equipo se redujo a habitantes de Acolman. Una generación de talentos forjados en los campos del llano constituyó un equipo joven que logró un honroso lugar 13 en el primer torneo.

José Miguel se incorporó hace cinco años, y desde entonces ha vivido de cerca el proceso de relevo de los vecinos del municipio por intereses extradeportivos ligados a otros estados y más allá del sur del país. La Unión se ha convertido en un negocio explotado por promotores y por el gobierno municipal. El accionista mayoritario del equipo es el Ayuntamiento, a través del cual se justifican 1.7 millones de pesos del presupuesto mensual, sin ganancia alguna.

En días de campaña, en lugar de estar entrenando con el equipo, José Miguel “andaba en la bola” ayudando al PAN en la repartición de gallardetes y pendones en los postes del tendido eléctrico. La epidemia de la influenza humana suspendió el torneo a la mitad del camino. No había partidos de fútbol en el improvisado estadio de Acolman; tampoco besos, ni abrazos, ni reuniones masivas de ningún tipo.

La declaratoria de emergencia de salud emitida por el gobierno federal alteró el calendario de encuentros de La Unión -aunque no es frecuente que logre llenar el estadio-, y también la forma como se hace y opera una campaña electoral. ¿Cómo sustituir el “arrimón obligado” del candidato a las señoras?

Si no es posible besar a los niños... si no es sugerido abrazar a los señores... si no es factible reunir a las personas en la plaza sin instalar un filtro sanitario semejante al de un hospital, entonces la campaña se hace a pie, tocando la puerta de todas las casas, entregando la propuesta de gobierno en papel y sin saludo... o gastando dinero fuera de presupuesto en estrategias de difusión extravagantes y económicamente ofensivas.

El escenario sugería que la influencia obligaría a hacer un ahorro obligado si no se devengaban gastos en lonas, sonido, transportación, alimentos, entretenimiento y demás protocolos propios de un festín electoral de fin de semana. Nosotros decidimos, por economía y estrategia, caminar las calles y gastar en suelas de zapato. Los otros partidos, en cambio, se entramparían en una disputa propagandística desgastante y, a veces, ridícula.

El tope de campaña contemplado por ley⁵ obligaba a rotular no más de seis bardas por población, y a colocar un promedio de 400 lonas en todo el municipio. Superar esas cifras ubicaba a los partidos al borde de la ilegalidad por exceso desmedido de gastos. Justificado por la influencia, el PRI se permitió rotular un aproximado de 40 bardas por población. En San Miguel Xometla se contabilizaron hasta 63 bardas. Las lonas colgando de casas y muros superaron las 750.

El PRD llegó a tener hasta 25 bardas por población y más de mil 200 lonas, además de invertir en la renta de una avioneta que cada fin de semana arrojaba desde los aires propaganda en forma de volantes y trípticos.

No es extraño que los topes de campaña se conviertan en restricciones de ornato en Acolman o en cualquier parte del país, pero el ímpetu por ganar todas las bardas, todos los postes y todos los exhibidores, por momentos desbordó la paciencia de la población de Acolman. ¿Y qué otra reacción esperar si las camionetas con melodías que llamaban al voto comenzaban el sacrilegio sonoro a las 6 de la mañana, y no apagaban los decibeles hasta la medianoche?

En lugar de mítines de domingo, el votante presencié una disputa barda a barda que con el tiempo también animó su ánimo de especulación. Todos quienes tenían un espacio disponible le ponían precio a su convicción. “Yo voy a votar por el PAN, pero los del PRI están pagando 350 pesos mensuales por barda”. “A mí me dieron seis bultos de cemento por dejar colgar una lona”. “Que dice mi papá que si quiere poner un pendón en su bici-taxi, está bien, que le cobra 10 pesos el día”. Un vecino de la población de San Francisco Zacango logró coleccionar en su barda exterior las lonas de los tres partidos principales.

Candidatos y electores se sumergieron en un entusiasmo de pérdidas y ganancias digno de disputas en la Bolsa de Valores. El mercado negro de la especulación política. Todas las bardas

⁵ El tope de campaña definido por el IEEM para la contienda 2009 en Acolman fue de 987 mil 535 pesos.

y todo el dinero. El PRI logró rotular frente a la escuela primaria de Cuanalán hasta tres bardas apenas separadas por dos metros.

El PRI y el PRD superaron el tope de campaña en las primeras dos semanas del proceso. Y una vez retirada la cláusula de prevención por la influenza, les quedó dinero para organizar un carrusel de mítines.

Todas las tardes, José Miguel intentaba dar la batalla en los postes para ganar espacio en el basurero de gallardetes, lonas y pendones. Al final de la jornada, arribaba a la casa de campaña decepcionado y molesto, porque la contienda era desigual, porque no teníamos el dinero para comprar espacios, porque los 27 mil pesos en plumas y gorras que nos proporcionó el partido no serían oposición a bultos de cemento, toneladas de grava y miles de pesos que pintaron el municipio de rojo y amarillo.

El domingo 14 de junio, José Miguel permaneció en la banca de La Unión. No ingresó como suplente en el segundo de tiempo, como es costumbre. Quienes lo fuimos a ver, preparábamos la burla al final de partido por haberse cambiado para no jugar. José Miguel se nos adelantó con la explicación: “Las playeras nuevas que nos dieron traen las siglas RS en la espalda. ¿Eso que tiene que ver con La Unión? Yo no me iba a poner esa chingadera”. RS es por Roberto Sánchez.

Los datos contables aportados por el PRI y el PRD al Instituto Electoral del Estado de México no maquillaron los números pero sí los costos. Según sus estadísticas, cada metro cuadrado de barda rotulada les costó un peso. El PAN logró no menos de 13 pesos el cobro por la misma área con el mismo rotulista. Según la oposición, cada metro cuadrado de lona costó 5 pesos. El PAN hizo lo mejor en la negociación con el impresor con 40 pesos.

En estos días, los rumores en el Palacio Municipal de Acolman son que el candidato del PRI tiene una deuda a pagar que asciende a 15 millones de pesos por concepto de gastos en campaña. El PAN tuvo que ajustar su presupuesto a no más de 125 mil pesos, plumas y gorras incluidas. El dinero sustituye al “arrimón”.

Maquila de peticiones

Para llegar a la comunidad de San Marcos Nepantla hay que manejar una carretera que el presupuesto no pudo terminar. La vía pavimentada desde la cabecera municipal tiene un tramo intermedio de terrecería de tres kilómetros. No es curiosidad de la ingeniería sino ausencia de interés político por terminarla. Si en ese tramo se corta un listón, los únicos testigos serían nopales, magueyes y árboles de pirul.

Un arco vestido con flores secas da la bienvenida a San Marcos. Es lugar de talleres familiares de costura. Todo habitante originario tiene en la sala de su casa una máquina “recta” o una “Over”, y un padecimiento serio y prematuro de presbicia visual.

La maquila de textiles ha sido negocio redituable durante años. Fábricas del conocido mercado de ropa de Chiconcuac instalaron aquí sus cadenas de costura. Ahora el comercio de la ropa en la región está bajo el dominio de ciudadanos chinos y coreanos radicados en México, y también ellos adoptaron a San Marcos como centro maquilero.

Esta ventaja económica ha aislado a la población del resto de municipio y de otras comunidades. Un estigma no comprobado es que cualquier nuevo residente de San Marcos es fácilmente identificado y amerita el desprecio público hasta que haga algo digno de su residencia. Familias que no donan una banca al jardín o pintura para la escuela, son hostigadas y molestadas hasta su partida.

La leyenda de aislamiento y autoproclamación se reforzó una noche de diciembre de 1995, cuando una pareja de policías corruptos fue asaltada y linchada en la plaza principal del pueblo. Ni la policía municipal ni la estatal pudo rescatarlos. Los cuerpos fueron recogidos por el Ministerio Público la mañana siguiente. Los bajaron con una escalera del arco de bienvenida al pueblo, donde estaban colgados.

Uno de los talleres más amplios y conocidos del pueblo es el de Lourdes Magaña, quien presume confeccionar vestidos para marcas que se venden en boutiques del suntuoso pabellón Antara, en la Ciudad de México, aunque no recuerda cuáles porque las etiquetas las colocan en otra maquiladora.

El taller de Lourdes da trabajo a una treintena de personas, la mayoría mujeres entre veinte y cuarenta años. El rol de empleo contempla tres turnos. Las máquinas no descansan para completar las tarifas semanales de costura.

Cuando Lourdes nos abrió la puerta del taller su expresión era de conformidad, como si nuestra visita ya fuera esperada o un compromiso cumplido con retraso. A nuestra entrada, las costureras interrumpieron su trabajo por unos minutos, y la admiración de todos era que el taller también podía ganar un poco de silencio.

En medio de la exposición del candidato, Lourdes se perdió un minuto en la oficina central y apareció de nuevo con una carta escrita a mano dirigida al partido. En la despedida, no dudó en entregarla. “Es una lista de cosas que podrían ayudarme para mejorar el taller. Ojalá pudiese cumplirlas antes del 5 de julio para que las muchachas se den cuenta que usted sí es de palabra”, aclaró.

En la carta, entre frases de aliento y compromiso, Lourdes Magaña solicitaba apoyo económico para comprar y colocar losetas nuevas para piso en su taller, así como un anuncio luminoso para la marquesina exterior. Para que nadie perdiera tiempo en detalles, también anexaba copia del presupuesto en materia prima y por instalación. No había destello de improvisación en su petición. La cuota a pagar: 57 mil pesos.

En el remate a la carta se dio espacio para advertir que había entregado misivas similares a los candidatos de otros partidos, “para ver cuál nos cumple primero y entonces saber por quién votar”. Era una estratagema de competencia por el voto de Lourdes, organizada por ella misma.

En la campaña, el procedimiento de atención a gestiones obligaba a ingresar la carta junto con el resto de peticiones y a responder por escrito, aun cuando la osadía y la sinceridad cegada generaban más hilaridad y carcajadas que preocupación por atender la solicitud y ganar votos. El comentario unánime era que ojalá la campaña tuviese al menos ese dinero para pagar la gasolina de todos los días.

Como la carta de Lourdes, en cada caminata de propaganda se recogían decenas de peticiones de ayuda. Algunas humildes y comprensibles, como un costal de cemento para aplanar el piso, una bicicleta para reducir el tiempo de camino a la escuela o una pala nueva para ayudar en el

labrado. Esas tenían prioridad en la agenda y a veces se cumplían. Otras, como los 57 mil pesos en losetas para piso, ocupaban un lugar predilecto en el muro de la indolencia.

En el acumulado de peticiones fuera de los márgenes, también destacaba la solicitud de apoyo para comprar un templete de madera para la exposición de bailes en la comunidad Emiliano Zapata. El costo: 39 mil pesos. El Comisariado Ejidal de San Mateo Chipiltepec entregó una solicitud para la compra de un tractor con aspas: 985 mil pesos. Especificaba que el grupo de ejidatarios entendería si sólo se cooperaba con la mitad. El sacerdote de la improvisada iglesia en la comunidad de Las Brisas pidió 16 cajas de vino para la fiesta conmemorativa de la apertura de la parroquia. ¿Comulgación multitudinaria o garantía de borrachera?

La caja de abuso-del-votante también guarda la petitoria de instalación de una casilla de vigilancia y guardia permanente en la calle Durazos de Granjas Familiares. Y cómo olvidar la exigencia de la comunidad La Cazuela para financiar el tendido de interconexión eléctrica, postes de concreto y cables incluidos, presupuestado en un millón 400 mil pesos.

Cada petición y gestión fue anotada en la memoria de campaña, pero el deseo de la gente era más que una carta amable de seguimiento a la solicitud. Agotados “porque todos prometen y nunca cumplen”, la población acompañaba cada petición con la condición de comenzar a trabajar antes del día de votación “para que la gente vea que usted sí cumple”.

Los compromisos no resueltos han fastidiado a la comunidad. El poder del voto no se ha traducido en bienestar inmediato y palpable. La ilusión social de la transición democrática en México se ha convertido en desconfianza, y la desconfianza comienza a gestar un marco de ingobernabilidad que se traduce en actitudes soberbias y alevosas de la población.

Después de entregar la carta, algunos solicitantes se daban espacio y tiempo para asistir a la casa de campaña para dar seguimiento personal al asunto. Un día, la señora Lourdes Magaña hizo fila en la sala para resolver una duda importante: Cómo se le proporcionaría el recurso de los 57 mil pesos, ¿en cheque o en efectivo? Llevaba consigo un número de cuenta bancario para facilitar la transacción. No había explicación sobre los límites de gasto en campaña que valiera.

Este desplante de hartazgo y soberbia también escapó de su escondite durante el proceso de gestión de préstamos para apoyar proyectos productivos en el municipio. Aprovechando la

apertura de una ventanilla en la Secretaría de la Reforma Agraria, se reunieron los documentos de 50 familias que podrían ser beneficiadas con recursos para la compra de una máquina de coser o de ganado bovino.

José Miguel fue el comisionado para visitar al azar familias con el interés de acceder de manera gratuita al programa social. Dos semanas de peregrinaje y su incredulidad lo hizo desistir: La gente se negaba a acceder a un recurso enteramente gratuito “porque una máquina no me alcanza para nada”, “¿y qué tal si no me dan nada?”, “yo no firmo nada hasta no ver que los borregos están aquí en mi casa”.

Tras una labor de persuasión innecesaria se reunieron los 50 beneficiarios, pero ya se anticipaba otra batalla en el horizonte. Se aprobó el beneficio, se contactaron los proveedores, se cerraron las negociaciones, pero seis familias desistieron de aceptar los borregos porque no tenían manera de trasladarlos a su casa. Dos familias rechazaron las máquinas de coser porque no sabían operar la marca del proveedor.

- Pero puede aceptar la máquina y venderla. Con ese dinero se compra otra.
- No, no quiero nada. ¿Quién me la va a comprar? ¿Usted tiene a quién pueda yo vendérsela?

El diálogo se vuelve vacío cuando uno de los interlocutores representa a la desconfianza y el abuso. En México, el gobierno y los partidos políticos han confeccionado ese vestido a la medida. Contra ello, la gente ha creado un caparazón de agresión, revancha y dependencia que decepciona.

El taller de la señora Lourdes Magaña luce hoy una marquesina luminosa. No me he atrevido a preguntar cuál de sus cartas tuvo respuesta.

Mina de aves

El cerro del Calvario de Tepexpan abona a la impresión de ser un pastel mordido arbitrariamente desde todos sus ángulos y alturas. Desde hace nueve años dejó de ser la sede de la representación católica de la muerte de Cristo en Semana Santa. La explotación minera del

tezontle primero acabó con el camino de la peregrinación; ahora tampoco existe el techo del cerro donde se plantaban las cruces.

La escenificación de la Pasión se mudó a un relieve vecino el año en que René Martínez compró el cerro del Calvario a los ejidatarios. La montaña de piedra roja expulsa centenas de camiones cargados con material que abastece obras de construcción en la metrópoli. Es un negocio de ganancias considerables.

René Martínez es el último cacique de Acolman. Un terrateniente y empresario cuya riqueza acumulada le otorga poderes irrefutables de consejo, designación, ayuda y muerte. Cualquier candidato potencial a ocupar la silla de la Presidencia Municipal busca la venia y bendición del señor Martínez.

Como en toda historia de riqueza, en la de René Martínez existe una versión contagiada de traición y muerte. Tres hermanos obtuvieron créditos bancarios para hacer la compra del cerro. Dos, Joel y Javier, murieron jóvenes y sin síntomas de enfermedad pocos meses después de la adquisición. La leyenda le ha dado nombres a la pócima victimaria: arsénico, ácido, veneno para cucarachas, un ungüento de hierbas...

En el poblado de San Miguel Totolcingo, René Martínez construyó un emporio de materia prima para la construcción y una fama de dominio y poder atribuible a novelas de Martín Luis Guzmán. Todo habitante del pueblo trabaja en una de sus ramas empresariales, como minero, operador de camión, vendedor o como parte de su extendido cuerpo de servicio y seguridad. Un feudo capitalista.

Las calles se pavimentan con el permiso de RM; la apertura de un comercio debe tener la concesión de RM; si el niño se enferma en la noche, podría ayudar el doctor personal de RM; si alguien descalifica la figura de René Martínez, un grupo de golpeadores aplica un castigo a la medida.

Tocando las puertas de Totolcingo, una camioneta negra con rines en cromo se acercó a la brigada de propaganda. Sin descender, dos sujetos transmitieron el recado: "El Señor Martínez espera al candidato y a su comitiva en el rancho La Ventilla para invitarles una cerveza".

La puerta principal del rancho tiene cinco metros de altura y un remate en chapa de oro con las letras RM. Dos hombres, con corte de cabello militar y una ametralladora en mano, abren y cierran el acceso. A la sombra de uno de ellos había un flamenco adulto que recorre el jardín de la casa y que se apareció en la puerta para dar la bienvenida.

Además del ave rosa, deambulaban por el jardín de piedra y pasto una pareja de pavorreales y una familia de kiwis. Dos guacamayos se disputaban los restos de fruta de un árbol de higo. En un costado, en una jaula de tela, inerte, vigilaba nuestro paso un cóndor de los Andes. La única especie en el jardín que no tenía estatus de extinción era el grupo de brigadistas sedientos que esperaba en la antesala la cerveza prometida.

Con el licor de cebada arribó a la estancia un plato de tostadas de pata, otro con tostadas de tinga y una canasta de tacos de cochinita Pibil. Una mujer de aproximadamente 30 años aparecía cada tres minutos para preguntar si algo hacía falta. Alguien sugirió en broma que para apaciguar el calor no haría mal un tequila, y la botella sin descorchar llegó al instante.

La capitán del servicio era una de las hijas de René Martínez, quien se empantanaba en disculpas porque su padre estaba atendiendo un asunto de negocios de último momento. Para entretener la espera, nos explicó que los kiwis fueron el recuerdo de un viaje a Nueva Zelanda, que el cóndor de los Andes come hasta cinco kilos de conejos diarios, que la colección de aves inició con una pareja de loros verdes que permanecen disecados en la sala interior.

Un impulso literario me obligó a preguntar: “¿Qué significa ser la hija del hombre más rico de Acolman?” Su sinceridad era un gesto que no esperábamos: “No es fácil. Los tres maridos que he tenido se han hecho ricos y se largaron. Tengo un signo de pesos en la cara”. En la brigada, más de uno creó su propia confabulación marital.

Después de algunos minutos descifrando las oportunidades y límites de la opulencia, las hélices de un helicóptero interrumpieron la paz de las tostadas y ahuyentaron a la familia de kiwis hacia su madriguera. La nave se elevó en los aires arrojando restos de pasto recién cortado a los vasos de cerveza. La hija de Martínez atendió la llamada de su padre, quien partía de emergencia a la Ciudad de México.

“Dice mi padre que lo disculpen por no haber podido siquiera saludarlos, pero tuvo que salir para atender un asunto”. Y añadió: “Candidato, mi papá le encarga que si gana la elección, no se olvide de la seguridad de los empresarios y de sus familias. Le desea suerte, pero ya sabe que él siempre vota por el PRI”.

La petición tuvo sentido cuando nos explicó que René Martínez paga entre 300 mil y 500 mil pesos al mes a miembros de la llamada Familia para evitar el secuestro de sus hijos. “Por eso mi mamá y mis hermanos menores viven en Estados Unidos, pero los que estamos aquí vivimos amenazados”.

La hipótesis de la anfitriona es que los extorsionadores no son parte de ningún grupo criminal, sino antiguos empleados de RM que han sido despedidos en intentos de robo y que han adoptado la resonancia mediática de La Familia Michoacana.

Ella fue víctima de un secuestro fugaz hace dos años, por el que se cobró un millón de pesos. A uno de sus hermanos lo han intentado plagiar en al menos tres ocasiones. “Nadie sale del rancho si no es en helicóptero o con un equipo de guardaespaldas”, concluyó.

Nosotros, bípedos que nos alimentamos con menos de dos kilos de tostadas y tequila, salimos caminando del rancho en busca de más votos. René Martínez no votaría por el PAN, pero había que desafiar su influencia en más de tres mil conciencias habitantes de Totolcingo.

Clínica para futbolistas

El centro de salud comunitario de San Francisco Zacango ofrece consultas sólo de siete a diez de la mañana. Una enfermera expide 15 fichas en punto de las 6:45 AM para las personas que han estado formadas desde las cinco de la mañana o antes. La atención la brinda un médico en ejercicio de servicio social, quien, ante la falta de medicamentos, remite a la mayoría de los pacientes al hospital general más cercano, en Texcoco o en Ecatepec.

Acolman carece de una unidad hospitalaria o de atención a emergencias. Tiene 78 mil habitantes, pero ninguna administración de gobierno ha gestionado la construcción de un hospital

de zona. Los centros de salud se reinauguran cada tres años cuando arriba una lámpara nueva o se dona una báscula vieja.

En Zacango, sin embargo, la falta de camas hospitalarias lo compensa el número de campos para practicar fútbol: Tres canchas de uso común y una más en construcción. El campo principal tiene un equipo de alumbrado nocturno que se factura en los recibos de toda la comunidad, y cuyo costo asciende, en promedio, a 42 mil pesos mensuales.

Los domingos, desde las 6:30 AM hasta la 1 AM del lunes se practica fútbol en las canchas de Zacango. Suceden tres partidos al mismo tiempo, y uno sigue al otro hasta acabar con la noche. Por esta razón, cuando se desea hacer contacto con los jóvenes, la visita obligada es el domingo.

Una comisión pagada es responsable de teñir de cal las líneas de saque de banda, los límites del portero y el círculo de la media cancha. Otro grupo instala las redes de las porterías y mantiene inflados los balones. Los árbitros se turnan la opción de los partidos y todos tienen tiempo hasta para comer. La logística es envidiable y herencia de años de tradición deportiva.

Desde temprana hora arriban jóvenes y adultos que se enfundan en uniformes que no lo son. Cada personaje en el campo está teñido de un matiz distinto. Los de rojo también son anaranjados, rosas y hasta morados. El uniforme no es confeccionado, es un esfuerzo por llegar al color definido. Las calcetas... algunos juegan sin calcetas. El ritual lo completan la terna de árbitros, un entrenador y la familia que se disputa la sombra de los pocos árboles que rodean el campo.

En el desarrollo del juego hay una intención real de apegarse a las reglas y métodos profesionales. El entrenador dirige instrucciones sobre el 4-4-2 y el cambio, unos minutos después, al 4-4-1 y un "líbero". Le grita a "Poncho" que "provoque el fuera de lugar"; le dice a "El Huaracha" que "no suelte la marca", y mienta la madre del árbitro cuando saca una tarjeta amarilla para "El Oso".

Sin embargo, en la cancha prevalecen el desorden y los conflictos cuando se disputa el balón. El 4-4-2 inicial se transforma en un arremolinamiento de jugadores que van y vienen por el campo soltando patadas, golpes y escupitajos. Pronto se desata una gresca en un extremo por una

patada malintencionada. El campo se llena de observadores, familiares y sombrillas que azotan en la cabeza de quien se cruce. El partido se suspende con un empate famélico y se abre la plaza para el siguiente duelo. Así hasta la madrugada del lunes.

Cuando la contienda concluye, si no hay heridos que procurar, las afueras del campo son el sitio idóneo para una tarde de cervezas y chistes. Los equipos no se retiran hasta el final del último partido. La espera es larga sin la compañía de un garrafón de mezcal o una caja de cervezas que se rellena cinco o seis veces.

Para las cuatro de la tarde, los equipos que jugaron y los que aún lo harán ya tienen a cinco o seis compañeros incapaces de descifrar el número de balones en la cancha. El fútbol se convierte en el pretexto de salud deportiva perfecto para emborracharse los domingos, y para faltar al trabajo el lunes.

La población joven y joven-adulta de Acolman representa el 67% de los habitantes. La mayoría tiene un nivel educativo no mayor a la educación básica, o inició sin culminar los estudios técnicos o de bachillerato, a veces por razones económicas; en ocasiones por desánimo.

Esta población labora de lunes a sábado en empresas y oficinas de la zona metropolitana y en la Ciudad de México. Con este ritmo, los domingos de fútbol se convierten en un desahogo para las presiones financieras y para el hastío laboral. Y con el tiempo, en una tradición que cuenta a varias generaciones.

Por eso, aunque era sincero el deseo de incentivar a los jóvenes a debatir y sumarse al proyecto político en campaña, fue difícil ganar su atención. Cuando el candidato iniciaba la proyección de sus ideas y planes para la juventud, una riña a la mitad del campo interrumpía el prolegómeno. Si el grupo después de combatir retomaba el asiento bajo las ramas de eucalipto, era para colocar un parche en la cabeza de un jugador, para vendar la pierna de otro y para reajustar la formación. El proyecto para la edificación de un hospital de zona caía en oídos sordos.

Los trípticos informativos servían para albergar la ceniza de cigarro o para ayudar a maniobrar la cerveza fría. El planteamiento para construir una universidad pública era ninguneado. A cambio recibíamos peticiones para instalar un corredor de giros negros y cantinas. La única oferta que no detonó risas ni albuces fue la de empastar un campo de fútbol por comunidad.

Los jóvenes de Acolman son un sector de la lista nominal que no participa en las elecciones. No vota, no debate, no opina. Se entrega en tiempo y dedicación al trabajo y a disfrutar los escapes de fin de semana.

Las pocas asociaciones sociales en Acolman que integran a jóvenes tienen un fundamento exclusivamente religioso. Los grupos se reúnen en torno a las iglesias y adoraciones. En estas reuniones abordan temas como la drogadicción y la sexualidad, pero ninguno permite la inserción de asuntos políticos en la mesa. Son políticamente laicos.

Cuando las jornadas de fútbol probaron su ineficacia, entonces la campaña organizó un concierto con grupos de música alternativa, una serie de torneos de basquetbol y espacios de debate cibernético a través de sitios de comunidades. También se abrió una convocatoria para que cualquier persona pudiese enviar su hoja de vida a un correo electrónico con la finalidad de inaugurar un concurso de selección de empleados para el ayuntamiento.

El objetivo de estas estrategias de contacto tenía una intención dual: lograr el voto joven y desencadenar en el mediano plazo el debate público con nuevas ideas y percepciones. Para combatir a las estructuras arraigadas y vetustas, la opción más viable era la de llevar a las urnas a una generación de jóvenes que no refleja destellos de lucha ni de entusiasmo.

La discusión en los espacios de red fructificó en poco tiempo, pero en las filas de votación el día 5 de julio el perfil predominante tenía más de 40 años de edad. Según registros del IEEM, sólo un 12% del sector entre 18 y 35 años emitió sufragio. El resto debió estar en los campos de fútbol de Zacango, donde el 5 de julio se desarrolló una jornada más de la liga, con una convocatoria de 22 equipos y sus familiares. Empero, en la minuciosa logística de los organizadores, no se contempló la posibilidad de abrir un espacio para ir a votar, si a alguien debe atribuirse la culpa.

Llegada la tarde de un domingo, en la sombra de un árbol aledaño a los campos de fútbol, intentaban detener la hemorragia de un jugador que vestía pantaloncillos verdes y playera blanca teñida de carmín. Un golpe con una botella le perforó el cráneo. Utilizaban todos los remedios caseros para detener el brote de sangre, incluyendo la contención con un volante de la campaña del PAN. El jugador se desmayó y fue llevado a bordo de un automóvil al hospital más cercano... un recorrido de al menos 35 minutos.

Morir en campaña

Para recibir a la gente en la recepción por el funeral de la señora Margarita Campos se cerraron las calles principales de las comunidades de Santa Catarina y Tenango, y se colocaron tres lonas para cubrir la plaza aledaña a la casa de velación. La policía municipal instrumentó un operativo especial de tres noches en resguardo de la seguridad de los asistentes.

El féretro fue colocado sobre una tarima de 180 centímetros de altura y más de 8 metros de largo. Coronas de flores adornaban el camino por el cual la gente podía ascender y apreciar el cuerpo sin vida de la señora Margarita, a través de la ventanilla del ataúd.

Una voz aguda daba instrucciones, con un equipo de sonido montado para la ocasión, sobre los accesos y salidas del evento. A la tarima se subía por la parte de atrás y se descendía, después de una vuelta a paso sepulcral, por el frente, como en una ruta de museo.

El audio también servía para orientar a madres e hijos extraviados en la multitud, o para recordar que los servicios de tamales y atole de masa comenzarían a las 8 de la noche y a las 2 de la mañana. El café se servía de manera permanente en el patio central de la casa.

El jardín trasero de la iglesia, que hace colindancia con la casa huésped, fue improvisado como estacionamiento. En un principio fue un gesto de la administración parroquial. Pronto se fijó la tarifa de 5 pesos por derecho de espacio. Policías y especuladores de ocasión se repartieron las ganancias.

La parroquia de Santa Catarina hacía sonar el repique de luto al menos cada tres horas. El sacerdote ofreció siete servicios de misa en conmemoración de la muerte de la señora, el último, al pie del féretro y ante una audiencia de poco más de 3 mil 500 personas.

La noticia del fallecimiento de la madre de Roberto Sánchez, el candidato del PRI, convocó en torno al féretro a una masa de personas sinceras, unas, y partidistas, otras. Sumadas, las ollas con tamales fueron insuficientes, aun cuando se abrió a la medianoche un turno extra de repartición.

En el ambiente debajo de las lonas se mezclaban impresiones sobre la vida de la señora y sobre las posibilidades electorales del hijo. Las líneas entre el luto y la política se entrelazaban y dejaban ver a asistentes más interesados en ser observados por Roberto Sánchez que por hacer fila en la tarima.

A la cita no faltó la *nomenklatura* del municipio: antiguos presidentes municipales, burócratas en función, líderes vecinales, señoras gritonas y hasta el tío de Horacio, Mario González, quien pagó “religiosamente” los 5 pesos por derecho de estacionamiento. Al interior de la casa, el candidato del PRI recibía abrazos de condolencia y también atendía citas de audiencia. En la entrada y salida de personas, los motivos de los visitantes se confundían

Vasos de café en mano, en la conversación de un grupo de políticos aventajados, alguien sugirió la oportunidad de aprovechar la atención y conmoción del luto para proyectar la imagen familiar y de fortaleza del candidato. El grupo no brindó un sí contundente a la idea, aunque tampoco descubrió la amoralidad del hecho.

Como parte de la trama política o no, el féretro de la señora Margarita permaneció expuesto al voyeurismo público dos días más de lo recomendado. El entierro se pospuso en dos ocasiones. En la capilla hecha de lona y tarima de madera, el ataúd recibió más condolencias y flores, hasta que el olor que desprendía fue intolerable. El sepulcro no podía esperar. En el aire se filtró un olor a podredumbre. Con discreción, los asistentes se tapaban la nariz.

La gente, sin embargo, hacia su arribo al festín luctuoso, hubiese o no la posibilidad de subir a la tarima, porque al interior de la casa se dispuso de una operación propagandística del partido: si se participaba de la conglomeración en las calles y en la casa, se recibía a cambio una cubeta roja con el logotipo del PRI. En ella había un paquete de útiles escolares y un juego plástico de cubiertos de cocina.

La fila de entrada y salida se extendía hasta tres cuadras. Familias completas permanecían hasta dos horas bajo el sol para dar las condolencias al candidato y, de manera incidental y desinteresada, recibir un obsequio conmemorativo. Algunos, al menos, procuraban asistir con el compromiso de una flor para el sepulcro; otros se preocupaban más por reservar espacios en la línea a más miembros de la familia o vecinos.

La ceremonia luctuosa adquirió el matiz de un jolgorio de fin de semana en plaza pública. Las sugerencias del viejo político se seguían letra a letra: la muerte de la señora Margarita servía como escaparate para hacer brillar la imagen del candidato del PRI. Cubetas, útiles y cucharas iban acompañadas de una metáfora propia de comedia negra: “El señor Roberto Campos le agradece que haya venido a acompañar a su familia en este momento”.

Durante el entierro, una centena de cohetes vibraron en el cielo apagando los acordes musicales de “Cruz de olvido”. El mariachi hacía su batalla en contra de la pólvora y contra las sirenas de las ambulancias que despachaban a desmayados e insolados. La voz aguda pedía a los curiosos hacer espacio para poder descender el féretro de la tarima, al tiempo que orientaba a la fila de “cubeteros” sobre el nuevo punto de distribución.

Hacia las 10 de la noche del tercer día de luto, seis horas después del entierro, la fila de arribistas a la cita con el regalo aún cubría cien metros fuera de la casa. La bocina dio las últimas noticias: “A todos los asistentes, se les comunica que ya no hay más presentes del señor Roberto Campos, y será hasta el día de mañana cuando puedan ofrecer sus condolencias. Gracias por venir”.

La fila se desintegró. Rostros desanimados caminaron con rumbo incierto. Horas de espera infructuosas. Un niño presume a otro: “A mí sí me tocó regalo”. Una señora se acerca a la voz detrás de la bocina: “¿Mañana van a seguir repartiendo cubetas?”

Al día siguiente, en las calles de Santa Catarina sólo se percibe el movimiento del personal que descuelga las lonas y desarma la tarima. Un camión de basura hace una recolección ardua de vasos de unicel y hojas de maíz. Se cerró el telón de ese espectáculo. Horacio y yo tocamos a la puerta de la casa de Roberto Campos para entregar una carta de condolencias. ¿Les habrá sobrado una cubeta?

Balas de polvo

Cuando se ingresa en la colonia Las Brisas es inevitable que el cuerpo se sumerja en miedo y escalofríos. Incluso en compañía se crea un silencio prudente, como arma de precaución ante la escena de oscuridad y sombras.

Hacia las 8 de la noche, después de culminado el turno vespertino en la secundaria local, se declara en las calles un toque de queda sobre entendido. Las tiendas cierran las puertas. Las casas sellan sus ventanas. El alumbrado público crea diminutos oasis de certidumbre en un desierto de tranquilidad engañosa.

La recomendación de los vecinos de Las Brisas es entrar a la colonia con una camioneta de alto cilindraje para evitar un atascamiento. Éstos ocurren con la misma frecuencia en temporada de lluvia que de estiaje. El suelo es arenoso. Debajo de los pies y llantas hay calles que tienen hasta un metro de tierra suelta.

En verano, el viento sopla entre las casas y levanta torbellinos de arena que, en ocasiones, reducen la visibilidad a diez o doce metros. Niños y ancianos padecen afectaciones serias de conjuntivitis alérgicas y rasgaduras en la cornea. El polvo tiñe de café las hojas de árboles, y crea un espectro de dominio sobre las actividades cotidianas que, en tiempos de definición, habrían motivado el nombre de Dios, o una festividad.

Las Brisas está asentada sobre los límites del antiguo Lago de Texcoco. Hace 20 años, cuando estos terrenos eran huérfanos de invasores, se conocían como El Arenal. Entonces, los ejidatarios ocupaban el espacio para verter desperdicios. Hoy constituye una colonia de 75 manzanas que alberga a la comunidad más grande y creciente de todo el municipio.

El primer asentamiento se constituyó a partir de habitantes de la zona de San Juan Ixhuatepec, en el municipio de Tlalnepantla, luego de las explosiones en 1984 en la planta de almacenaje de PEMEX. Una segunda y extensa parte de la colonia arribó con habitantes de la Ciudad de México que huyeron a las secuelas del terremoto de 1985. La tercera generación ya es originaria de Acolman.

Cada esquina y familia tienen una versión de tragedia y drama sobre su llegada a Las Brisas. Los pobladores se aceptan como habitantes de un campo de refugiados de desastres. Impera la sensación de que su nuevo hogar es uno irremediable y nunca pleno.

En estas 75 cuadras de pobreza e inquietud es donde se concentra la batalla electoral más enérgica y compleja. 45 mil votantes potenciales obligan a descargar ahí la mitad de los recursos

de campaña, y la mitad del esfuerzo humano. Las brigadas de propaganda tenían la encomienda de avanzar a través de calles y callejones de incredulidad y hastío.

Rocío fue una de las principales promotoras del voto del PAN. Vive en Las Brisas y es dueña de una papelería pequeña enclavada en la calle Duraznos. La conocimos en pláticas con la comunidad cristiana de la zona. Tímida pero entusiasta, se acercó al grupo para sumar esfuerzos. Puso a disposición su tiempo y su automóvil.

Rocío ocupaba las tardes para tocar la puerta de vecinos y entregar trípticos. De la mano de otros promotores, como Felipe y Enrique, con el tiempo generaron en la comunidad la sensación de que el partido estaba arrebatando espacios. Con su ayuda, se organizaron en Las Brisas torneos deportivos, jornadas de limpieza y eventos de interacción con la comunidad.

La población de Las Brisas tiene la peculiaridad de votar de manera caprichosa. La ausencia de raíces en el municipio la hace ajena y distante respecto del historial político de Acolman. A veces coquetean con el PRD, le dieron su preferencia a Vicente Fox y castigaron sin piedad al presidente Felipe Calderón.

Su mayor interés como comunidad radica en la posibilidad de que algún día puedan ser dueños legales del terreno que habitan. A la fecha, se mantiene vigente una disputa en juzgados sobre el dominio de la tierra. Los ejidatarios han procurado mantener su interés sobre los terrenos, por lo cual las autoridades agrarias no han podido concretar la tenencia.

Durante años, este conflicto ha derivado en pleitos eventuales donde hacen su aparición pistolas de alto calibre, machetes y amenazas. Dos líderes de la colonia actualmente disfrutaban de libertad condicional; uno más enfrenta cargos criminales en prisión por la muerte “alevosa” de un feto cuando la madre recibió golpes de palos en la cabeza y en el vientre.

La policía nunca ha intervenido para dirimir las batallas en la calle; de hecho, en Las Brisas no hay vigilancia policiaca a ninguna hora. Sin figuras que impongan ley, la justicia es un término relativo cuya concesión la ha asumido la población.

A la lista de necesidades en Las Brisas se debe sumar la construcción de la red de drenaje, la pavimentación de todas las calles, el alumbrado público de casi un 40 por ciento de la zona y la

implementación de un programa de actividades productivas que ayude a aliviar la pobreza. El presupuesto de tres años para todo el municipio no cubre la necesidad de servicios de esta colonia.

Debido a esta situación de marginación es que el voto de Las Brisas es tan impalpable e incierto. Razón por la cual el PAN tuvo una penetración inmediata y resonante. Motivo que explica el que la noche del 15 de junio Rocío y un acompañante fueron víctimas de un atentado con arma de fuego.

Al entregar el último tríptico informativo en una casa de la calle Manzano, Rocío subió a su automóvil y dio vuelta a la derecha sobre la avenida Madero. Una camioneta con placas del Distrito Federal se alineó tras de ella para quedar a escasos ocho o diez metros. De manera instintiva, ella aceleró; la camioneta hizo igual.

En la persecución, Rocío pasó de largo la vuelta para llegar a su casa y continuó hasta incorporarse a la carretera federal Texcoco-Lechería. Tomó rumbo hacia Ecatepec. La camioneta le dio alcance en un semáforo a la altura de la Central de Abastos de Venta de Carpio. Ahí, un sujeto descendió y empuñó el arma hacia la ventanilla de Rocío. Su memoria le dice que el hombre, vestimenta y pasamontañas negros, le lanzó una advertencia sobre su trabajo en Las Brisas: "O le paras, o vas a valer madre".

Con un disparo el hombre estropeó la llanta delantera del automóvil de Rocío; con otro, perforó la carrocería. Antes de huir, incrustó uno más en el parabrisas trasero. No quería matarlos, pero hizo lo suficiente para que Rocío declinara seguir trabajando en la campaña. La camioneta brincó el camellón de la carretera de manera abrupta y se perdió en el tráfico de la noche. Rocío reconoció la voz detrás del pasamontañas: Eduardo, un hijo de Lucía, la líder priísta de Las Brisas.

Rocío nos llamó desde un teléfono público a las afueras de la Central de Abastos. Sollozaba maldiciones y descripciones ininteligibles. Las últimas semanas de campaña las vivió en la ciudad de Querétaro, con la familia de su esposo. Ni siquiera estuvo en Acolman para votar.

Con el tiempo, el equipo del partido se acostumbró a la presencia intermitente de automóviles y motocicletas que velaban la casa de campaña y las giras por el municipio. A veces, el velador de

nuestros movimientos permanecía en espera tanto tiempo que caía dormido a la sombra de un árbol. La memoria de campaña conserva una colección fotográfica de rostros babeando y roncando en su asignación de espionaje.

Vigilantes seguían a distancia cada comisión y cada viaje, incluso el de regreso a casa a las 3 de la mañana. Se desvelaban con el equipo. Un conteo a boca de recordatorio dio 13 automóviles distintos asignados exclusivamente a la persecución de las actividades del PAN.

El MP tomó nota disciplinada de la denuncia por intento de homicidio en contra de Rocío. Al cabo de tres días sin presentación del sospechoso, la campaña decidió enviar una respuesta a la provocación directamente a la puerta de Eduardo y Lucía. Sin armas ni intención de herir, “una marcha de colonos insatisfechos” arribó a la casa de Lucía, derribó la puerta y saqueo todos los bultos de cemento y despensas que ahí se albergaban. A alguien se le ocurrió que sería buena idea también utilizar su sala como mingitorio.

Al salir de Las Brisas regresa el placer de la tranquilidad a la cabeza y a la sangre, y es inevitable la sensación de estimar la vida un poco más. Para celebrar, se desearía tomar un buen vino y tener la seguridad de no regresar nunca, pero el destino inevitable es una tina para recibir un baño que sacuda el polvo... sólo si antes se logra sacar la camioneta de la trampa de arena donde cayó.

La Estructura

Para Martha Liébano la política es una puesta en escena graciosa e intrigante. Cada tres años adopta y se sumerge en un personaje paranoico y murmurante que inventa conspiraciones y rumores planeados desde todas las esferas políticas en contra de ella y de su familia. Por eso, para confundir a los espías, cambia de ropa tres veces al día y tiene una línea telefónica privada, “que sólo uso para hablar con el gobernador Peña Nieto”.

Martha Liébano es una figura robusta y de tez blanca, madre de tres hijos y originaria del puerto de Acapulco, Guerrero. Arribó a la comunidad de San Francisco Zacango en años de la infancia cuando el segundo esposo de su madre se mudó con toda la familia en una aventura comercial. El padrastro vendía zapatos al menudeo.

Martha estudió y se desempeñó durante casi 20 años como secretaria ejecutiva. Su traslado matutino al trabajo era conocido porque llegaba a la parada del autobús un olor profundo y resistente de perfume. “Martha hoy sí fue a trabajar”, se decía con burla entre los vecinos que arribaban minutos después a la parada.

Su incorporación en la política local fue un intento por resolver presiones financieras en la familia. Su esposo es conductor de un taxi. El salario como secretaria era insuficiente. Su futuro como líder vecinal era prometedor y natural: domina los debates a gritos, se adjudica comisiones de gestión y recolección, y posee esa mirada enfurecida que sustituye por miedo cualquier gesto de carisma.

El PRI la recibió en sus filas en el proceso de reconstrucción que siguió a la derrota electoral del año 2000. Entonces se edificaba desde la nada un nuevo grupo de liderazgos con miras a recuperar el gobierno: la Estructura, 22 señoras con iniciativa innata, y adiestradas en el campo de la promesa y el condicionamiento para crear bandos de voto duro por todo el municipio.

Martha Liébanos las llama “Las Viejas”. Con “las viejas de su lado, cualquier candidato gana la elección; “si las viejas reunimos a la gente, te juntamos los votos que necesitas; “las viejas podrán tener diferencias pero a la hora de votar nos alineamos con el proyecto”.

El perfil de quienes integran la Estructura no es general pero sí predominante: madres de familia, más de 40 años, carácter fuerte y decidido, presidentas de comisiones escolares, amplio vocabulario de altisonancias y un feminismo exasperante revelado en la sumisión de sus esposos o amantes.

Durante la campaña se les observa agitadas y ansiosas, subiendo y bajando personas de autobuses, repartiendo refrescos y bocadillos, vitoreando al candidato y animando a la porra. Se despiden de la casa de campaña en horas de la madrugada, después de preparar tortas y embolsar naranjas.

Toman del brazo al candidato y tocan la puerta de los vecinos. Lo presentan, lo presumen y entregan papelería informativa. Arrebatan espacios en las rejas y ventanas para colocar

calcomanías alusivas. Organizan rifas cuyo premio es la cortesía de un baile con el candidato en el mitin de ocasión.

La Estructura es una pirámide de intereses creados que camina uniforme y disciplinada rumbo al día de la elección. Es un ejército de voluntades inalterables que apuesta a unas noches de desvelo por un trienio envuelto por las caricias del poder.

Para ganar una elección en Acolman hay que fracturar a la Estructura. Ningún mensaje cargado de creatividad e ingenio supera su capacidad para generar temores y fobias; ningún mecanismo tecnológicamente innovador puede vencer sus alcances para propagar un rumor.

Una noche de sábado, Martha Liébano nos recibió en su casa. Tenía boronas de bolillo atoradas en el cabello y desprendía un olor profundo a embutidos. Estaba cerrando los preparativos para la gira dominical del candidato del PRI. Al pie de la puerta, su hijo mayor agrupaba bolsas y cajas con tortas, fruta y bebidas.

Nos narró su historia de incorporación y trabajo en la política de Acolman. Con el paso de los minutos, la imagen en mente de una Estructura priísta omnipresente y ventajosa se fue modificando. Martha me creó la impresión de que estas mujeres hacen demasiado por un grupo político que resuelve el pago a su esfuerzo con salarios nimios e ilusiones de poder.

- ¿Qué te prometieron como compensación a tu trabajo en la campaña?
- Seguramente esta próxima administración me van a mantener trabajando en la cocina de la estadía de niños del Palacio Municipal.
- ¿Cuánto te pagan ahí?
- Gano 4 mil 500 pesos al mes. [...] Yo manejo entre 120 y 130 familias. Todos los domingos les lleno hasta cinco autobuses.
- ¿Todo este trabajo vale el salario que te dan?
- No estoy contenta donde estoy, pero Roberto ya me prometió que mi hijo va a ser candidato a regidor dentro de tres años.

Su hijo hace su parte del plan agolpando bolsas con tortas en la puerta. Su nombre es Juan Carlos y tiene 21 años. Abandonó sus estudios de preparatoria y ahora apuesta al proyecto político de su madre. Un futuro regidor en sus inicios, en sus prácticas elementales.

En un rincón de la sala, Martha tenía agrupados hasta treinta bultos de cemento. En una habitación vecina se esparcían una centena de bolsas de asa y una fila de cubetas. Sus herramientas de persuasión eran reabastecidas semana a semana. “Las cubetas son para los que ya están convencidos; los bultos son para convencer”, explicó. La fórmula es sencilla.

A veces se descargaba en el jardín de su casa un trailer con láminas de asbesto. Los días lunes desembarcaba una dotación de despensas. La repartición era controlada por ella persona a persona. Las láminas son para quienes asisten a los mítines del candidato; las despensas corresponden a quienes son parte de una reunión vecinal.

En busca del apoyo de Martha Liébano, Horacio negoció con la carta de un mejor salario y de mayores responsabilidades en la administración. Su esposo también tendría oportunidad de contender por una posición en el organigrama.

Martha se mostró conforme e ilusionada. Detuvo su labor de preparación de tortas y por primera vez en la noche mostró interés en la conversación. Se sentó en la sala para abordar detalles y obtuvimos su plena disposición para apoyar y respaldar la candidatura del PAN. Pensaba en la Dirección de Transporte como mérito suficiente para su esposo.

Prometió que ese domingo sería el último en el que participaría de las convocatorias del PRI. Repartiría los bultos de cemento o los conservaría. Saldría a caminar con Horacio para conocer a los vecinos y marcar la nueva directriz del voto. La Estructura era endeble y se dejaba seducir por los ánimos del dinero y del poder.

El PRI le había dado la oportunidad de trabajar pero un lugar en la cocina, ahora lo pensaba así, no era agradecimiento suficiente para sus jornadas de trabajo en campaña; el PRI era el único partido que conocía y era el momento de darle oportunidad a una nueva generación de políticos; el PRI le proporcionaba bultos de cemento y láminas, ¿qué iba a darle al PAN para salir a la calle?

Como Martha Liébano, en la comunidad de Real del Valle los partidos se disputan los servicios y la lealtad de la señora Josefina Beltrán. Divorciada y sin hijos, es la única en el esquema de la

Estructura que rompe con el arquetipo de madre y esposa apabullante. Tiene 40 años de edad y una fama autoproclamada de seductora de hombres menores de edad.

Josefina no puede pronunciar una frase completa si no es adornada por alusiones a la sexualidad dudosa de las personas o a la madre de otras tantas. Las groserías le fluyen con folclor y ligereza. Tiene una mirada agresiva y desafiante que le ha adjudicado el mote de “La Mala”.

Habita una casa pequeña cubierta con láminas sobrepuestas, aunque en la sala-comedor, en lugar de sillones y mesa, aloja un abasto de cemento y cal suficiente para construirse otra casa o para al menos ponerle techo a la que tiene. Su hogar expide un sugerente aroma a camión de volteo.

Josefina también participa del trabajo diario de convencimiento y compra de votos, pero la experiencia le ha probado que las dádivas de cemento deben repartirse hasta la noche antes de la jornada electoral, “para que ya no haiga chance de que otros candidatos se arrimen”.

Un grupo de muchachos la auxilian en la repartición nocturna auxiliados por carretillas y camionetas. Los vecinos, sabedores de la tradición, esperan en vela el arribo de la entrega: de dos a tres bultos de cemento, y uno de cal. Es una práctica ilegal auspiciada por el consentimiento de todos.

En días de la campaña, Josefina se distanció de la Estructura. Estaba molesta y desconcertada con la decisión del PRI de otorgarle la candidatura como suplente de regidor a su hermana, Lorena Beltrán. Josefina asegura que tenía la promesa del partido de que ella subiría a la planilla, proyecto por el que trabajó con persistencia durante tres años.

Con Lorena Beltrán en el barco, no sólo se desconoció la labor de Josefina, sino que se escarbó en la herida familiar que mantiene separadas a las hermanas desde hace más de 25 años: la disputa por un noviazgo de adolescencia. Josefina odia a Lorena. Lorena odia a Josefina. La intriga fraternal ha escalado a la esfera política, y ha tenido capítulos cercanos a la muerte.

El rumor no confirmado es que Lorena ha ordenado golpear a Josefina en dos ocasiones. Y las venganzas o iniciativas de Josefina han llevado a Lorena al hospital un par de ocasiones. Ambas han pasado tiempo en prisión.

Pero el traspíe político no impide ni limita a Josefina en su trabajo diario. El timbre de su casa interrumpe con frecuencia mientras conversamos con ella sentados sobre costales de cemento. Vecina tras vecina solicitan estar en la "lista" que Josefina conserva escondida debajo de un talud de revistas antiguas.

La Lista es una hoja en blanco, sin membretes ni registro, que llena sus espacios con los nombres de mujeres y hombres que tienen la ilusión de ser beneficiarios de algún programa social que otorga el ayuntamiento o el gobierno federal. Anotan su nombre, su domicilio y un número telefónico de contacto.

Josefina advierte a cualquier nuevo candidato en la Lista que las posibilidades de recibir el beneficio aumentan si le entregan una copia de su credencial de elector. Todo aquel que se anota concede ciegamente en la capacidad y liderazgo de su vecina, y entrega sin objetar la copia requerida. Los requisitos para recibir el apoyo no se encuentran en un tríptico informativo, sino en las razones que expone la líder:

- Ya saben que para salir sorteados, yo en unos días les digo cómo va a estar la cosa. Donde les diga qué hay que marcar, por ahí nos vamos.
- Jose, ¿a poco no vamos a echarle otra vez por el PRI?
- ¡Nada, qué! Esos cabrones ya me perdieron. Yo luego les digo cómo anda la jugada.

Josefina administra tres listas a escoger. En una lleva registro de las madres de familia que desean el beneficio del programa Oportunidades. Una más tiene los datos del madres solteras que reúnen los requisitos para el programa estatal Mujeres Trabajadoras. La última es una relación de hombres candidatos a obtener recursos para proyectos productivos otorgados por las Secretarías de Agricultura y de la Reforma Agraria. Debajo de cada lista acumula las copias de credenciales para votar de al menos mil 500 personas.

Las listas no poseen validez oficial alguna. Ni siquiera son referentes a considerar en el censo de ubicación que anualmente realizan representantes de los programas sociales. En la ignorancia, la gente deposita confianza y fe en una hoja en blanco que se guarda en el ostracismo de un bulto de revistas, a cambio de un voto condicionado y ofrecido al mejor postor. Democracia de despensas y ceguera.

Este es el recurso que mujeres de la Estructura han diseñado para generar una gota de esperanza en la población marginada. Es su mecanismo de negociación, a disposición de candidatos, ante la vicisitud de una elección.

Habiendo visitado las casas de las 22 mujeres que conforman la Estructura, fue posible apreciar que éstas se mantienen en pie a partir de un acuerdo endeble de intereses inmediatos. No hay convicción de partido en sus acciones ni en su desempeño. Sus logros están a la venta. La Estructura se venía abajo.

Dos semanas antes del 5 de julio, ya habíamos penetrado y fracturado cimientos importantes de la Estructura. Mujeres molestas como Josefina, o ilusionadas como Martha, se unieron al proyecto del PAN quizá en un fortuito arranque de dignidad... dignidad socavada y olvidada pronto, cuando a cada una les fue otorgada, días antes de la elección, un dividendo monetario de 15 mil pesos “como recompensa a su esfuerzo en campaña por el PRI”. El mejor postor.

Mientras se escribe esta crónica, Martha dedica su tiempo a lavar la losa en la cocina de la guardería municipal; su hijo espera turno como candidato a regidor como conductor de un taxi. En Real del Valle, Josefina cumple un arraigo domiciliario por el delito de intento de homicidio contra un representante del programa Oportunidades, quien no aceptó recibir la Listas como guía para realizar un censo.

Bolas de fuego

La ex hacienda de San Antonio abre sus puertas después de las 8 de la noche. Grupos de jóvenes arriban para acampar en los jardines o en alguno de los edificios lúgubres y gélidos del complejo. Los días sábado asiste al lugar un turismo adolescente con ánimos de desafiar el umbral del miedo en un espacio que ha ganado popularidad debido a supuestas apariciones y fantasmas.

La hacienda ha sobrevivido la rapiña del comisariato de custodia, dos incendios y la liga filial de un club de fútbol. Mantiene en pie la barda perimetral, una iglesia, dos alhóndigas y un complejo de habitaciones. También es un centro deportivo con canchas de tenis, alberca, bardas para frontón y un jaripeo, pero la meca de las ganancias la otorgan los visitantes nocturnos.

Los creyentes narran haber observado bolas de fuego que se desprenden de la cúpula de la Iglesia, las cuales cumplen dos círculos en torno a la hacienda y desaparecen en el horizonte rumbo al antiguo convento de Acolman. El espectáculo es efímero y aleatorio, y no siempre tiene lugar la noche del sábado, pero el contexto se vuelve ideal para una bohemia de alcohol e historias de terror.

Los habitantes pesimistas de San Pedro Tepetitlán, comunidad que alberga a la hacienda, aseguran que las bolas de fuego son brujas de magia negra que se reúnen todas las noches en la hacienda, y que en ocasiones danzan en los aires y entre los árboles para celebrar un cometido, como el encargo de una muerte o la enfermedad crónica de una persona.

Los vecinos optimistas le otorgan el fenómeno la cualidad de un buen augurio para el pueblo o para una familia. Campesinos de la zona refieren que la aparición de las bolas de fuego coincide con tiempos de buena cosecha y venta.

La religión aprovecha la ocasión para brindar moralejas sobre el poder del mal que “baila por las noches” y que es un recordatorio de que el Infierno está más cerca de lo que se piensa. La oposición dice que lo único a recordar es el innumerable grupo de mujeres obligadas a abortar entre las paredes del antiguo convento de Acolman, cuyos fetos eran enterrados en las colindancias de la hacienda. En esta hipótesis, las bolas de fuego son embriones acusativos.

Creecer al pie de la antigua hacienda le ha otorgado a San Pedro Tepetitlán el carácter de un pueblo donde se viven y se inventan historias insólitas, como la existencia de una formación rocosa que figura la “silla donde se sienta el Diablo”, o el cerro de la cruz encantada, la cual “te deja viendo color verde” si se le contempla por mucho tiempo, o los árboles de eucalipto de sombra perenne que rodean el casco de la hacienda, y que despiertan a la medianoche para ahorcar a visitantes furtivos.

Cerca del ocaso, al pie de la fila de eucaliptos, intentábamos conciliar la ira y los gritos de Guillermina Galindo, pero era imposible contener los improperios y maldiciones que lanzaba en contra de la policía y de algunos simpatizantes del PRD. Exigía la presencia de todas las autoridades en materia de derechos humanos, y pronto logró movilizar en su defensa al aparato jurídico del partido.

Mientras discutía, golpeaba con fuerza el toldo de una patrulla, se quitaba o colocaba unos lentes oscuros o hacía añicos a golpes las ramas de un eucalipto vecino. Tomaba un poco de aire y regresaba a los ataques. Las ostentaciones llegaron a un grado de risa y preocupación cuando Guillermina intentó arrebatar la metralleta de las manos de un policía.

Un comando de tres patrullas de nivel estatal había intentando detenerla a partir de una acusación infundada por regalar despensas en tiempos fuera de campaña. La persecución en automóvil llegó a los márgenes de la ex hacienda, dos kilómetros después, cuando, aseguró Guillermina, se dio cuenta que era ella el motivo de las sirenas.

Al detener la marcha, una decena de policías rodearon el automóvil y apuntaron los rifles hacia Guillermina. Asustada, permaneció hermética y aferrada al volante. Un policía forzó la apertura de la puerta trasera de la camioneta esperando descubrir un botín de despensas y regalos. Cuando detrás de los policías Guillermina observó a miembros activos del PRD, entonces comprendió que se trataba de una “botanera”. Las reclamaciones iniciaron para no parar.

Guillermina es un espécimen político en extinción: una defensora a ultranza de los derechos jurídicos y humanos que desconoce el alcance de la ley, pero que confía en que existen organizaciones defensoras de todo y para todo. En su boca se vuelve trivialidad la palabra Justicia.

Madre de dos hijos, divorciada, miembro de la planilla del PAN, le aportaba a la campaña una dosis de ética que incomodaba a los pragmáticos y a los negociadores. No se permitía a sí misma dirigirle la palabra a un contrincante de partido; defendía sus proyectos citando a la letra postulados y principios del PAN; y siempre estaba en discordia con la sociedad por asuntos como un auto mal estacionado o un perro defecando en la banqueta.

Por eso la policía estatal insistía en disculparse y en su arrepentimiento cuando osó detener a Guillermina, sobre todo cuando la discusión vio llegar la noche con la misma efervescencia y el mismo grado de enojo de la luchadora social sempiterna. Todos, menos Guillermina, nunca ella, podrían ser objeto de una “botaneada”.

El término “botaneada” tiene un origen sin autor y se utiliza para adornar y definir la práctica de perseguir y frustrar intentos de repartición de despensas u otras dádivas a cambio de votos. Comandos de partidistas atienden rumores o sospechas de que alguien ha organizado la repartición de regalos y descargan sobre la ubicación una parafernalia policiaca y mediática para frustrar el cohecho. La alusión a la “botana” debe ser un comparativo sonoro con el espectáculo social que se desencadena.

La policía arriba al sitio acompañada de los denunciantes y otros interesados. Las puertas se abren a golpes y se ingresa al domicilio en medio de gritos, altisonancias y patadas. Se descubre el tesoro político y la muchedumbre saquea arbitrariamente las despensas, las láminas o los bultos de cemento, hasta no dejar rastro.

Al terminar el operativo, no hay detenidos. Quizá sólo algunos heridos por la trifulca, un zaguán roto, costales de cemento que se desvalijaron en el camino, una líder frustrada y cajas con despensa a bordo de las patrullas, con destino incierto. La policía se encuentra a disposición para estos actos, pues sólo el honesto no obtiene ganancias.

Hacia el final de la campaña, las “botaneadas” eran más frecuentes y complejas. Las casas abrían sus puertas para la entrega en horas de la madrugada. Las despensas salían de las ubicaciones con el camuflaje de una bolsa negra. En dos ocasiones, el PRI fue atrapado en flagrancia repartiendo despensas entre los magueyes de un campo agrícola.

La disputa entre repartidores y alborotadores convoca a grupos de choque conformados principalmente por adultos jóvenes con habilidad para saltar bardas y cargar cajas con maestría. El éxito de la “botaneada” radica en la capacidad de sorprender, en la velocidad para detectar el botín y en la posibilidad de repeler agresiones y las porfías de un perro.

Día y noche, automóviles y patrullas deambulan por el municipio a la espera de una delación. El ruido de las sirenas altera la tranquilidad de las comunidades y genera expectación entre los vecinos. Si la “botaneada” está cerca, habrá oportunidad de colaborar con el saqueo de la bodega.

En torno a Guillermina se acomodaron quince autos con las cajuelas listas. Sin hallazgo, se desvaneció el ánimo de rapiña y todos partieron, excepto la policía estatal, que no lograba contener la furia de la candidata.

Hacia las once de la noche, después de una ronda amplia de disculpas y la promesa de la policía de tener mayores cuidados, Guillermina dio señales de poder ceder en la denuncia ante la oficina de derechos humanos, pero insistía en adoctrinar a los policías en la teoría de mejores prácticas y en las garantías individuales. La peroración concluyó intempestivamente cuando alguien sugirió que en cualquier momento podrían aparecer las bolas de fuego y podrían despertar los árboles de eucalipto. Abandonamos sin más aspavientos el camino de la ex hacienda.

Propaganda de noche

20 mil trípticos. 5 mil volantes. 250 lonas. 68 bardas. Seis eventos con payasos. Tres jornadas de medicina integral. Una caravana. Un concierto. Dos jornadas de limpieza. 85 reuniones domiciliarias. Dos convocatorias masivas. 150 gorras. 800 bolígrafos. 500 cubetas. 250 envases para tortilla. 3 mil 500 pulseras. Cuatro brigadas permanentes de apoyo al abasto. 3 camionetas de audio. 190 pendones. Una conferencia de prensa. Un servicio de abastecimiento de agua...

La campaña culminó el miércoles 1º de julio de 2009, con un legado de números a distancia de marcar un precedente en la historia electoral del PAN en Acolman, pero motivada por un ambiente alentador y favorable en las calles y en la casa de campaña. Las posibilidades de triunfo eran tangibles en tanto el curso de la jornada electoral se ajustara a las reglas elementales del juego.

Para el PRI esas normas contienen una interpretación polisémica y maquiavélica. En algún lugar de los estatutos del partido, voto adquiere la definición de pagar al elector de 500 a mil pesos; liderazgo se interpreta como un fajo de 15 mil pesos para comprar listas y voluntades; democracia es una pantomima civil, un mar de corruptelas y sobornos que permite acceder al poder.

En el diccionario del PRI, movilizador es un ciudadano que puede ser amedrentado y amenazado para evitar que promueva el voto de la oposición; un funcionario de casilla es un sujeto que

recibe botellas de alcohol y salmón enlatado a cambio de su complicidad; un representante de partido es un personaje que puede ser golpeado y asaltado con la intención de frustrar su participación el día de la elección. En el México que se resiste a reorientar su orden social, el asalto a la democracia es un hábito sin remedio, un vicio crónico, un mal comprendido.

Ante la oleada de billetes provenientes del PRI en su esfera estatal, nuestro remedio emergente fue operar la práctica de la contra-propaganda o propaganda negra, cuya ventaja es que envía un mensaje anónimo, desinteresado e intrigante a una población gozosa de los ejercicios de la conspiración y las conjeturas.

La contra-propaganda está prohibida por la última reforma aplicada a la Ley Electoral, resultado de una desavenencia por su práctica durante el proceso electoral del año 2006. Sin embargo, es, otra vez, una ilegalidad tolerada y una operación que en Acolman da empleo temporal a una centena de entusiastas noctámbulos.

El medio natural de la propaganda negra es un volante o pasquín que enfatiza una acusación o los defectos del candidato de oposición, o una verdad hiperbolizada que lastima la fama del mismo. Su principal objetivo es crear un sentimiento de repulsión o miedo contra el personaje y/o contra su proyecto de gobierno.

Como ningún candidato está a salvo de las críticas, la prudencia obliga a contratar y designar a brigadas de personas adiestradas en la repartición de la propaganda y, en su caso, en la recolección rápida y discreta de aquella en contra. Ejércitos de volanteros diestros y pepenadores sutiles entablan una batalla nocturna en pro y en contra de la fama de sus candidatos.

Uno o varios automóviles se esconden en las sombras de la noche arrojando volantes al pie de puertas, escuelas, lecherías, comercios y plazas públicas, mientras grupos de hombres, mujeres y niños esperan en vela el llamado de advertencia para seguir el rastro de papel y recoger cada perjurio.

Durante la campaña no se registró ningún acto de contra-propaganda hacia el candidato del PAN, no obstante la amplia oportunidad de hacerlo. El grupo, en contraste, decidió atacar las prácticas de compra de voto lanzando cinco mil volantes en puntos estratégicos. Sin firma, la invitación decía lo siguiente:

ESTIMADO VECINO DE ACOLMAN: SE LIBRE

En campaña política, algunos partidos políticos **MIENTEN y ATEMORIZAN** a la población para obtener tu voto. Dicen que si no votas por ellos te quitarán la despensa; que si no los eliges, tus hijos perderán las becas escolares. Seguramente algún vecino(a) tuyo(a) ya no recibe la canasta de productos porque no asiste a los mítines políticos que se les exige.

Querido acolmense, la despensa, las becas escolares y otros apoyos que contempla el presupuesto nacional son **UN DERECHO** de todos los mexicanos que **NO PUEDE SER CONDICIONADO**. Ningún partido ni gobierno, como lo establece la Ley, puede prohibir la distribución correcta y justa de estos apoyos; tampoco puede darle un uso político a la necesidad y dignidad de las personas.

NO TENGAS MIEDO. En las próximas elecciones, sal a votar por la opción que tú prefieras, sin condiciones ni presiones. Las despensas **NO** pueden ser negadas.

Con tu voto, libre y secreto, dale fin a estas prácticas abusivas e indignas.

¡El voto NO se compra! ¡El voto NO se condiciona! ¡Se libre!

Preparamos para la juerga un automóvil ajeno a las operaciones normales de campaña y contratamos, a cambio de la invitación de unos tacos, a un chofer experto en atajos, calles y velocidad en caso de una persecución imprevista. Una botella de vodka acompañó la encrucijada. El valor para romper la ley y para huir de los perros no es algo que se compra por docena.

Hacia las 2 de la mañana, en el poblado de Tenango, cerca de la casa de Roberto Sánchez, el candidato del PRI, una pareja de veladores en bicicleta nos dio alcance en la plaza central e hicieron sonar sus silbatos en advertencia a nuestra presencia. No tenían facultades para detenernos, pero comprendimos que el llamado de atención se extendería rápido.

Las brigadas de recolección de papeles salieron de la madriguera en cuestión de minutos. En algunos poblados, sentados al paso de la carretera o en la puerta de lecherías y escuelas, ya nos esperaban para ahuyentar nuestra intención o para detenernos a golpes. En muchos sitios, desistimos para evitar confrontaciones. En otros, nos ahorrábamos el papel declamando el mensaje desde la protección de un automóvil en marcha.

En ocasiones, en la carretera se alineaban detrás automóviles que seguían nuestro camino. Desaparecían y aparecían con frecuencia. Nos complicaban la posibilidad de tirar hojas en espacios clave. El amanecer nos alcanzó en la comunidad de Cuanalán, donde detuvimos la

marcha para pagar los servicios del chofer y para eliminar todo rastro de volantes en el automóvil.

Una hora después de la jornada, recibí una llamada esperada: la representante regional del gobierno del Estado de México, quien ya tenía en sus manos copia de nuestra propaganda negra, deseaba saber si el PAN tenía conocimiento de la autoría del mensaje. Le juré que en ese momento me estaba despertando después de una larga noche de sueño.

Incluso así, el llamado de dignidad y respeto a las posibilidades del voto sirvió de poco.

CAPÍTULO 4: SIN DINERO, SE PIERDE

El hambre

Estacionó su automóvil debajo de un árbol de pirul, en una esquina cercana a las oficinas de la autoridad electoral. Descendió y lanzó a su alrededor una mirada de sospecha. Al observar que una multitud esperaba el arribo del candidato del PRI, comprobó que estaba en el lugar correcto. Entonces tuvo confianza para desprenderse del suéter café de botones y mostrar su nueva adquisición: una camisa roja para la ocasión.

Activó la alama de su automóvil Chrysler 1992 y caminó para mezclarse con la gente que formaba un nudo frente a la puerta de la Junta Electoral de Acolman. Saludó con un gesto de afinidad a las personas. No conocía a nadie, pero la complicidad del triunfo creaba amistades espontáneas.

Empujándose entre la gente, intentó aproximarse hasta donde fue posible al acceso principal de la Junta. Tropezó con una señora y casi derriba a una niña, pero era importante estar cerca de la puerta para ser visto por el Presidente Municipal electo, y quizá hasta saludarlo.

La masa pronto saturó el callejón de acceso y se balanceaba de derecha a izquierda como en un baile a ritmo de vals. Los infantes, asustados por el calor y pisoteados por la marea, sollozaban y gritaban auxilio. Un policía a cargo de la puerta en la Junta advirtió que aún faltaban tres horas para la entrega de la constancia de mayoría, por lo que todos podrían dispersarse y regresar después. Nadie se movió.

Don Ignacio, el personaje de camisa roja de estreno, se aferró a la manija de la puerta y desde ahí soportó los embates de la multitud. Para felicitar al candidato, podría esperar esas tres horas. Hasta se dio tiempo de ayudar a una madre colocándose sobre los hombros a un niño a punto de asfixia.

La sirena de una ambulancia se apagó a unos metros de la conglomeración. La atención era para una señora víctima de inanición. También para una rodilla lastimada y para un ataque de ansiedad. Pero la espera comenzaba a tener sentido, pues el candidato ya se aproximaba caminando a la Junta rodeado por una mancha roja de personas y el compás de una banda que insistía en la melodía de "El Rey".

La policía municipal abrió a empellones un espacio de acceso para el candidato electo y su planilla. La gente disputaba con la macana la posibilidad de estrechar la mano de Roberto Sánchez Campos. Don Ignacio se plantó junto a la puerta y gritó un estamos-con-usted que se ahogó entre gritos y estallidos de cohetes. No pudo entregar su mano al candidato pero estaba seguro de su acierto vistiendo la camisa roja.

En la refriega inicial resultaron heridas ocho mujeres, un adulto mayor y tres niños, uno de ellos con una sangrante cortada en el cráneo provocada por un macanazo perdido. Un policía fue atendido por la fractura de un dedo, y aún faltaba la confrontación a la salida del candidato.

Don Ignacio es un habitante de la comunidad de San José, una población cuya peculiaridad es tener más habitantes en el panteón que personas con vida. Es albañil de profesión, padre de dos hijas y un hombre con interés probado por la política.

En la campaña se le consideró como uno de los promotores del voto por el PAN más voluntariosos y activos. Es conocido en muchos rincones del municipio, pues en su haber se registran no menos de 60 relaciones por compadrazgo y una creciente ramificación familiar. Visitar a todos los conocidos fue la inversión de una semana.

Empero, el día miércoles 8 de julio, Don Ignacio estaba ahí, en medio de la bola roja y con un niño llorando sobre sus hombros, a la espera de una oportunidad falsa de reivindicar su error al apoyar a otro partido.

Junto a él se encontraban en la masa las mujeres de la Estructura, los priístas viejos y los nuevos, los acarreados y los infaltables, los anhelantes de un cargo en la administración entrante y los temerosos de perder su empleo ante el capricho de un nuevo jefe. El ritual del besa-manos en su dimensión municipal.

Don Ignacio no vendió su voto ni su intención el día de la elección. Se esforzó con creces hasta que se terminó la gasolina del automóvil. Invitó a votar a sus compadres y recorrió el municipio buscando familiares. En el entusiasmo, quizá hasta haya logrado un nuevo ahijado.

Pero la voluntad y la iniciativa no dan de comer. Con la derrota del PAN, recurrió al remedio de la pantomima roja. Don Ignacio ha encontrado un nicho de empleo en pequeñas obras de construcción que le asignan las autoridades municipales, así que él va con el ganador. El bolsillo depende de su resistencia al calor y al gentío, y de suerte, para que el nuevo director de Obras Públicas lo reconozca como el entusiasta señor que felicitó al candidato el día de la entrega de la constancia de mayoría.

A la convocatoria del miércoles también asistió el empresario automotriz que se dijo satisfecho con nuestra propuesta de seguridad y promoción de las inversiones. Vestía su correspondiente camisa roja. Fingía hablar por teléfono para evitar saludar a la gente. Estaba ahí para cumplir con el compromiso de ser visto.

El empresario compartía la misma sombra con Martha Liébano, con Rosa Trejo y con otras “viejas” del clan de promoción que aceptaron la dádiva de 15 mil pesos por mantenerse fieles al partido. Éstas intercambiaban bromas y albures entre carcajadas sonoras. A veces supervisaban el alrededor tomando nota visual de los asistentes y de los faltantes.

El PRI recurrió a la compra de conciencias y votos, y logró el cometido de ganar la elección para la Presidencia Municipal. También obtuvo el triunfo en la contienda por las diputaciones local y federal. La maniobra de recurrir a los cofres de dinero redituó en la victoria, y obligó a Don Ignacio a vestir de rojo y a participar de la ceremonia de coronación.

Mientras empacábamos y hacíamos limpia de la casa de campaña, la reclamación imperante era en contra de quienes aceptaron una limosna a cambio del voto. Alguien sugirió ir a golpear a Don Ignacio como lección a su traición. Isrrael López, candidato suplente, prometió rotular acusaciones de “vendido” en las bardas exteriores de la armadora del empresario. La decepción ingresó en la fase de coraje.

Sin pedirlo, se conformó una comisión represora y vengadora que se encargaría de reclamar y azotar a cada persona que había hecho la promesa de voto y que no la cumplió. Una voluntaria estaba dispuesta a dar lances de karate en contra de Martha Liébano. Otra deseaba atropellar a Rosa Trejo y llevar entre las llantas, si era posible, algunos ancianos de la Casa del Adulto Mayor.

¿Pero cómo exigir respeto a la promesa y a su dignidad cuando la convicción de voto del mexicano responde al llamado de los billetes en la bolsa? ¿Es traición a la democracia recibir 500 pesos y apostar a que el partido en el poder “podría ahora sí” hacer las cosas bien?

La teoría revela que la democracia mexicana se instauró ajena a los ciclos sociales normales. Por lo general, la transición política es consecuencia del empuje social de un sector que ya ha resuelto sus inquietudes económicas. Un escenario es previo a otro, si no, la alternancia en el poder es sólo la aplicación de una fórmula de liberación de la presión y no el síntoma de una sociedad que ha logrado su madurez política⁶.

Mientras falte la seguridad del sustento diario, el ejercicio de la democracia estará secuestrado por la mezquindad de quienes perciben como un negocio el sumar votos en una urna. La sociedad mexicana, el pueblo de Acolman, no es una comunidad democrática: es una generalidad con hambre que agradece el acceso inesperado a 500 pesos.

Pero si las comisiones improvisadas de choque, venganza y frustración del PAN saldrían a la calle, antes de golpear a Don Ignacio, tendrían que resolver un problema de traiciones internas. Las misiones debían empezar en casa. Horacio tendría que poner a disposición de la masa enfurecida a su esposa, quien recibió 20 mil pesos y la seguridad de un trabajo para ella y su hermana en el ayuntamiento de San Martín de las Pirámides.

También habría que llevar a la guillotina al candidato a regidor Reynaldo Flores, personaje que sin razón se alejó de la campaña en sus últimos días, y cuyo entusiasmo por ganar se vio mermado, se dice, con menos de 15 mil pesos. Y la lista sigue para incluir a representantes del partido, movilizadores y otros, incluyendo a un grupo significativo de la familia de Horacio. El hambre. El bolsillo.

Roberto Sánchez se adjudicó el triunfo de la Presidencia Municipal en la elección de julio de 2009. Después de la entrega de la constancia de mayoría, el candidato electo ganó su paso entre la gente y los policías en medio de vivas y peticiones. Don Ignacio finalmente pudo sacudir la mano del candidato y tomar el camino a casa con la esperanza de tres años de empleo.

La derrota y un espía

⁶ Véase Cansino, César, *La transición mexicana 1977-2000*, CEPACOM, México, 2000

Recostado sobre un sillón, Horacio reflexionaba sobre los errores que nos llevaron a la derrota. Repasaba en mente cada discurso mal logrado, cada borrachera innecesaria, cada amistad perdida, cada gasto superfluo.

Colocó el antebrazo sobre su frente y cerró los ojos. Intentaba disimular las lágrimas y escapar del salón donde se llevaba a cabo el conteo de votos. Cada cierre de casilla abonaba a su inquietud. Después de un rato, ya portaba sin disimulo un pañuelo con el que secaba sus ojos.

El sueño de poder se resquebrajaba. La danza de mujeres y dinero adquiría la impresión de un boleto de lotería fallido. La noche de la elección, Horacio lloró y buscó desaparecer el dolor de la derrota, primero debajo de su brazo, y después al compás de una botella de brandy.

Se escondió en la habitación privada del búnker que se dispuso para el conteo de votos. El brandy fue comprado como un posible acompañante de la victoria. También se colocó una lona en el jardín exterior para albergar a los visitantes jubilosos. Había una mesa con galletas, refresco y café para sobrevivir la noche y para afinar el entusiasmo.

Después de una jornada de golpes, balas, policías, ministerio público, sabotaje y gritos, lo que se espera es la satisfacción de un éxito labrado en desventaja; la reproducción política del David que vence al Goliat. Pero la realidad tiene una dosis de crueldad más cercana al libro bíblico de Job.

Cada reporte al búnker de una casilla perdida venía acompañado de un sollozo y una lágrima de coraje. El PAN arrojaba números tres o cuatro veces por debajo del PRI. El sonido de fondo en las comunicaciones telefónicas, si las lágrimas no ocupaban toda la atención, era el de una hordas de priístas disfrutando de su triunfo al ritmo de una estrofa que repetía “No los chingamos, no los chingamos”.

En lugar de refrescos, sobre la mesa debimos colocar una caja de pañuelos desechables. Entrada la noche, la sala se transformó en una sesión masiva de autocompasión y entusiasmo falso. Todos buscaban un abrazo de confortación y después una hoja de papel para elaborar una lista de responsables. La derrota es un sentimiento que transita rápido del coraje a la culpabilidad.

“El Chabelo”, movilizador estrella en la comunidad de San Marcos, permaneció de pie apoyado en una columna de la habitación a la espera del resultado final. Hermético y desconcertado. Su cálculo era el de obtener no menos de mil 500 votos sólo en esa población. Hacia las 10 de la noche, casi al cierre del conteo, San Marcos aportaba 125 sufragios.

La baraja de razones para explicar la derrota alcanza todos los días y todas las horas de la campaña: falta de recursos para extender la proyección de la imagen del candidato, el condicionamiento y miedo de la población, la compra-venta de votos, el deterioro de la posición del partido a nivel nacional... y una distracción interna que no permitió detectar la presencia de un espía con rostro de mujer.

Para el 10 mayo, ante el impedimento sanitario para organizar un acto conmemorativo al Día de la Madre, el PAN caminó las calles regalando puerta a puerta una rosa de color azul. El PRI tuvo la misma idea, pintada de rojo. Para buscar el acercamiento con la juventud, se abrieron espacios en Internet y se organizó un concierto de rock. El PRI siguió los pasos.

Las ideas bosquejadas en el equipo de campaña tenían una respuesta inmediata del otro partido, lo cual hacía pensar en una coincidencia efímera o en fuga de información. Como medida, se cerró el círculo de creatividad y operación, y se creó una comisión de seguimiento y rastro a personajes sospechosos.

Desafortunadamente, el espía se detectó casi al cierre de la campaña, cuando nuestra capacidad para revirar el problema se redujo a un par de días. La comisión de persecución proporcionó a los candidatos fotografías claras de un automóvil negro Clío modelo 2005 que en algunas noches se estacionaba a unas calles de la casa de un viejo líder priísta.

La mujer descendía cubierta en una chamarra de piel negra e ingresaba a la casa sin tocar. El ritual se repetía dos o tres veces a la semana. Información clave de la campaña del PAN quedaba a disposición del contrario. El precio: mil pesos diarios y trabajo seguro en un algún municipio gobernado por el PRI.

La mujer comisionada a ese automóvil no era otra que Marisol Juárez, la cuñada de Horacio. Y la principal fuente de información para Marisol, toda vez que ella fue excluida del círculo

estratégico, era el propio candidato, quien abundaba y presumía con su familia en la sobremesa de la cena. El informador involuntario era el propio Horacio. Marisol sólo entregaba el recado. David era derrotado por la piedra que lanzó alguien en su familia.

En la mañana de la jornada electoral, la sugerencia para Horacio fue que asistiera a votar acompañado de su familia. Su esposa Herlinda, antes de salir a votar, le pidió el divorcio.

Deudas que dan frío

Para entrar al Palacio Municipal de Acolman se necesita de un abrigo grueso o un cobertor. Afuera podrá lucir el sol su mejor brillo, pero dentro de las paredes hay un estado perpetuo de refrigeración que hace inevitable crear metáforas mentales sobre una morgue.

El diseñador pensó en un edificio con salidas frontales y traseras y un jardín central. Las oficinas se despliegan alrededor formando un cubo perfecto y dejando libre un corredor central, lo que convierte al palacio en un pasadizo de aire. A veces las corrientes crean remolinos intensos que hacen despegar los papeles del escritorio y los hacen volar por el jardín central. Las gestiones de drenaje se sacan del agua de la fuente con la ayuda de un bolígrafo.

Cada administración hace nuevos recovecos en la construcción para albergar una nueva oficina o más burócratas a las que ya existen. Los cubículos se hacen más pequeños para ingresar otro escritorio y otro nombre a la nómina. En menos de diez años, el espacio que alberga a la Oficialía de Partes ha pasado de ser de un escritorio de recepción a una ventanilla.

Cuando la necesidad de un espacio vital se convirtió en urgencia, el cabildo hizo un apartado en el presupuesto para construir oficinas aledañas. La nómina ya no cabía y podría volver a crecer. Las deudas de campaña son suficientes para duplicar el número de trabajadores por tres o cuatro. Algunos sólo tendrán que ir al municipio para cobrar sin trabajar. Se es aviador porque no hay escritorio para laborar.

En un rincón del Palacio, uno de esos fraccionados y fríos, atiende al público el regidor del PAN que logró filtrarse al Cabildo. Habita un espacio sin ventanas que comparte con otro regidor y sus

asesores correspondientes. Martín Alcántar es el único contrapeso blanquiazul en el ayuntamiento. La sensación de su soledad la refuerza el aislamiento de su oficina.

Mientras se escribe esta crónica, Martín espera la designación de las comisiones de cabildo correspondientes. Su lugar en la minoría le augura responsabilidades, quizá, al frente de los panteones municipales o en la administración y gestoría de los enlaces en materia de derechos humanos. Asignaciones lejos de las oportunidades de presupuesto y de los contratos jugosos que brindan dinero.

Utiliza un escritorio avejentado legado de dos administraciones. La computadora asignada tiene una clave de acceso que no ha podido descifrar, en tanto el resto del cabildo estrena ya mesas y ordenadores portátiles. La oficina de administración le asegura que su escritorio arribará en la segunda entrega de mobiliario. Su automóvil de turno, por cierto, difícilmente abandonará el taller.

Pero Martín omite molestarse por la nimiedad del espacio o por el maltrato de los administradores, aunque todo ello contenga intenciones claras de fastidiarlo. Lo que le preocupa y desconcierta es la falta de actividad e iniciativa del ayuntamiento y de sus trabajadores. En todas las oficinas del Palacio, además del frío recalcitrante, sobrevive un síndrome de apatía y pereza muy contagioso.

Las oficinas reciben peticiones que no trascienden. El cabildo se reúne sólo para acordar asuntos como el periodo vacacional de diciembre o el gasto en lápices y plumas. El Presidente Municipal no ha inaugurado ni una obra de relevancia. Dependencias como la Contraloría Interna no han abierto sus puertas para atención desde el inicio de la administración.

La justificación en boca de todos es que trabajan al ritmo que les pagan. Ni bomberos, ni policías, ni secretarías, mucho menos el personal de confianza, han recibido percepción alguna por su trabajo desde el arribo del nuevo gobierno. No hay dinero en la tesorería, dicen. Es la crisis económica, explican. El gobierno federal está reteniendo los recursos designados a estados y municipios, culpan.

El cuerpo de policías se turna las dos patrullas que aún no ingresan al mecánico. Se dividieron los turnos y cada policía trabaja sólo dos veces a la semana. Dos vehículos son responsables de

la seguridad de un municipio con 108 mil habitantes. El personal sobrelleva la situación porque sería peor cargar con la incertidumbre del desempleo.

No hay recursos disponibles para costear la recarga de agua del carro del bomberos, así que los servicios de emergencia los atiende una pipa de agua de riego con la que hay una deuda de tres meses. La ambulancia necesita refacciones que no se han podido comprar, de modo que las llamadas de auxilio son remitidas al municipio de Ecatepec, cuya estación de servicio más cercana se encuentra a 18 kilómetros.

Las secretarías organizan clubes de conversación y ventas para pasar el tiempo. Los directores hacen acto de presencia dos veces al día para fingir interés. Las peticiones se acumulan en una bodega que parece tener una señal de advertencia que dice "Ábrase hasta enero del 2010".

El gobierno municipal es un monstruo de más de mil 300 empleados a la espera del presupuesto del próximo año, y que por el momento delega su supervivencia económica a ofertas de condonación de pago por predial. Pero si el programa no funciona, advierte Martín, es seguro que los recaudadores estarán en la calle para aplicar el rigor de la ley y las multas.

¿Dónde está el presupuesto asignado por miscelánea y acuerdo de cabildo al funcionamiento elemental del municipio? ¿Dónde están los fondos que pagan los salarios de funcionarios durante todo el año, y que son motivo de programación desde el mes de enero? ¿Qué sucedió con los excedentes del petróleo que por norma se asignan al presupuesto y gasto de los municipios?

Finjo ingenuidad para preguntarle a Martín y recibo la respuesta esperada: "Se fueron y se están yendo para pagar los gastos de campaña". 15 millones de pesos en propaganda y compra de votos. Pagarés con rotulistas, impresores y acreedores que se están venciendo y que están ahorcando las finanzas de este gobierno.

Ramos presupuestales que no requieren rendición de cuentas fueron puestos en garantía de pago tanto por el gobierno estatal como por los gobiernos municipales. Ante la crisis financiera, esos ramos no se reabastecieron hacia el final del periodo fiscal, por lo que los municipios enfrentan un problema de arcas vacías. Lección financiera para próximas maniobras políticas.

Así, mientras se decide en el Congreso Federal el destino de la recaudación del próximo año, la agenda del Presidente Municipal se llena con la entrega de dos computadoras en una secundaria, o con la primera piedra de un aula de usos múltiples en un jardín de niños en Cuanalán. Corta el listón y se escabulle protegido por dos patrullas de la policía municipal. Durante media hora, había un “vacío” de seguridad en el municipio. Toda la fuerza policiaca protegía al recién llegado.

Para partir, Martín recoge su computadora personal y se quita el abrigo. Afuera debe haber 10 grados centígrados más en la temperatura. Me sugiere que lo acompañe a la entrevista con un grupo de vecinos de Chipiltepec. Martín está recaudando testimonios de afectados por la visita de personajes con identificación del ayuntamiento, quienes, reglamento en mano, imponen multas so pena de clausurar comercios. El PRI ya está en la calle y necesita dinero para pagar sus deudas... y la próxima campaña presidencial.

Otra versión

Esperé a Rosa Trejo durante una hora en el exterior de la estancia infantil donde trabaja. Es asistente en la cocina. Conversamos en una banca del jardín del Palacio Municipal. Su versión de la campaña es la siguiente:

“La Casa de la Tercera Edad sí ayuda a los viejitos a distraerse y a convivir. Les organizamos viajes cada dos meses. Hasta a veces pasa que entre viudos se vuelven a casar, como hace dos semanas que fui madrina de pastel de una pareja. Él tiene 72, y ella 69. A cambio de la ayuda y los viajes, pues le pedimos que se acuerden de quién los ayuda. Nada más. No los obligamos a votar.

“Llegan temprano a votar porque así son los viejitos. Ya no duermen bien. Se levantan de madrugada y ya no se vuelven a acostar. Por eso me dicen que si los ayudo a trasladarse para votar, porque algunos no pueden ni subir escaleras. Yo les echo la mano en lo que puedo.

“La camioneta es de un cuñado mío. Me la presta ese día. Hacemos una ‘cooperacha’ entre todos los de la-tercera-edad y pagamos la gasolina de la camioneta; la que se use. ¿A mí qué me cuesta ayudarles si quieren ir a votar?

“Yo ni siquiera estaba en el jardín de Tepexpan en la tarde. Cuando acabaron de votar todos los viejitos, me fui pa’ mi casa a hacer de comer. ¿Qué es eso de andar comprando votos? ¿Quién chingados te dijo que yo andaba ahí? Yo no me meto en esas cosas.

“¿Cuáles maletas con dinero ni qué ocho cuartos? A mí se me hace que son puros rumores de ardidos. Si se pierde, se pierde, ¿a poco no?

“Me enteré de lo del balazo. Mi hermana me fue a contar que andaba la policía cargándose a un ingrato. Y ya me lo enseñó Don Luis Moya. Ya fui a ver cómo quedó su casa. Pero pues no es la primera vez que anda un cabrón de esos armados cuando hay votaciones. Yo me acuerdo que cuando ganó Salinas de Gortari, aquí frente al Ayuntamiento, aquí mero enfrente, se echaron a tiros a un tipo con boletas marcadas.

“Eso de la Estructura no existe. Sí andamos unas viejas en el argüende porque nos gusta, porque luego no hay nada qué hacer en casa. Pero eso de que el PRI nos pague o nos organicemos como grupo para promover el voto, no es así. Cada quien sale a convencer a donde quiere y a la hora que quiere.

“A veces sí me llama un asesor de Peña Nieto. Ahorita no me acuerdo cómo se llama. Me marca al celular para decirme que el gobernador nos aprecia, que el gobernador nos quiere, que el PRI se está preparando para la Grande. Cosas así. Pero él nunca me ha llamado en persona. Tengo una foto con él del día que inauguró la planta de aguas en Santa María.

“Mientras estuvo el PRD, pues yo me dediqué a trabajar en muchas cosas, pero mi esposo me mantiene. Luego un día me fue a tocar Capuchino que para lo de la campaña del 2006. Le entré y ganamos. Nos jodimos al pinche Saavedra.

“Eligieron a Roberto porque tenía la lana para cubrir los gastos de la campaña, aunque luego llegó un montón de dinero de Toluca. No sé cuánto, pero mucho. Y Roberto le metió buen billete de su bolso.

“Todo estaba bien, nada más que Roberto no sabe hablar en público. Tartamudea. Por eso se le pegó toda la campaña Darío. Darío era el que hablaba en las reuniones y en los mítines. Roberto lo leía todo. Todo lo traía escrito. A mano o a máquina, pero escrito.

“De Horacio, el del PAN, no habíamos escuchado nada, hasta que nos dijeron que es sobrino de Mario González. Mi comadre Juana, que vive aquí en Acolman, se fue encima de la familia González. ¡Puros priistas! Yo no sé qué hacía Horacio en el PAN.

“Yo del narco y esas cosas no sé nada. Ni me meto ni nada. Luego sale uno embarrado por sólo opinar. Luego decían que Roberto está involucrado con el narco, que tenía una averiguación previa en Texcoco, que de dónde tanto dinero... yo no sé. Yo apoyo al PRI, pongan al candidato que pongan.

“Yo me la pasé caminando y caminando por todo Tepexpan, las Anáhuacs, Totolcingo, por Los Ángeles. Yo todo eso caminé. Toqué puertas, y repartí propaganda, y repartí unas despensas. Pues es lo que yo sé hacer. Pero, pues mira, me dieron una carta con la felicitación del gobernador Peña Nieto. Valió la caminata.

“A mí me dieron unas despensas para repartir, pero no fueron muchas. Es más, yo ni las pedí. Me las llevaron porque sobaban, y ya cosas como el frijol y el arroz andaban caducando. Pues la entregué a quien yo creí que las necesitaba. Sí andaba el camión con el cemento y la gravilla en la colonia, pero no sé quién lo mandó.

“Un día en la noche me cayeron en la casa unos del PRD con la Estatal. Se brincaron la barda. Eran un montón. Que porque yo andaba repartiendo despensas y haciendo desmadre, decían. Y que les digo: ‘Haber, húnguenle a la casa, cabrones; y si encuentra algo hasta yo me pongo las esposas’. No había nada. Nada más me andaban cucando.

“A los chavos ni les interesa salir a votar. Ellos lo que quieren es poder chupas tranquilos en la calle sin que los moleste la policía. Eso es lo que yo les digo. Vota por sutanito y te voy a dar una clave para que andes de cabrón sin que te pase nada; y te los echas a la bolsa. Así nada más.

“Yo sí llevó mi lista de SEDESOL al día. Eso sí hacemos. Pero funciona bien. Cuando entra el secretario, le paso mi lista de beneficiarios y me palomea casi todos. Y la gente lo sabe: si vienen

y piden la ayuda directamente al municipio, les van a dar vueltas y vueltas con los papeles, con las fotografías, con los censos... Mejor se anotan conmigo y ya van adelantados.

“Yo no les digo que tienen que votar por el PRI. Yo les digo que deben votar por el que sí les ha cumplido. Y les recuerdo que las despensas y todo lo demás no lo da el gobernador Peña Nieto. Que todo viene de Toluca, de SEDESOL de Toluca.

“Pues serán de quien sea, pero a mí me las entrega el gobernador Peña Nieto. Además, el presidente Calderón anda muy ocupado haciendo puras tonterías. ¿Si sabes que ya vendió a los gringos todo lo que es Sonora y Tijuana? Todo eso. ¡Ya vendió México a los gringos! Ése ni se preocupa por los pobres. Puro pa’ acá y pa’ acá y nada que afloja al pueblo.

“El PRI va a recuperar la Presidencia ahora que vaya mi gobernador Peña Nieto como candidato. Él sí está cumpliendo todo lo que dijo, y es el que va a ganar en el 2012. Por eso le estamos echando ganas desde ahorita, para que vayamos encarrerados cuando toque las elecciones para Presidente.

“El gobernador Peña Nieto le dijo a Roberto que Acolman es importante para que él salga bien puesto para la interna por la Presidencia. Por eso fue que le pusimos todas las ganas, y mira, ganamos a la buena.

“Si me hubieran dado 15 mil pesos, no andaría en las fachas en las que ando. Le dieron dinero a las que andaban dudosas; a ellas sí. Pero yo no lo necesito para convencerme. Yo soy del PRI con o sin dinero.

“Dejé la Casa de los Ancianos y me dieron en el DIF. Ahí me dijeron que voy a estar como un año, mientras se acomodan las cosas, porque van a llegar al municipio un montón de enviados de Toluca para hacerse cargo de algunas oficinas, sobre todo en la parte de las despensas y de las otras ayudas. Son unas personas que vienen para administrar los programas, para que no se nos vayan de las manos.

“La pistola la guardé... ¿Cuál pistola? ¿Qué pistola? ¿De qué me hablas? Yo no estaba ahí. Me fui a hacer la comida.

REFLEXIONES FINALES

Una observación sugerente: Si el resultado de la votación en el proceso electoral hubiese sido otro, a favor del PAN, esta crónica no sería una denuncia periodística sino una oda a la victoria. Entonces estaría alimentada por reconocimientos al pundonor del candidato y al valor de los electores. Habría héroes y heroínas creados por la resistencia a la injusticia, en lugar de personajes rústicos que oponen su ignorancia al bienestar.

Si se hubiese obtenido el triunfo en la contienda, esta crónica habría sido un desglose y detalle de la estrategia ganadora; un manual del triunfo en campaña; un a-b-c de lo útil y necesario para allegarse del voto en un municipio de México.

Si el partido que representé estuviese en este momento al frente del gobierno municipal, esta crónica se habría escrito dentro de tres años, para entonces relatar la aventura de gobierno, el disfrute del poder, las complacencias del presupuesto, el hedonismo del mando, la proximidad de otras candidaturas y más placeres.

¿La iniciativa de denunciar es motivada sólo desde la derrota? ¿El encanto del poder es manto suficiente para solapar e ignorar la debilidad de la democracia mexicana?

El cronista honesto refuta semejante insinuación: Este relato ya tomaba forma periodística desde el primer encuentro con la corrupción y la soberbia. Un científico social preocupado por la evolución democrática del país, aun en un papel de protagonismo, no puede cegarse ante la descomposición política de la población.

El cronista cínico concede: Sólo las epopeyas que relatan victorias logran la cartelera cinematográfica.

No hay discusión sobre el modelo visceral que motivó este relato –el fracaso sonoro y la derrota injusta-, pero el escenario periodístico persiste a pesar de las circunstancias: México enfrenta una realidad política más cercana a la ilegalidad entendida que a la lucha por el ejercicio pleno y real de la democracia.

Esta narración prorrumpió como un ejercicio periodístico necesario, y pretende ser un acto de revelación informativa que sume a debates e investigaciones futuras sobre la naturaleza del escenario político del país.

Fue escrita como una crónica para favorecer la posibilidad de recrear personajes, ambientes e intenciones; y para buscar en el lector la complacencia de su sensibilidad y toma de partido.

Sólo a través de la crónica se expresan con claridad los pueblos, las calles y sus habitantes, al tiempo que se da cuenta de principio a fin –con una cuantas vueltas alevosas que no limitan ni agotan el género- sobre una campaña política, sus integrantes y sus dichos. El valor literario lo otorgan esas curvas; el valor periodístico lo da la realidad hecha párrafos.

Como personaje participante de la historia, en algún momento fue necesario tomar la decisión de transitar hacia el observador y periodista. En ocasiones peregrinaba de coordinador de campaña del Partido Acción Nacional a cronista con frecuencia y sin moderación, y no sin remordimiento y ventaja.

El coordinador precavido destruía y arrojaba a la basura documentos comprometedores e innecesarios; el periodista acumuló oficios, anotaciones y memorias que podrían detonar su valor informativo desde su estado inapreciable en el cesto de los desperdicios.

El miembro de la campaña promovió denuncias antes las instancias judiciales en contra de los movilizadores y golpeadores de la oposición; el periodista se sentó con esos personajes durante y después de la contienda para escucharlos y registrar su decir.

Como integrante del proyecto, trabajé muchos días en la búsqueda por crear, presentar y propagar al mejor candidato y al mejor equipo de trabajo, aunque como periodista disfruté, semana a semana, del valor informativo de sus errores.

El juego de mutación terminó la madrugada del 6 de julio. Después de recoger las actas de votación y de resolver asuntos ministeriales varios, tomé la libreta de apuntes y descargué las últimas impresiones. La crónica podía comenzar sin tener que interrumpir para sacar a alguien de la cárcel.

Mientras avanzaba por los capítulos y regresaba a algunos sitios y versiones para confirmar hechos, más de un aludido cuestionó entonces mis intenciones reales al incorporarme a la

campaña. Para tranquilidad de mi remordimiento y moral, inicié como parte de la campaña y terminé siendo cronista. Uno antes del otro.

No quise ser un periodista relatando una derrota. Fui un mercadólogo político que anheló escribir la odisea de un triunfo, o un manual de estrategias electorales efectivas. La historia se hizo así misma y era narrable.

Al tomar la responsabilidad de la oficina, era difícil predecir que el candidato podría ser víctima de prácticas metafísicas orquestadas por su esposa, o que la principal sospechosa de espionaje sería otro miembro de su familia, o que la mejor arma propagandística sería el féretro pestilente de la madre de un candidato. ¿Quién adivinaría que la población entregaría el favor de su bienestar al costo de la despensa que cabe en una caja de cartón?

¿Cuándo decidí que esta historia podría presentar un andamiaje periodístico? Fue una noche, no sé cuál, cuando, en un instante de enajenación, me descubrí intentando persuadir gente a golpe de cargos públicos, y también compartiendo vasos de tequila con el crimen organizado. En los corredores políticos, esto es rutina. Los periodistas tenemos la carne más blanda. El periodismo anglosajón lo llama *feeling*.

Como tema, sirva esta crónica como testimonio del estado de estancamiento y oclusión en el que se encuentra la democracia mexicana: El municipio de Acolman como caso de estudio en que se revela a una comunidad y a un país incapaces de consolidar la transición política camino al ejercicio libre y pleno de su voto.

Esta crónica evidencia vicios y deformaciones en el ejercicio de la democracia en México: condicionamiento de recursos y beneficios a costa de votos, compra de voluntades y conciencias, comunidades apáticas que sobreviven bajo la sombra de caciquismos y paternalismos, partidos políticos incapaces de motivar confianza y cultura política, grupos de poder que administran recursos públicos con fines electorales y atenuantes socioeconómicos que vulneran la capacidad de reacción política de una sociedad.

Como ejercicio académico, es la consumación de un trabajo de observación, investigación y vivencia para la presentación de una crónica periodística que pruebe el dominio del género —en

sus restricciones y albedríos-, y que sea preponderante, próxima y relevante para consideración y referencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Baena Paz, Guillermina, *El discurso periodístico: los géneros periodísticos hacia el nuevo milenio*, Trillas, México, 1999.
- Barragán, José Antonio, *Nota informativa y crónica noticiosa*, UNAM, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón, 1986.
- Buendía, Manuel, *Ejercicio periodístico*, Fundación Manuel Buendía, México, 1990
- Campbell, Federico. *Periodismo escrito*, Ariel, México, 1994.
- Cansino, César, *La transición mexicana 1977-2000*, CEPCOM, México, 2000
- Cordera Campos, Rolando; "Medios de comunicación y sociedad civil en los tiempos del tránsito" en *Medios, democracia y fines*, UNAM, México, 1990.
- Dallal, Alberto, *Lenguajes periodísticos*, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 2003.
- De Burgh, Hugo, *Investigative journalism: context and practice*, Routledge, Londres, 2000.
- De Gregorio, Dominicó, *Metodología del periodismo*, Rialp, Madrid, 1966.
- Del Río Reynada, Julio, *Periodismo interpretativo*, Trillas, México, 1994.
- Fontcuberta, M, *Estructura de la noticia periodística*, ATE, Barcelona, 1980.
- Garzón Estrella, Israel, *Comunicación y periodismo en una sociedad global: comunicar la diferencia*, Trillas, México, 2001.
- Gomís, L., *Teoría del Periodismo*, Paidós, Barcelona, 1991.
- González Longoria, Silvia Lidia, *El ejercicio del periodismo*, Trillas, México, 1997.
- González Reyna, Susana, *Periodismo de opinión y discursos*, Trillas, México, 1999.
- Hall, Kevin y Ruth Merino, *Periodismo y creatividad*, Trillas, México, 1995.
- Johnson, Stanley, *El reportero profesional*, Trillas, México, 1982.
- Kapuscinski, Ryszard, *Los cínicos no sirven para este oficio: sobre el buen periodismo*, Anagrama, Barcelona, 2002.
- Knight, Alan, *La conflictiva y nunca acabada construcción de la democracia deseada: México en perspectiva histórica y comparada*, Porrúa, México, 2008.
- Leñero, Vicente y Carlos Marín, *Manual de Periodismo*, Grijalbo, México, 1986.
- Martín Vivaldi, Gonzalo, *Géneros periodísticos: Reportaje, crónica, artículo*, Paraninfo, Madrid, 1981.
- Martínez Albertos, José Luis, *Curso general de redacción periodística*, Mitre, Barcelona, 1983.
- Rodrigo Alsina, Miguel, *La construcción de la noticia*, Paidós, México, 1989.

- Romero, María de Lourdes, *La realidad construida en el periodismo: reflexiones teóricas*, Porrúa, México, 2006.
- -----, "El relato periodístico como acto del habla" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Núm. 165, Año XLI, julio-septiembre de 1996.
- -----, "El pacto periodístico" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Núm. 186, Año XLV, septiembre-diciembre de 2002.
- Santamaría, Luisa, *El comentario periodístico: Los géneros persuasivos*, Paraninfo, Madrid, 1990.
- Schachter, Danny; "Making media work" en *Media and Democracy*, San Francisco, Institute for Alternative Journalism, 1996.
- Silva-Herzog Márquez, Jesús, *El antiguo régimen y la transición en México*, Joaquín Mortíz, México, 2000.
- Simpson, Máximo, "Crónica, cronología y narración testimonial" en *Géneros periodísticos*, Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación, UNAM, 1983.
- Spencer, Matthew Lyle, *Editorial writing: Ethics, policy, practice*, Houghton Mifflin, Boston, 1974.
- Stein, Velasco, *Democracia y medios de comunicación*, UNAM, México, 2005.
- Tuchman, G., *La producción de la noticia*, Gustavo Gili, México, 1978.
- Ulibarri, Eduardo, *Ideal y vida del reportero*, Trullas, México, 1994.
- Woldenberg, José, *La construcción de la democracia*, Plaza & Janes, Barcelona, 2002.
- Zarate Flores, Alfonso, *Democracia y conflicto*, Tribunal del Poder Judicial de la Federación, México, 2002.

Otras referencias

- *Censo de Población y Vivienda 2005*, Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- *Resultados de los cómputos distritales y municipales 2009*, Instituto Electoral del Estado de México.